

Jonas - Eden Maguire BesosdeunÁngel.blogspot.com



LIBRO 1 - JONAS

CUATRO ALMAS

Eden Maguire

Transcripción en
BesosdeunÁngel.blogspot.com
por:

- Shuk Hing
- MeL*
- May
- Mariiyanitha
- Dark Angel
- Jey

Recopilación:
Shuk Hing
Diseño y Formato:
Ivannia03



Cuatro Almas. 1/ Jonas

Sinopsis

Jonas, Summer, Arizona y Phoenix no están ni vivos ni muertos, sino esperando en algún lugar intermedio con los Beautiful Dead. Darina intentará entender qué sucede con sus amigos y, sobretodo, ayudarles a descansar en paz.

Desde la repentina muerte de Phoenix —el cuarto adolescente que ha fallecido, en un solo año y en circunstancias misteriosas en Eller ton High—, nada de lo que le sucede a Darina, su novia, es normal. ¿Por qué un misterioso batir de alas resuena, cercano y aterrador, en su cabeza? ¿Ve visiones o es cierto que unas figuras fantasmagóricas deambulan, por una decadente caseta de madera, realizando un extraño ritual? Muy pronto, Darina, descubrirá la verdad: Phoenix, ha recibido una segunda oportunidad en el mundo de los vivos y ahora —junto con Summer, Arizona y Jonas—, debe aclarar las causas de su fallecimiento. Solo disponen de 365 días, para lograrlo y Darina, deberá participar...

Capítulo 1

Lo primero que oí fue una puerta que el viento abría y cerraba a golpes. Y me asusté, pues ni siquiera sabía que hubiera una casa allí, entre los árboles, tan lejos del pueblo.

«Afloja el ritmo, corazón —pensé—. Darina, ¡contrólate!» Sin embargo, en ese momento, hasta una hoja al caer me habría sobresaltado. Eso sucedió dos días después de la muerte de Phoenix.

Cuando la puerta dio otro bandazo, me dio un vuelco el corazón. Buscaba algo en esa colina, no sé qué. Subí hasta la cumbre y miré por encima de la cresta; allí estaba: una antigua casona de madera destanalada con un porche, un viejo establo de grandes dimensiones y uno de esos tanques redondos de agua con pilotes, oxidado y decrépito, al igual que la camioneta aparcada enfrente de la casa desierta, con los guardabarros desprendidos y el techo desfondado; alrededor del porche la hierba amarillenta era tan alta que llegaba hasta las rodillas.

La puerta que se había cerrado de sopetón era la del establo. Se abría y se cerraba, se cerraba y se abría, cada vez que el viento se ensañaba con ella.

Supongo que cualquiera se habría marchado de allí enseguida.

Pero yo no. Como ya he dicho antes, estaba confundida y buscaba respuestas a grandes preguntas sobre el amor, la pérdida y el significado de la vida. Darina con una misión, podría decirse. Preguntas del estilo: ¿cómo era posible que cuatro de mis compañeros de clase del instituto Ellerton hubiesen muerto en el intervalo de un año? Jonas, Arizona, Summer y ahora Phoenix. Es decir, ¿cómo había podido suceder algo tan extraño y trágico? A decir verdad, era algo que horrorizaría a cualquiera.

Y el último, Phoenix, rompió mi corazón adolescente. Yo estaba enamorada de

ese chico. Al principio, desde la distancia; después, estuvimos saliendo durante dos maravillosos meses. Mi tributo floral para él, depositado en el lugar exacto donde lo apuñalaron, fue patético. Rezaba: «Te añoraré siempre. Con todo mi amor, Darina», y ni siquiera se acercaba a como me sentía.

Así que me dispuse a detener los golpetazos de la puerta del establo, y después echaría un vistazo a la casa fantasmagórica. Quería entrar, ver cómo había vivido allí la gente: qué platos habían puesto en la mesa, en qué sillas se habían sentado.

Pero, primero, el establo. La puerta era enorme y se mantenía sujeta con un sinfín de clavos oxidados. El interior estaba oscuro. Pude ver unas viejas riendas de caballo colgadas de ganchos, un par de chaparreras de cuero, y algunos rastrillos y cepillos cubiertos de telarañas.

También vi a grupo de gente que formaba un círculo y entonaba un cántico dirigido a un individuo que se hallaba en el centro del mismo. No creía lo que veían mis ojos cuando me di cuenta de que era él, ese chico era Phoenix, desnudo de cintura para arriba, tan real como que yo estaba allí. Phoenix, que había muerto de una herida de navaja entre las escápulas. El arma le atravesó una arteria y se desangró hasta morir. Un hombre mayor que él y con el pelo gris avanzó hasta el centro del círculo y extendió los brazos hasta los hombros del cadáver de mi novio.

—Bienvenido a nuestro mundo —dijo.

¡Pum! La puerta que tenía detrás se cerró de golpe. Pensé que mi corazón se detendría por el sobresalto.

— ¡El mundo de las Almas Elegidas! —Recitaba el grupo—. Eres uno de los nuestros, ¡bienvenido!

Phoenix (sin duda se trataba de él) parecía completamente ajeno a cuanto sucedía. Un tanto aturdido, como si no pudiera enfocar bien los ojos.

Las manos del hombre de cabello gris lo sujetaron.

—Has vuelto —musitó.

—De más allá de la tumba —murmuró el grupo.

Sacudí la cabeza para hacer que todo eso desapareciera. « ¡Esto no está pasando! ¡Se trata de un estúpido truco!»

Un muerto es un muerto, y no se puede volver del más allá.

No obstante, mi movimiento de cabeza no sirvió de nada, pues estaba siendo testigo de lo contrario.

—Eh, Phoenix, ¡es genial! —dijo una chica al acercarse a él—. ¿Te acuerdas de mí?

Estaba de espaldas a mí, así que solo pude ver su larga melena oscura.

—Tío, ¿te acuerdas de mí? —preguntó un chico separándose del grupo, y luego otra chica, esta con una manta de pelo rubio que le caía por los hombros.

—No pasa nada, Hunter ha sido quien lo ha dispuesto todo —explicó la chica rubia—. Este es Hunter.

El hombre mayor, el del pelo gris, le extendió una mano a Phoenix para saludarlo.

—El camino de vuelta no ha sido muy doloroso, ¿verdad? —le preguntó, como haría un médico al examinar a un paciente.

—Nada que no pudiera soportar —contestó Phoenix.

Era su voz. Apenas un barboteo; profundo, perezoso. Relajó sus anchos hombros como si le dolieran un poco.

—Hunter cuida de todos nosotros.

La sonrisa de la chica rubia me llamó aún más la atención. Eh, yo conocía esa sonrisa increíble y encantadora, aunque el pelo lo tenía más largo, más rebelde, y la piel más pálida. Era Summer Madison. Estaba viendo caminar, hablar, sonreír a otra persona que también había muerto.

—Es él quien nos ha traído a todos de vuelta. —La joven de cabello oscuro se les unió con sus explicaciones—. Hunter es nuestro jefe.

Yo escuchaba pero no la miraba a ella ni a Hunter. Tenía los ojos clavados en Phoenix. Tenía la certeza de que mi corazón no podría seguir latiendo de esa forma sin que me estallara y me saliera por la boca.

Deseaba correr hacia él, tocarlo, besarlo, estrecharlo entre mis brazos. Pero estaba demasiado alucinada.

— ¿Por qué? —quiso saber Phoenix.

Ahora que había recuperado el equilibrio y parecía un poco más centrado, se mostraba receloso. Sus ojos de color azul grisáceo se entrecerraron hasta fruncir el entrecejo.

—Eso depende de ti —contestó el chico «te acuerdas de mí» encogiéndose de hombros.

Dejé de observar a Phoenix lo suficiente para atisbar un esbozo de sus ojos azules y su boca carnosa y curvilínea: era Jonas Jonson.

—Tienes tus motivos para haber vuelto —explicó Summer—. Como todos nosotros.

— ¿Qué lugar es este? ¿Qué está pasando?

Nada tenía sentido para Phoenix, ni para mí, que espiaba desde fuera.

—Será mejor que te pongas las pilas —dijo la chica del pelo oscuro mientras se reía, aunque no pretendió mostrarse cruel—. ¿No lo has oído? Eres uno de los nuestros: ¡las Almas Elegidas!

— ¿Arizona? —Phoenix sacudió la cabeza, como yo. La tenía allí, delante de su cara—. ¿Cómo has vuelto?

—Tengo cosas que hacer —contestó ladeando la cabeza—. Cosas que arreglar.

Phoenix Rohr, Arizona Taylor, Summer Madison y Jonas Jonson. Los cuatro chicos muertos del instituto Ellerton.

Tan hermosos, con su piel pálida y su aspecto salvaje. Sin que la muerte hubiera hecho mella en ellos.

El amor y la pérdida laceraban mi corazón.

¡Pum! La puerta se abrió de golpe y se cerró de un portazo.

Hunter se acercó hacia donde yo me hallaba.

—Lo arreglaré —le dijo al grupo—. Hay que arreglar este pestillo. Me está volviendo loco.

¿Qué puedo decir? Pues que estaba aterrorizada.

Di un salto desde la caseta del establo donde me ocultaba y me precipité hacia la puerta antes que Hunter. No me importaba que me viera. Salí al aire libre y pasé corriendo frente a la casa desierta y el tanque de agua, y enfilé el sendero irregular que se abría entre los álamos. Ni siquiera me volví para mirar.

ଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃ

— ¿Adónde has ido?

Laura se plantificó delante de mi cara en cuanto bajé del coche y cerré la puerta.

Subía por el camino y se abalanzó sobre mí.

—A ningún sitio. He estado conduciendo por ahí.

Sabía que la respuesta la pondría a cien, pero en aquel momento fue lo único que se me ocurrió. Y era mucho mejor que: «He visto a cuatro muertos caminar y hablar».

—Pues no está bien que te vayas por ahí a dar vueltas con el coche —rezongó mientras subía los peldaños y entraba en casa—. Ya sabes lo que cuesta la gasolina.

No dije ni pío. Me limité a tirar las llaves encima de la mesa de la cocina.

—Darina, estaba preocupada.

—No tenías por qué —contesté mientras me dirigía a mi habitación.

Laura me interceptó el paso.

—Estoy preocupada —insistió—. No hablas. No comes.

—No tengo hambre.

— ¿Duermes bien?

«Sí, de hecho ahora mismo estoy durmiendo y tengo una pesadilla. ¡Que alguien me despierte!»

—Darina, habla conmigo —dijo.

Nunca hablo demasiado con mamá, no desde que Jim vino a vivir con nosotras, hace cuatro años. Jim no tiene nada malo, pero tampoco nada bueno. El señor Computín Soseras, que viaja por todo el estado vendiendo portátiles.

—Sé que estás preocupada —afirmó Laura con un suspiro.

« ¿Preocupada? Prueba con "desolada", "destrozada", "hecha polvo". Como si alguien me hubiera agujereado el corazón y la cabeza, todo lo que me hace ser como soy.» Me la quedé mirando e intenté controlar el temblor de labios.

—Lo entierran el martes —dijo en voz baja—. Brandon vino ayer a la tienda a comprarse una chaqueta negra.

—Di su nombre, ¿por qué no puedes decirlo? —El dolor me hacía enfurecer—. ¡Se llama Phoenix!

Se «llamaba» Phoenix. Se «llama» Phoenix. ¿Lo he visto en el establo o no?

Normalmente, Laura me habría reprendido por un comentario irrespetuoso como ese, y habríamos acabado discutiendo. Sin embargo, aquel día lo paso por alto.

— ¿Quieres que escriba una nota al director y le pida que te dé el día libre?

Me encogí de hombros. Pensaba hacerlo de todos modos.

—Necesito dormir de un tirón —le contesté. La cabeza me daba vueltas—. Si no consigo dormir me volveré loca.

«Ya estoy loca.»

Laura me dejó pasar y, por fin, llegué a mi cuarto.

Me dejé caer en la cama y me puse a mirar el techo. Intenté con todas mis fuerzas no pensar en lo que había visto en el establo. Yo no había conducido hasta Foxton ni aparcado el coche, ni caminado a través de los álamos plateados con sus hojas doradas. Tampoco había oído ningún portazo ni había caminado por la colina.

Rebobina esa parte del día. Vuelve a la tarde que pasaste con Logan en su casa, sentados en silencio y tristes.

—Phoenix no era un chico violento —dije después de permanecer un buen rato en silencio—. No se metía en peleas.

Logan y yo estábamos fuera, en su porche. Había botellas vacías de cerveza alineadas en la barandilla; las botas sucias de su padre arrojadas de un puntapié se encontraban

bajo el balancín.

—Quizá tengas razón.

—Habíamos quedado en encontrarnos —continué. Era viernes. Había estado esperando a Phoenix en mi coche en las cercanías del río Deer, buscando con la mirada su camioneta mientras se ponía el sol, pero no llegó a aparecer—. ¿Por qué? —le pregunté a Logan, mientras consentía que las lágrimas se deslizaran por mis frías mejillas—. ¿Qué es lo que pasó en realidad?

—Todos llevaban navajas —me explicó con tacto—. Phoenix también.

Negué con la cabeza.

—No quiero escucharte.

—Es verdad, Darina. Phoenix no era ningún angelito, créeme.

Y entonces fue cuando decidí marcharme. Me levanté y tiré sin querer un par de botellas vacías. Se rompieron al chocar contra una piedra que había debajo del porche.

Logan me siguió y estuvo corriendo por el camino de grava hasta la carretera.

— ¿Cuánto hacía que salíais Phoenix y tú? —preguntó—. ¿Seis semanas?, ¿puede que dos meses?

No le respondí. Entonces lloraba de rabia.

—Así que ¿hasta qué punto le conocías? ¿De verdad le conocías?

Subí al coche y cerré de un portazo.

Logan se inclinó hacia delante y agarró el volante.

— ¿Cuánto hace que me conoces? Toda la vida. Confía en mí, Darina, sería incapaz de contarte algo que no fuera completamente cierto.

— ¿Qué estás diciendo? —Espeté por encima del ruido del motor—. ¿Que mi novio era miembro de una pandilla, que llevaba navaja y que merecía morir?

— ¡Pues claro que no! —Logan negó con la cabeza—. Como tampoco Jonas merecía estamparse con la moto. Ni Arizona ahogarse en el Lago, ni Summer…

— !Basta! —grité. Cuatro muertes en un año—. No necesito que me lo recuerdes, gracias. Y ahora, suelta el volante.

Nos conocíamos desde la infancia, Logan Lavelle y yo, pero estaba malinterpretando completamente la situación.

— ¡Creía que lo entenderías! —le grité mientras salía como un rayo de su casa.

ଓଓଓଓଓଓଓ

El viernes anterior había esperado a Phoenix en el río durante una hora. Después, apareció Logan, que había ido a buscarme en su coche.

—Hay una pelea en el pueblo —me avisó—. Y de las grandes. Brandon se ha metido por medio. Y Phoenix.

No me creí lo que Logan me estaba contando hasta que quebranté los límites de velocidad por la carretera que llevaba a Ellerton. Estaba furiosa con Phoenix por no haberme mandado un mensaje para decirme que no podía quedar. Y estaba muerta de preocupación porque el hermano mayor de Phoenix, Brandon, hubiera cometido alguna locura en esta ocasión. Y cuando llegué al pueblo, ya era demasiado tarde. La pelea había acabado. Había sangre en el suelo.

ଓଓଓଓଓଓଓ

—Te puedo llevar a terapia —sugirió Laura al día siguiente, poco antes de que me fuera al instituto—. Sacaré el dinero de donde sea.

— ¿Es que parezco necesitada de terapia? —le espeté.

Tomé una bocanada de aire mientras yo me escabullía de casa, bajaba los escalones y subía al coche.

Hice una lista de camino al pueblo.

«Principales motivos para ser infeliz: mis padres se divorciaron cuando yo tenía doce años. Mi padrastro es un pringado. Mi aburrida escuela apesta y le ha caído una maldición que hace morir a la gente. Acabo de perder a mi novio. . .»

Las lágrimas me resbalaban por la cara. Estaba destrozada y no tenía a nadie que pudiera consolarme.

Logan creía poder hacerlo. Se acercó a mí cuando aparqué en la explanada del instituto. Alto, moreno, pelo castaño rizado (aunque en preescolar lo tenía rubio).

—Hola, Darina.

Cerré dando un portazo.

— ¿No habíamos discutido? —le recordé.

—Sí, y lo siento. Pero es que lo entendiste mal. No quise decir que Phoenix se mereciera lo que le pasó.

Nos dirigimos juntos al instituto. Yo iba por delante de Logan, intentaba no prestarle atención, pero su último comentario hizo mella en mí.

—Eso es lo que todos dicen en Ellerton: «Phoenix era como Brandon. Eran hermanos, el mismo ADN, el mismo código genético defectuoso».

—No, eso no es verdad. No seas paranoica —imploró Logan.

Echó a correr delante de mí y me interceptó en el pasillo.

—Eso también lo entendiste mal. No era una crítica. Quiero decir que en estos momentos estás totalmente confundida. Y es comprensible. Es duro para ti, sé que lo es.

Suspiré, y el suspiro me salió como un gruñido.

—Logan, lo único que intento es seguir adelante. Por favor, ¿podemos dejar de hablar?

Él asintió y se apartó.

— ¡Envíame un mensaje si me necesitas! —me gritó.

Fui hasta mi dase y durante una milésima de segundo vi a Phoenix sentado en el alféizar de la ventana, sus largas piernas estiradas por encima de la mesa, los pies cruzados por los tobillos. Me sonrió.

« ¡Estoy loca!», me dije por enésima vez desde lo de Foxton.

Me sentía rodeada. Perdí de vista a mi fantasma, y hubo un montón de toqueteos y abrazos. Mi novio acababa de morir apuñalado. Me había convertido en la chica del mes.

Eso fue antes de la convocatoria extraordinaria en la moderna sala de reuniones. El director había congregado a todos los alumnos en el teatro.

—Nos hemos reunido aquí para compartir nuestro dolor por la muerte repentina este fin de semana de uno de nuestros alumnos de último curso, Phoenix Rohr —empezó a decir el director Valenti.

No había una sola persona en Ellerton que no conociera la noticia. Yo estaba sentada entre Jordan y Hannah, con la vista clavada al frente. Ellas me miraban de reojo como si

yo fuera de vidrio y alguien pudiera romperme.

—Aún hay mucha confusión respecto a las circunstancias que rodearon la muerte de Phoenix —prosiguió el director Valenti, de pie en el escenario, ataviado con su traje gris, con sus grises palabras—. Pero lo que sí sabemos con certeza es que todos le echaremos en falta.

Oí a unos cuantos sollozar. Parpadeé y vi a Phoenix de pie detrás del director Valenti, de nuevo sonriéndome.

La primera vez: de acuerdo, estaba volviéndome loca. La segunda: no tenía más remedio que prestar atención. Mi corazón trataba de liberarse entre las costillas.

El director siguió con su insulso discurso. Nos dijo que íbamos a guardar un minuto de silencio.

—Inclinaremos la cabeza en señal de respeto —dijo—. Y mientras pensamos en Phoenix, rememoraremos a aquellos a quienes hemos perdido este año. Recordaremos ajonas, a Arizona y a Summer, y por supuesto los tendré en mis pensamientos mientras llevo a cabo mis tareas durante el día de hoy

«Un pésimo día. ¿Y qué me dice del resto de la vida, director Valenti? »

Parpadeé de nuevo y Phoenix desapareció.

« ¡Vuelve!», pensé. Mi corazón desistió en sus intentos de escapatoria. Sabía que lo que había visto era un auténtico disparate.

Mantuvimos la cabeza gacha durante sesenta segundos exactos… y eso fue todo.

— ¡Levántate, Darina! —me susurró Jordan al oído.

Los cien asientos abatibles ejecutaron el mismo sonido metálico cuando todos se pusieron en pie y desfilaron por la puerta.

Si alguien me preguntara por lo que pasó durante el resto del día, sería incapaz de recordar nada. Los amigos me hablaban y yo no les oía. Mi profesora de Matemáticas creyó que iba a desmayarme. Así que me envió a la enfermería del instituto. Me quedé tumbada en una camilla con la vista clavada en el techo, esperando ver el rostro de Phoenix en las sombras que arrojaba la secuoya del otro lado de la ventana. Hannah vino a verme. No hablé. Nada se abrió paso entre las sombras.

Lo único que sabía era que, si Phoenix no iba a volver a aparecérseme, sería yo la que tendría que ir en su busca. Regresaría a la vieja casona y al viejo establo.

ଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓ

Las clases acabaron, y con la forma de Brandon Rohr se materializó un obstáculo en mi camino. Estaba apoyado en mi coche, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperándome.

Me gustaría aclarar que, aunque Brandon era hermano de Phoenix, eran muy diferentes. Ni siquiera se parecían físicamente, excepto por que ambos medían algo más de metro ochenta. Brandon tenía pinta de futbolista corpulento; Phoenix se parecía más a un jugador de baloncesto. Brandon llevaba el pelo muy corto y pegado a la cabeza, mientras que Phoenix lo tenía más largo y casi le llegaba a la nuca. Brandon no sonreía nunca. Y mucho menos ahora, tres días después de la muerte de su hermano.

—Entra en el coche —me ordenó.

Me peleé con la cerradura y el contacto. Brandon se sentó en el asiento del pasajero.

— ¿Adónde vamos? —pregunté.

—Limítate a conducir.

Respiré hondo e hice lo que me había mandado. Enseguida nos dirigimos al oeste, fuera del pueblo. Detuve el temblor de las manos tras agarrarme con fuerza al volante.

Brandon se hundió en el asiento y apoyó la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos.

— ¿Y bien? —masculló.

— ¿Y bien... qué?

Doblé por un desvío de la carretera y bajamos traqueteando por una pista de tierra, hacia el lago Hartmann, donde se había ahogado Arizona.

—Ahora tienes la oportunidad de hacerme algunas preguntas —respondió Brandon—. Las que quieras.

Fruncí el ceño, no me creía que tanta compasión fuera muy del estilo de Brandon. No obstante, quería conocer... muchos detalles confusos.

—Phoenix... ¿murió en el acto?

En el punto de la carretera donde había visto la sangre, frente a la gasolinera.

Mi voz apenas podía tildarse de murmullo. Tuve que repetir la pregunta tres veces antes de que Brandon la entendiera.

—No, lo llevamos al hospital, pero no pudieron hacer nada por él.





— ¿Estaba consciente?

Brandon negó con la cabeza.

—Solo durante un par de minutos. Perdía mucha sangre y se desmayó.

— ¿Dijo... dijo algo?

— ¿De ti?

Me hizo sentir mezquina y egoísta, por la forma en que lo pregunté. Ni siquiera abrió los ojos.

—Sí. ¿Me nombró?

Brandon siguió en la misma postura cuando el coche dio una sacudida y traqueteó de camino al lago.

—Me pidió que hablara contigo.

—Para decirme qué.

—Adiós, supongo.

Adiós. Dos sílabas.

— ¿Solo eso?

El lago se extendió ante nosotros, un brillo débilmente plateado lo cubría por completo.

—«Dile a Darina que lo siento» —citó Brandon textualmente. Se incorporó en el asiento y clavó la vista en el agua—. Me hizo prometer que te lo diría.

El corazón se me subió a la boca. No pude articular ni una palabra más.

—Da la vuelta —me ordenó Brandon después de permanecer un minuto contemplando el lago—. Vamos al pueblo.

— ¿Quién lo mató? —pregunté débilmente mientras Brandon me hacía gestos para que detuviera el coche junto a su bloque de pisos.

Parecía que unas mandíbulas metálicas se hubieran cerrado de golpe y mantuvieran aprisionada toda la información que contenía su cabeza. Brandon se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—Pero ni estabas allí. Lo viste.

Negó con la cabeza.

— ¿Has participado alguna vez en una pelea?

—No.

—Había doce tipos o más. Dando patadas, puñetazos, empujones. Alguien sacó una navaja. No sé más.

Brandon salió del coche. Apoyó un brazo en el techo y bajó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Vamos a celebrar un velatorio en el río Deer. Unos cuantos amigos de mi hermano y yo. Era el lugar preferido de Phoenix.

— ¿Después del funeral? —musité.

Asintió y se alejó.

Agarré el volante con todas mis fuerzas y dejé caer la cabeza hacia delante. Me eché a llorar.

Una mujer que empujaba un cochecito pasó por delante. Se detuvo y dio media vuelta para hablar conmigo.

— ¿Estás bien?

Levanté la cabeza.

—Sí, gracias —respondí, aunque resultaba bastante obvio que no era así.

— ¿Seguro? ¿Necesitas algo?

Me enjugué las mejillas con el dorso de la mano.

—No, estoy bien.

La desconocida se quedó junto a mí un rato.

—Sea lo que sea lo que te pase, cielo, todo te parecerá mejor mañana. Y pasado mañana te parecerá aún mejor.

—Gracias —le dije.

Puede que tuviera siete u ocho años más que yo, con un bebé y una vida por delante: un marido, más hijos, un hogar. Sonrió con amabilidad, asintió y luego siguió su camino.

Me quedé a solas conmigo y con mis disparatados pensamientos, rememorando; o acontecido, deseando mirar de reojo y ver a Phoenix sentado en el asiento de al lado, sonriendo y diciendo: «Darina, saca este cacharro de aquí, ¿quieres?».

« ¿Hacia dónde? », le habría preguntado con una sonrisa.

«A cualquier sitio donde pueda llegar. ¡Salgamos de aquí enseguida!», me habría dicho.

Y habría deslizado su brazo por el roído asiento del conductor y apoyado los pies en el salpicadero para quedarse totalmente tumbado.

Yo habría visto el perfil de su rostro mientras conducía. Sus ojos habrían permanecido cerrados con el viento apartándole el pelo de la cara. Y me habría enamorado aún más de él.

De hecho, ahora que al fin Brandon se había ido era libre de volver en coche a Foxton.

« ¡Hazlo! —me dije—. ¿Qué te lo impide? »

En mi imaginación, vi la casa vacía y el establo en ruinas, oí los portazos y el susurro de las hojas del álamo bajo la brisa. Quizá era allí donde estaba, y en ningún otro lugar: en mi mente poco fidedigna y traumatizada. ¿Existía la casa? ¿Por qué nunca antes la había visto, ni había oído mencionarla a nadie?

Foxton no estaba tan lejos de Ellerton; puede que a unos veinticuatro kilómetros cuesta arriba por una estrecha carretera entre las montañas. Había media docena de viviendas en un pequeño cruce y una tienducha donde nadie entraba. Ah, y también había unas cuantas cabañas de fin de semana con vistas al río, ocupadas por pescadores y cazadores, en su gran mayoría urbanitas.

De acuerdo, de modo que podía conducir hasta Foxton y hacer mis pesquisas. Podía preguntar en la tienda si sabían de una casa en los álamos. Parecía un buen plan, así que me puse en marcha.

ଔଔଔଔଔଔଔ

Resultó que el plan no fue tal. Me detuve en la tienda de Foxton y la encontré cerrada al público y con un letrero escrito a mano de «Se vende» enganchado por dentro del escaparate. La gravilla volaba por el camino de tierra y se me metía polvo en los ojos, de

modo que volví al coche. Esperaba ver plantas rodadoras y oír un solo de guitarra, como en las películas de Clint Eastwood.

— ¡Oh, no!

Accioné la llave de contacto y el motor chisporroteó. El indicador de gasolina señalaba que el depósito estaba vacío, por los kilómetros de más que había hecho últimamente.

«Lleva siempre gasolina extra en el maletero —me hubiera dicho el aburrido de Jim—. Nunca sabes cuando puedes quedarte sin ella. »

—Darina, Jim tenía razón. Deberías haber prestado atención, ¡al menos una vez en tu vida! —mascullé mientras rechazaba la alternativa más razonable de telefonear a Laura desde mi móvil.

Se habría puesto hecha una furia, y eso habría significado el final de mi expedición a la casona.

Salí de nuevo del vehículo y me devané los sesos en busca de otras opciones. Hacer dedo hasta la gasolinera más cercana. Eso, para que me recogiera algún psicópata rarito; demasiado arriesgado. Llamar a un amigo y suplicarle su ayuda; demasiado patético. Además, empezaría a hacer preguntas.

— ¡Eh, Darina! —exclamó alguien.

Reconocí al señor Madison en cuanto apareció por la carretera con su SUV plateado. Era el padre de Summer, y aún se quitaba tiempo de su trabajo de arquitecto para ayudar a su esposa a sobrellevar el dolor por la pérdida de su hija. Parecía pálido y demacrado cuando lo vi bajarse del coche.

— ¿Algún problema? —preguntó.

—Me he quedado sin gasolina —admití.

Él asintió.

—He perdido la cuenta de las veces que le dije a Summer que comprobara si llevaba una lata de gasolina en el maletero.

—Lo sé. Soy una tonta.

—Tampoco ella me escuchaba nunca. Cosas de críos.

Me sentía culpable por seguir respirando, pobre hombre.

—Has tenido suerte de que pasara por aquí —dijo el señor Madison mientras traía una

lata verde de la parte trasera del coche.

Desenroscó la boquilla y el fuerte olor a gasolina me golpeó en la nariz. Lo observé mientras vertía el líquido de color claro en el depósito de mi automóvil.

—Con esto podrás volver a casa.

—Gracias —musité.

Evité su mirada al recordar todas las tardes de cielo azul que había pasado en la casa desordenada, artistoide y acogedora que los Madison tenían en las afueras del pueblo antes de que Summer… bueno, cuando Summer estaba viva.

—De nada —dijo con una débil sonrisa—. Pon en marcha el coche, comprueba que funciona.

Hice lo que el señor Madison me pedía. El motor arrancó. Estaba lista para ponerme en camino.

—Muy bien —afirmó mientras regresaba a su automóvil—. Me alegra haber pasado por aquí. Cuídate, Darina —dijo antes de marcharse.

Podría haberle contestado: «Voy a ir a ver al fantasma de Summer, señor Madison. Está aquí arriba, por el camino de tierra, en un establo abandonado. Con Jonas, Arizona y Phoenix. Están todos juntos, y se hacen llamar las Almas Elegidas. El hecho de que usted esté aquí en este preciso momento sin duda es obra del destino. ¿Por qué no se viene conmigo?».

Pero tenía el corazón destrozado y sospechaba que mi ofrecimiento no sería más que una auténtica locura que no haría más que empeorar su pena. Así que me limité a contemplar como su SUV desaparecía carretera abajo.

Y ahora que ya no tenía obstáculos a los que enfrentarme, debía seguir conduciendo, subir por el sendero de tierra más allá de las cabañas de fin de semana de los cazadores y pescadores asentadas en las escarpadas rocas de granito con vistas a los rápidos del río, y adentrarme en el bosque de pinos de atestadas ramas aromáticas. Después salí de las sombras alargadas para meterme en una carretera despejada que zigzagueaba montaña arriba hasta la alameda.

El coche traqueteaba por encima de los cantos rodados. Los neumáticos crujían al rodar por la gravilla, y derrapaba al tomar las curvas cerradas. No había casas, ni otros vehículos, solo el enorme cielo del atardecer y una pálida luna creciente.

«Aún no veo la casa —pensé cuando creía que ya había llegado bastante lejos—. Ni el establo.» Busqué el lugar donde había aparcado el automóvil el día anterior. Proseguí otros doscientos metros y decidí reducir la velocidad e intentar buscar un punto de referencia.

Salí a una arboleda y vi un angosto sendero a mi izquierda. En la alta hierba, un ciervo alzó el cabeza sobresaltado.

« ¡Aquí es!» Reconocí la senda que ascendía a través de un prado natural hasta una alameda. E incluso vislumbré la parte superior del tanque de agua oxidado más allá de la cresta.

Bajé del coche y seguí el camino a pie, por lo que el ciervo se vio obligado a huir brincando por la hierba plateada. Llegué hasta los árboles, cuyas hojas susurraban con la brisa. El sonido me recordó el batir de un millón de alas.

Tuve que detenerme antes de alcanzar la cresta y respirar hondo. Después me armé de valor para seguir andando.

Las hojas susurraban con más fuerza que antes, aunque aún estaban muy lejos y caminaba por la hierba alta. Luego me separé del sendero y tomé el camino más corto hasta la cima de la colina y me paré a descansar una vez más bajo la sombra del tanque de agua. Ahora el terreno descendía a lo lejos en pendiente hasta un gran valle donde corría un río.

Al principio no vi la casa. Y empecé a maldecirme por lo estúpida que era al haberme imaginado todo eso, y por cómo la pena puede jugarte una mala pasada, por cómo la mente te maltrata cuando estás en las últimas.

Estaba a punto de abandonar cuando oí unos portazos y vi el establo destartalado.

El corazón me latía con fuerza.

¡Pum!, otra vez. El susurro de las hojas volvió a recordarme el sonido de un aleteo; mis oídos se llenaron de un barullo inconmensurable. Salí dando tumbos de la sombra del tanque de agua y bajé por la ladera de la montaña en dirección al establo.

Apenas había descendido la mitad de la ladera cuando vi dos figuras trabajando en el prado lleno de maleza; un par de individuos que arreglaban una brecha en una vieja valla de alambre de espino. Fue una visión tan cotidiana que me olvidé de mis miedos, hasta que el más joven de los dos levantó la vista y le reconocí.

— ¡Jonas!

La voz me salió estrangulada y ronca. Me detuve en la ladera y observé con detenimiento su silueta alta y flaca.

Jonas Jonson conducía su Harley por una carretera recta a las afueras de Centennial con Zoey detrás cuando se estrelló y murió en el acto; sin embargo, el accidente apenas parecía haberle dejado marca alguna. Zoey se pasó seis semanas en coma y aún no

recuerda lo sucedido.

Jonas me vio y se volvió hacia el tipo más mayor (el hombre de pelo gris a quien llamaban Hunter y que había cerrado la puerta del establo en mi primera visita). De inmediato, Hunter dejó las herramientas con las que había estado trabajando y se dirigió directamente hacia mí subiendo por la colina.

Apenas podía respirar. Quise echar a correr, pero no sabía qué camino tomar.

Hunter seguía avanzando hacia mí: una figura alta de pelo gris y ondeante, vestida con una camisa oscura, de rostro pálido y carente de expresión. Vi a Jonas al fondo haciéndome gestos con la cabeza y advirtiéndome que me fuera de allí.

Levanté los brazos a modo de rendición.

—Mira —le dije a Hunter—, no sé quién eres ni lo que está pasando aquí, lo único que quiero es que te quedes donde estás, ¿de acuerdo?

Se detuvo a unos diez pasos de distancia. Sus ojos oscuros resplandecieron.

—He venido a ver a Phoenix —expliqué.

Más gente empezó a salir tras los sauces: dos chicas de unos veinte años; una era una pelirroja de pelo corto, y la otra llevaba en brazos a un niño de sedosos cabellos del color de la paja. También estaba con ellos un chico bajito y enjuto. Todos se pusieron junto a Jonas.

—Phoenix —le repetí a Hunter con voz entrecortada y desesperada—. ¿Dónde está?

Hunter se limitó a seguir mirándome con los pies separados y las manos en las caderas.

No reaccionó. Me sentí atraída hacia su rostro demacrado y sus ojos oscuros e inmóviles.

¿Por qué tenía la piel tan pálida? Los tipos que trabajaban al aire libre solían estar morenos y tener un aspecto saludable después de haberse pasado el verano trabajando a pleno sol.

Este fue el último pensamiento lúcido que tuve antes de que el batir de alas se intensificara y me invadiera la meme. Hunter seguía observándome, y el aleteo, como un ejército en el campo de batalla, me atacaba para que me retirara por el camino por donde había venido. Una sensación asfixiante se cernió sobre mí; luego sentí pánico. Las alas invisibles estaban por todas partes, obligándome a pelear con los puños en el aire. Daba puñetazos a un enemigo invisible.

Sin aliento, me giraba a un lado y a otro, y pedía a gritos a Jonas que me ayudara.

Hunter ni siquiera se volvió a mirar. Parecía saber que Jonas no movería ni un músculo.

—¡Phoenix! ¿Dónde estás? —chillé.

Él me quería. Me salvaría.

Pero lo que Hunter estuviera haciendo era más poderoso que cualquier súplica mía. Me miraba fijamente y hacía que el millón de alas aleteara más fuerte, obligándome a retroceder hasta el tanque de agua, tambaleándome bajo su sombra.

— ¿Dónde estoy? —pregunté con voz ahogada. Me agaché y me protegí la cabeza con las manos—. ¡Por favor, que alguien me diga qué está pasando!

Yacía tendida en la tierra, hundida en la sombra, cuando de repente una figura surgió ante mí, un rostro se acercó al mío con unos ojos tan oscuros como los de la muerte. Un rostro cadavérico que se movía y se disolvía sin que pareciera estar unido a un cuerpo. Después otro más se me acercó; aquello era mucho peor que una pesadilla, tanto que mi corazón estuvo a punto de dejar de latir, tanto que grité, una y otra vez.

Capítulo 2

He aquí una pregunta para los estudiantes de Ética en busca de un proyecto de carrera: ¿quién inventó los funerales y por qué? Es decir, ¿qué sentido tienen?

Seis compañeros de clase portaban el ataúd de Phoenix por la nave central. Logan se hallaba entre ellos. La madre de Phoenix, Sharon Rohr, estaba junto a Brandon, con su hermano pequeño, Zak, a la izquierda de ella. Zak llevaba corbata negra y un cuello de camisa blanco que no había forma de que no se combase. Los Rohr tenían los ojos secos mientras la iglesia entera lloraba a moco tendido.

— ¿Estás bien? —me preguntó Hannah con un susurro por enésima vez.

Asentí y clavé la vista en la cruz del altar para evitar oír el aleteo y ver los dos rostros cadavéricos que se abalanzaron sobre mí para luego desaparecer y hacer que el corazón casi me dejara de latir.

—Las cenizas a las cenizas —recitó el pastor junto a la tumba cuando salimos de allí.

La señora Rohr arrojó una rosa roja al ataúd que habían bajado hasta la fosa. Brandon rodeaba con un brazo el hombro de Zak.

Las alas sonaron con fuerza en mis oídos. El día era calmo y azul, y no me pareció que se tratara de una despedida.

— ¿Bien? —quisieron saber otra vez Hannah y Jordan.

Asentí. El camposanto se apoyaba contra una ladera empinada donde más de una docena de amigos de Brandon se habían reunido para observar la ceremonia. Estaban sentados en las rocas, vestidos con vaqueros y camisetas, llorando la muerte de Phoenix a su manera.

— ¡Mirad! —exclamé con un jadeo, y señalé una elevada roca plana.

Allí estaba Phoenix, observándonos desde lo alto, con el semblante serio por vez primera.

— ¿Qué? Yo no veo nada —respondió Jordan.

Negó entristecida con la cabeza al tiempo que me cogía una mano temblorosa y me la bajaba a un costado del cuerpo.

Hannah me rodeó con un brazo y me alejó del cementerio.

ઌઌઌઌઌઌઌ

Abandoné el velatorio oficial en cuanto me fue posible. Me pasé por casa para quitarme la blusa y los pantalones negros y ponerme un veraniego blusón estampado y unos vaqueros que sabía que le gustaban a Phoenix.

Por una vez, Jim estaba en casa, sentado a la mesa de la cocina y hablando con Laura.

—No has estado mucho rato en el funeral —dijo Laura mientras me dirigía a la puerta principal.

— ¿Y qué? Tú ni siquiera has ido.

—Cuatro en un año —comentó negando con la cabeza—. Son demasiados.

—Los Madison sí que han ido. Y también los Jonson.

Por alguna razón, quería que Laura y Jim se sintieran culpables.

—Tu madre no es muy amiga de los Rohr —señaló Jim—. Tan solo hace un año que viven en Ellerton.

—Poco antes de que empezara todo esto —repuso Laura con un suspiro. Empujó el periódico por encima de la mesa para que yo lo viera—. ¿Sabías que ya han emitido un veredicto en la investigación de Jonas?

Cogí el periódico y leí el titular. «Primera víctima mortal adolescente: motorista fallecido al viajar a ciento cuarenta y cinco por hora».

El batir de alas empezó a sonar más fuerte una vez más. Vi a Jonas donde había estado el día anterior, inclinado en la verja, retorciendo y entretejiendo dos cabos de alambre de espino.

— ¿Estaba la familia Bishop en el funeral de Phoenix? —preguntó Jim.

Me encogí de hombros. «Alas, por favor, deteneos. Espectros, dejad de meteros en mi cabeza.»

—Supongo que no —afirmó Laura—. El sábado le dieron el alta del hospital a Zoey. Querrán estar en casa con ella y cuidarla.

Zoey, que iba detrás en la moto y que era mi ex mejor amiga, había sufrido cuatro operaciones desde el accidente. Esta vez los médicos esperaban que pudiera a volver a caminar.

—Imagina como deben sentirse después del veredicto de conducción temeraria. —Jim, como siempre, manifestó lo que era obvio para todos—. Si Jonas no hubiera ido tan rápido, no le habría pasado nada a su hija.

—Conozco a los Bishop de toda la vida —dijo Laura—. Son muy buena gente.

Detecté la comparación no expresada con palabras, y una mecha prendió en mi cerebro.

— ¿Con eso quieres decir que los Rohr no son buena gente? Porque tienen un hijo con antecedentes y nadie quería que se trasladaran a vivir aquí, al enterarse de que Brandon había estado en la cárcel.

—Tu madre no ha dicho eso —puntualizó Jim.

Jim cogió el periódico, lo dobló y lo apiló en el revistero.

—No tiene por qué decir eso —acusé—. No me confesó ni admitió que no quería que quedara con Phoenix, aunque tampoco hizo falta. ¡Hasta puede que se alegre de que esté muerto!

— ¡Darina! —Laura se puso en pie a modo de protesta—. Eso no es verdad. No quisiera que le pasara eso a nadie. Lo lamento mucho por ti...

—Lo único que estamos diciendo es que necesitas controlarte —intervino Jim, lo que fue un gran error.

Si nos hubiera dejado a Laura y a mí hablar de ello, podríamos haber arreglado las cosas.

— ¿Quieres decir «no seas melodramática»? —aullé—. «Recuerda que solo saliste con ese tipo un par de meses.» «Supéralo, ¿vale?»

—No, Darina.

Laura hizo un intento de aproximación.

—No pongas en su boca palabras que ella no ha dicho —se quejó Jim.

Gemí y negué con la cabeza. ¿De qué servía todo eso?
—Me voy afuera —dije.

El sol estaba en lo alto del cielo mientras conducía hacia el río Deer, cociendo los peñascos de granito rosado a ambos lados de la angosta carretera. Un milano rojo remontó el vuelo impelido por una corriente de aire por encima de mi cabeza.

Música para un amigo muerto; hacía un kilómetro que la oía, reverberando en esos peñascos junto al cauce del río de agua transparente. Estridente y metálica, resonando con un ritmo frenético, al gusto de Brandon, no de Phoenix. Tanto que estuve a punto de dar media vuelta.

Sin embargo, otros coches subían detrás del mío. Los chicos aceleraban los motores y se inclinaban por fuera de las ventanillas, gritándome para que acelerara. ·

— ¡Fiesta! ¡Acelera, Darina, acelera!

—Eso es lo que Phoenix hubiera querido.

Vi a algunas chicas del último curso de Ellerton sentadas en la cresta de la colina mientras aparcaba y salía del coche. Les goteaba agua de la ropa y el pelo, como si se hubieran metido en el río vestidas.

—No le hubiera gustado vernos de luto y llorando por él —convino alguien—. Hubiera querido que nos divirtiéramos.

« ¿Y cómo lo sabes? ¿Acaso hablaste alguna vez con él?»

Pasé caminando por delante de ellos y fui a saludar a Brandon.

—Has venido —murmuró arqueando una ceja.

Se había quitado la chaqueta que llevaba en el funeral, la que se había comprado en la tienda de Laura, y aflojado la corbata. Le pesaban los ojos, como si se hubiera pasado una semana sin dormir.

Asentí.

—Es todo tan irreal… —dije al tiempo que echaba un vistazo a la gente que bailaba al aire libre.

Se comportaban como siempre: los chicos totalmente despreocupados, las chicas a la última y coqueteando. ¿Lo encontraba bien? Estaba demasiado alterada para saberlo.

—Esta es nuestra forma de despedirnos. —Brandon hundió el brazo en una enorme nevera portátil y sacó una lata. Me la ofreció—. Disfruta —masculló mientras se alejaba para hablar con algunos colegas de uno de los coches que habían subido detrás de mí por el sendero.

La música me martilleó la cabeza cuando me senté en una roca que daba al río. Bajé la vista hacia el agua transparente, y allí me quedé durante unos quince minutos antes de que Brandon regresara y se sentara a mi lado.

— ¿Qué hay, Darina?

— ¿Qué hay?

— ¿Cómo lo llevas?

—No muy bien —confesé—. ¿Cómo está tu madre?

—Tampoco muy bien. Le llevaré un tiempo superarlo. —Contemplé los rápidos del río—. Le envié un correo electrónico a mi padre contándole lo sucedido a Phoenix, pero no lo ha contestado.

— ¿Dónde vive tu padre?

Sabía por Phoenix que los Rohr se habían separado tras el nacimiento de Zak, y que desde entonces no tenían contacto.

—En algún lugar de Europa. Alemania, creo. Puede que haya cambiado de domicilio. Qué más da, mi madre ya sabía que no asistiría al funeral.

—Qué triste —murmuré.

— ¿Y qué hay de nuevo? —Brandon se levantó para tirar la lata vacía a una bolsa de basura, y cambiamos de tema—. ¿No has bailado?

Negué con la cabeza.

—Ni te has metido en el agua.

Era evidente que Brandon no me quería ahí sentada con una pose trágica y aguando la fiesta.

—Puede que vaya a nadar —acepté.

De repente me sedujo la idea de darme un chapuzón y sentir el agua fría y profunda por encima de la cabeza; así que me puse en pie, me balanceé en el borde de la roca y

luego di un gran salto.

El agua me golpeó al impactar contra ella. Me sumergí hasta el fondo y sentí la corriente arremolinarse a mi alrededor; abrí los ojos en el mundo acuático de maleza y cantos rodados. Durante unos segundos me sentí ingrávida, a la deriva, deslizándome con la corriente. Después me propulsé en el lecho del río para salir a la superficie.

Emergí sin aliento y tomé aire; enseguida me di cuenta que el agua me llevaba corriente abajo y que no tenía preparada una estrategia de emergencia.

— ¡Nada, Darina! —Gritaba Jordan desde la orilla—. ¡Por el amor de Dios, nada!

Jordan estaba con Logan y Hannah, a quienes apenas entreveía desde el lugar apartado bajo los árboles donde se hallaban. Mientras tanto, el agua me arrastraba cada vez más rápido entre las rocas escarpadas.

Pataleé contracorriente, con la suficiente fuerza para mantenerme cerca de Jordan y Hannah mientras Logan se quitaba los zapatos a toda prisa. Antes de que pudiera actuar, vi a Brandon saltar de roca en roca por la orilla del río y luego arrojarse al agua. Él se hallaba mucho más abajo de donde yo me encontraba; las fuerzas empezaron a fallarme mientras la corriente me llevaba hacia Brandon y tragaba agua a medida que me dirigía sin control hacia una enorme roca en medio del cauce del río. Me hundí en las umbrías profundidades.

Mientras sucumbía a la tracción del río, Brandon me pasó un brazo por la cintura. Me arrastró hacia arriba y nadó con fuerza hacia la extraña roca, me alzó hasta su cóncava superficie y después trepó arrastrándose tras de mí.

Y allí estábamos, yo rescatada de morir ahogada, los dos varados en mitad del río, agazapados en el hueco excavado en la roca como dos pigmeos descansando en la palma de la mano de un gigante.

☙☙☙☙☙☙☙

Fui a terapia solo para no oír más a Laura.

Eso fue dos días después del funeral de Phoenix, y aún no había podido conciliar el sueño. Tampoco comía, y ella estaba plenamente convencida de que mi peripecia en el río Deer no era más que una silenciosa llamada de socorro.

— ¿Por qué tuviste que contárselo? —le pregunté a Logan.

Se había pasado por casa al día siguiente y yo no había querido hablar con él. Así que se sentó a la mesa con Laura y Jim, y le sacaron toda la historia de pe a pa: mi zambullida en el agua, que la corriente del río se apoderó de mí y Brandon desempeñó el papel de héroe, y que el resto de la pandilla había sacado una cuerda de uno de los coches para

arrojarla hasta la roca.

—A mí ese tipo no me gusta, no me malinterpreten —había dicho Logan a mi familia—. Pero Brandon le salvó la vida a Darina. Y fue a él a quien se le ocurrió la idea de la cuerda. La usaron para llevarla hasta la orilla.

— ¡Dios mío, es una suicida! —susurró Laura a Jim esa misma noche después de que se fueran a la cama.

Yo los escuchaba perfectamente a través de la pared, más fina que el papel.

—Es peor de lo que pensaba —asintió Jim.

A la mañana siguiente concertaron una visita con la psiquiatra de la localidad.

Se llama Kim Reiss. Fui a su consulta a las dos y media, con los dientes rechinándome y con la certeza de que no me gustaría.

—Hola, Darina, siéntate —me dijo en cuanto entré.

Allí no había diván de psiquiatra, ni cuaderno de notas. La estancia era luminosa y sencilla. La psiquiatra tenía una sonrisa apacible, pómulos pronunciados y un corte de pelo muy chulo. Tenía una cicatriz de unos tres centímetros debajo de una mejilla; me pregunté cómo se la habría hecho.

—Déjame que te explique el método que empleo y que me asegure de que te sientas cómoda con él —prosiguió.

Me senté y me puse a mirar por la ventana, fingiendo desinterés. «No quiero estar aquí», le comuniqué a través de mi lenguaje corporal.

—Nos servimos de algo denominado terapia cognitiva —explicaba Kim-. No es un psicoanálisis exhaustivo; nos limitamos a centramos en lo que en este momento te preocupa, en este preciso instante, y llevamos a cabo las pertinentes estrategias prácticas para solucionarlo. Es muy sencillo, te lo prometo.

La miré a la cara.

—Han matado a mi novio —le dije con voz inexpresiva.

Volví a dirigir la vista hacia la ventana una vez más antes de que ella pudiera establecer contacto visual conmigo. «Ahí tienes algo en que pensar, ¿no?», transmitía mi pose.

No reaccionó. Se limitó a esperar.

—Lo han matado pero aún lo veo.

— ¿Cómo se llamaba?

—Phoenix Rohr. Se metió en una pelea. Había quedado con él en el río Deer, pero no se presentó. — ¿Por qué le estaba contando todo eso? Estaba allí porque Laura había pagado la visita, punto—. Había sangre en el suelo. No me telefoneó.

Kim me miraba, seguía esperando.

—No me diga que lo lamenta —le advertí—. Yo lo lamento. Usted lo lamenta. Todo el mundo lo lamenta.

—Pero ¿lo ves? —Esa fue su segunda pregunta, directa al grano.

—Usted cree que me refiero a que lo veo en sueños, ¿verdad? La gente sueña con aquellos a quienes ha perdido. Eso ya lo sé.

—O sea que no lo ves en sueños —apuntó Kim.

—Cuando estoy despierta —insistí—. Tan despierta como lo estoy ahora. Los veo a todos ellos Jonas, Arizona, Summer y Phoenix. Están todos vivos y con buen aspecto. No son unos simples cadáveres.

— ¿Espectros? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Mucho más sólidos. Más reales. Sonríen y hablan. El tenebroso Hunter se encarga de ellos. Son las Almas Elegidas.

La mirada de Kim se mantuvo imperturbable. Ni siquiera parecía pensar que yo estuviera como una cabra.

— ¿Estabas enamorada de Phoenix? —me preguntó con suavidad.

—Completamente. No tengo palabras para expresarlo.

«Él veía a través de mi corazón, y yo a través del suyo. Bajamos la guardia desde el primer beso. Estábamos totalmente abiertos el uno al otro. »

— ¿Te sientes perdida sin él?

Asentí mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—Las palabras no hacen frente al dolor —convino Kim—. No tenemos suficiente

vocabulario para expresarlo del todo. Y cuanto estás experimentando es muy normal: ver a Phoenix en los lugares donde siempre lo has visto hasta ahora, como si aún estuviera allí.

— ¿Y qué hay de los sitios a los que nunca fuimos?

Tenía en mente el viejo establo de Foxton, pero aún no estaba preparada para irme de la lengua con eso.

—Pues también —dijo ella—. En estos momentos, Phoenix ocupa todos tus pensamientos. Puede aparecer de repente dondequiera que estés por casualidad.

— ¿Y parecer totalmente real? —consulté.

Quizá así fuera después de todo: estaba alucinando como una loca por estar tan afligida por el dolor. Puede que no estuviera completamente loca, pero si hundida por la pena.

—El trauma es un cliente difícil —me explicó mi nueva psiquiatra.

Después de todo, empezaba a gustarme. No iba a necesitar escuchar como era mi relación con Laura, ni entrometerse donde no la llamaban—. Y no es malsano para ti recordar a Phoenix tan vívidamente, teniendo en cuenta el poco tiempo transcurrido desde su muerte.

—Gracias.

Caí en un gran silencio. « ¿Qué hay de Jonas, Arizona y Summer? —quería preguntar—. ¿Y qué hay del sonido de las alas en mi cabeza, las calaveras y la mirada asesina de Hunter?»

—Así que te sugiero que no te obsesiones demasiado con ello y que, mientras tanto, hablemos detalladamente sobre cómo deberías cuidarte.

Mi apacible consejera no iba a presionarme. Me sentí agradecida. Respiré hondo y me sequé las lágrimas. Charlamos largo y tendido sobre reelaborar un patrón de alimentación y sueño saludables, y nos pusimos de acuerdo en que debía volver a su consulta al cabo de una semana.

—No seas demasiado dura contigo misma, Darina —me aconsejó Kim cuando me levantaba para marcharme—. Recuerda que eres humana.

— ¿Qué quiere decir?

—Que estés dispuesta a compartir. Que cuentes con perder el control y que pidas ayuda. Ahí fuera hay un montón de gente dispuesta a apoyarte.

Parpadeé y asentí.

—Bien. Nos vemos el jueves que viene. A las cuatro y media.

En la sala de espera estuve a punto de pasar por delante de Zoey, que iba en silla de ruedas.

— ¿Qué haces aquí? —le espeté al verla, aunque no pretendía sonar tan poco amistosa.

—Lo mismo te digo —me contestó—. ¿Te has vuelto tan loca como todos los demás?

Hacía casi un año que no veía a Zoey. Estaba completamente cambiada, mucho más delgada, y su cabello rubio se había vuelto castaño natural. Y, por supuesto, luego estaba lo de la silla de ruedas, a lo que había que añadir la mirada asustada de sus ojos oscuros.

—No, estoy de fábula —mentí—. ¿Qué tal te va a ti?

Zoey se encogió de hombros.

—Me han puesto unas placas de acero en las piernas. Me han fusionado la columna por dos sitios para que pueda mantenerme de pie. Estoy bien.

Sonó tan mal que sonreímos.

—Zoey, lo sien…

— ¡No lo digas!

—De acuerdo. —Y se hizo un largo silencio hasta que las dos hablamos a la vez—. Fui a visitarte —le dije.

—Me enteré de lo de Phoenix —dijo ella.

—Cientos de veces —ignoré su comentario y me embalé—. Después del accidente, fui al hospital. Todas las semanas que estuviste en coma, fui y me senté a tu lado.

Zoey frunció el ceño.

—No me lo dijeron.

—Y después, cuando despertaste, tu padre no me dejó volver. Me dijo que estabas demasiado enferma para tener visitas.

—Oye, no me acuerdo de nada. Y quiero decir nada de nada.

Me sentí conmocionada.

—Pero ¿sabes quién soy? ——pregunté.

—Pues claro, eres Darina. Recuerdo todo lo que pasó antes del accidente. Pero, después de eso, hay un gran agujero negro. Por eso estoy aquí, por el TEP.

Trastorno por Estrés Postraumático. Como el que padecen los soldados en zonas de guerra. Una ingeniosa etiqueta para todo lo loco y violento que pasa en la cabeza.

—También yo, supongo.

Estuve a punto de explicarle a Zoey que había visto a Jonas arreglando una valla en Foxton, pero eso habría sido una estupidez.

— ¿Volverás a visitarme de nuevo? —me preguntó Zoey

Me miró con ojos suplicantes.

—Si tus padres me dejan.

—No hagas caso de lo que digan. Ven sin más —dijo mientras presionaba un botón y conducía su silla hacia la puerta abierta del despacho de Kim—. Quiero que me cuentes lo que ocurrió, Darina. Que me ayudes a recordar.

ଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓ

Esa noche volví a tener el mismo sueño/ pesadilla/ visión; que cada uno lo llame como quiera. Yo estaba profundamente dormida, luchando por seguir así, y de repente los rostros cadavéricos se abalanzaron sobre mí, con sus cuencas negras y sus cráneos amarillentos. Se arremolinaron a mí alrededor, cada vez más cerca, hasta que me desperté con un estremecimiento. Me senté en la oscuridad y oí el resonar de un batir de alas.

ଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓ

A la mañana siguiente temprano me dirigí en coche hasta Foxton como si estuviera poseída.

Conducía encorvada sobre el volante mientras me agarraba a él con fuerza, dispuesta a hacer que mi cacharro subiera por las colinas tan rápido como le fuera posible, tomando las curvas con un chirrido de neumáticos y arrojando una nube de polvo al dejar atrás la carretera de gravilla.

Detuve el coche en la alameda y eché a correr por la hierba alta hacia la colina. Allí





estaban el tanque elevado de agua y la ladera que descendía hasta la casa y el establo. La camioneta oxidada aún se hallaba aparcada junto a la vivienda y, en ese instante, la puerta del establo se cerró de un portazo.

« ¡Aléjate!», dijeron las alas en mi cabeza, como una gigantesca bandada de pájaros que se elevaran al cielo. Hice caso omiso de aquella locura y las ignoré. Bajé corriendo por la colina, pasé por delante de la valla recién reparada y me dirigí hacia el establo.

Esperaba ver a Hunter en cualquier momento. Saldría de la casa dando grandes zancadas y me miraría enfurecido, para después ordenar a las calaveras abalanzarse sobre mí y darme un susto de muerte. Puede que estuviera en el establo con los otros: las mujeres con el niño, el chico joven y mis compañeros de curso del instituto Ellerton.

Aunque, no… nadie me salió al encuentro mientras aminoraba el paso al llegar a la casa, que parecía estar vacía, con sus ventanas mugrientas y la pintura descascarillada en los marcos. La puerta de color verde claro parecía cerrada a cal y canto.

Me acerqué sigilosamente hacia ella y giré la manija. Estaba cerrada. « ¡Aléjate! ¡No te acerques más!»

Eché un vistazo a través de la ventana más próxima y vi una vieja cocina y una mesa vacía. Una hilera de platos verdes y blancos dispuestos en un aparador. Un hervidor de hierro polvoriento en un fogón. Atravesar esa puerta era como retroceder cien años. Había una capa de polvo de un siglo de antigüedad; la chimenea no se había encendido durante generaciones.

Tras alejarme de la casa, crucé el patio y rodeé la parte trasera del establo. En la parte de abajo descubrí un amarradero con hierbajos amarillos que crecían a su alrededor, y en la parte de atrás una maraña de arbustos espinosos y yucas con pinchos que daban a una angosta pradera de hierba alta y plateada.

Me detuve de nuevo para preguntarme por qué había ido hasta allí y si debería continuar. Para empezar, no era a eso a lo que la consejera Kim se refería cuando dijo que debía saber cuidarme. Estaba ahí fuera sola y no le había dicho a nadie donde me hallaba; vivía una pesadilla y no la compartía con nadie. No confiaba en una sola persona, ni siquiera en mí misma.

En segundo lugar, puede que estuviera completamente confundida. Quizá algunas cosas fueran realidad, pero no así otras. Por ejemplo, ver a Phoenix en todas partes —en la escuela y en su propio funeral— era sin duda alguna consecuencia de un estrés postraumático. En tanto que Hunter podía ser real. Tal vez fuera un recluso dueño de ese lugar en ruinas y odiara a los intrusos. En cuyo caso, estaría en todo su derecho de expulsarme de su propiedad.

No obstante, no se trataba sólo de Phoenix. También había visto a Summer, a Arizona y a Jonas, la primera vez aquí mismo, en el establo, antes de que Hunter hubiera reparado

en mí y yo saliera pitando. Y en la segunda ocasión también había visto a Jonas.

Por supuesto, esos chicos significaban mucho para mí; sobre todo Summer. Era especial, no sólo para mí, sino para todo aquel que la conociera. «Pero ¿por qué tienen que entrar ahora en mi cabeza, llena de la pena que siento por Phoenix? ¿Por qué no lo hicieron antes, en el momento en que murieron?»

Los he oído hablar. Y he visto la mirada aturdida de Phoenix cuando ellos le dieron la bienvenida en su círculo, cuando le hicieron volver de su tumba al mundo de las Almas Elegidas.

Hunter fue quien dispuso su regreso, había explicado Summer. Hunter era quien estaba al mando.

« ¡Pues claro que sucedió!», me dije a mí misma. Yo he visto a Phoenix en ese establo, rodeado por gente que sé que está muerta.

Así que me abrí paso entre los arbustos hasta que encontré una puerta estrecha en el establo, puede que para permitir a los caballos salir al prado de la parte de atrás. Se quedó colgando de unos goznes desvencijados cuando abrí la mitad superior de la misma y entré después de trepar por ella.

El establo estaba a oscuras y olía a moho, como en la anterior ocasión. Una pila de balas de heno se esparcían desintegradas por el suelo; también había un antiguo nido de golondrinas en el alero. La amplia puerta principal se cerró de golpe.

—Aquí no hay nadie —murmuré, con una punzada de decepción.

Un delicado entramado de telarañas permanecía incólume; el silencio era absoluto, «Me lo he inventado todo», pensé.

Y, durante un segundo, me sentí aliviada, casi liberada.

En ese preciso instante, la puerta se abrió de par en par y vi el brillo de un pequeño objeto metálico en el suelo de la amplia entrada. Al principio creí que quizá fuera parte de un viejo jaez de caballo que se había caído de los arneses polvorientos que colgaban de los ganchos cercanos. Pero parecía demasiado brillante y nuevo. Di unos pasos hacia delante para cogerlo, lo hice girar entre los dedos y reconocí la insignia de Harley estampada en la hebilla de acero.

Examiné el logo de Harley Davidson con la calavera y el lema: «Siempre fiel a los dictados del corazón»; el icono de los moteros. La hebilla en mi mano hizo que se me dispararan los latidos del corazón.

— ¡Jonas! —murmuré.





Habría jurado por mi vida que no se trataba de ninguna coincidencia y que esa hebilla le pertenecía.

Entonces, mientras me hallaba en el oscuro establo con la hebilla de Jonas, volví a oír un ruido de alas que iba en aumento y percibí la presencia de alguien fuera.

Agarré la hebilla con fuerza, me di la vuelta y corrí hacia la puerta del establo; tiré del pestillo para poder marcharme de allí. Sin embargo, estaba oxidado, y tendría que salir de allí trepando por la mitad inferior de la puerta. Alguien se disponía a entrar en el establo —probablemente Hunter, merodeando en busca de intrusos—, así que de nuevo tuve un ataque de pánico y, por patosa, perdí el equilibrio y me caí de culo en unas cuantas balas de heno deshechas.

Los pasos se acercaron y una mano cogió la mía y me ayudó a levantarme. La mano me sostuvo con firmeza.

Me encontré mirando el rostro que tanto quería.

଼଼଼଼଼଼଼଼

—Sentémonos aquí —dijo Phoenix con delicadeza.

Nos sentamos con las piernas cruzadas en el suelo sucio, rodeados de heno. Le cogí de ambas manos y clavé la vista en sus hermosos ojos de color gris azulado. Era tan hermoso: su piel suave y pálida, su amplia frente hasta el nacimiento de una espesa mata de pelo oscuro, el brillo de sus ojos, la boca sonriente… Y su cuerpo… conocía tan bien sus anchos hombros y la curva pronunciada de su pecho como si formaran parte de mi propio ser.

—No te presentaste en el río Deer —fue lo primero que dije, lo primero que se me pasó por la mente.

Me acarició la mejilla con el pulgar, un gesto que adoraba.

—Oh, Darina, lo siento —suspiró.

—Te echo mucho de menos. Si supieras cuánto me duele. Es peor que el sufrimiento: es un dolor lacerante, como si tuviera un cuchillo clavado en el corazón.

—Daría cualquier cosa por que no hubiera sucedido —me juró en un susurro mientras me besaba en la boca—. No soporto ver cuánto te duele todo esto.

Besé sus fríos labios. Aspiré su aliento.

— ¿Adónde fuiste? ¿Qué es lo que pasa? ·——le pregunté al fin suplicante.

Phoenix volvió a pedirme perdón y a besarme, en la boca, el rostro, el cuello. Acaricié su cabello sedoso y descansé los dedos en su nuca.

—Cuéntamelo —le rogué.

Me sentí como si hubiera traspasado un límite invisible, como si cayera, aunque la tierra bajo mis pies era sólida.

—No puedo explicarlo —me dijo—. Va contra las reglas. De hecho, tampoco debería estar aquí, ni hablar contigo.

— ¿Qué reglas?

Me había desesperado por darle un sentido a todo eso, por poder tocarlo y hablarle. Y ahora que al fin lo había encontrado, no estaba dispuesta a consentir que se apartara de mi lado.

—Las de Hunter —respondió con el ceño fruncido—. Él se ocupa de nosotros. Y no podemos elegir cómo actuar. Es él quien nos dice lo que tenemos que hacer.

Le observé durante largo rato sin pronunciar palabra y luego le di las gracias por haber quebrantado la regla de guardar silencio.

El rostro de Phoenix se relajó hasta esbozar una amplia sonrisa.

—Eso es lo que me gusta de nosotros, Darina. Jamás seguimos las reglas, ¿verdad?

—No —respondí.

—Eso es lo que me enamoré de ti. .. Eso y tus ojos. ¿Te he dicho alguna vez que mirarte a los ojos es como nadar en un mar de chocolate? Podría ahogarme en ellos y morir feliz.

— ¡No tiene gracia! —protesté. Todo me parecía demasiado confuso. ¿El Phoenix con quien hablaba estaba vivo o muerto?—. ¿Qué te pasó? ¿Puedes explicármelo?

Negó con la cabeza.

—Lo único que sé es que hubo una pelea de las buenas. No tengo ni idea de por qué empezó, solo recuerdo que Brandon estaba metido en ella, así que fui a ayudarle. No sé como me apuñalaron.

Le cogí las manos y le obligué a mirarme a los ojos.

— ¿Por eso has vuelto? ¿Para averiguar qué es lo que ocurrió?

—Sí, me eligieron.

Vi dolor tras sus palabras calmadas y miedo en el parpadeo de sus ojos. Y en cuanto a mí, aún tenía que forcejear con la extraña mezcla de emociones que sentía.

—Así que ¿de verdad estás muerto? —murmuré.

«Agárrale de las manos. No dejes que se vaya.»

Asintió, y un mechón de pelo oscuro cayó por encima de su tersa frente.

— ¿Has oído hablar del limbo? Es el lugar a donde van las almas muertas, algo parecido a una sala de espera, supongo. Pues yo estuve allí durante algún tiempo y luego volví, al igual que Jonas y las otras dos chicas. Créeme, me dolió horrores.

— ¡Es todo tan extraño! —exclamé—. Te oigo y te toco y, sin embargo, me dices que no estás vivo. Pero tampoco estas muerto…

—Algo a medias —insistió—. Jonas, Arizona, Summer y yo; todos tenemos algo inconcluso. Necesitamos poner las cosas en claro. Por eso estamos aquí con Hunter.

— Entonces, ¿no sois fantasmas?

Era demasiado real, de carne y hueso, aunque estaba más pálido que antes. Sus ojos eran más nítidos, como si pudieran ver a kilómetros de distancia.

—Somos mucho más sólidos que los fantasmas —me contestó Phoenix.

Se puso en pie rápidamente mientras me ayudaba a hacer lo mismo, y luego me abrazó

La cabeza me daba vueltas. No quería moverme de allí por nada del mundo.

—Darina, es verdad que estoy aquí —me aseguró.

Al instante, con la misma celeridad con la que antes se había levantado, me soltó y empezó a quitarse la camiseta por la cabeza.

— ¿Qué haces? —grité.

La visión de su torso desnudo me dejó sin aliento. Era de una belleza tan arrolladora como la de los tipos que salen en los anuncios de la tele, pero a este lo tenía cerca y en persona, de carne y hueso.

Phoenix se giró de espaldas.

—Mira entre los omóplatos. ¿Qué ves?

Con un grito ahogado levanté la mano y toqué su deliciosa y pálida piel con las yemas de los dedos. Había un pequeño tatuaje negro en la parte izquierda de la columna, apenas tan grande como una insignia de solapa, con la forma de un par de alas de ángel.

—Esto no estaba antes aquí.

—Es el lugar donde me clavaron la hoja de la navaja —me explicó—. Todos tenemos esta marca de la muerte: Arizona, Summer, Jonas, los otros… incluso Hunter.

— ¿Qué significa? —pregunté.

El diseño se había llevado a cabo con esmero; a su manera, era perfecto. Recorrí con los dedos el trozo de piel.

—En eso nos hemos convertido —me contó Phoenix con su característico bajo tono de voz que tanto quería yo. Un rayo de luz inundó el establo cuando la puerta se abrió de golpe—. Soy un muerto viviente, Darina. Un resucitado, un zombi. Estoy aquí para que se haga justicia y para consolarte.



Capítulo 3

Así que, al fin y al cabo, no estaba loca. Había seguido los dictados de mi corazón y había encontrado a mi amor. Lo había abrazado y besado, y eso era lo único que importaba.

— ¿Eres consciente de que corres peligro? —murmuró Phoenix mientras me contemplaba como si fuera él quien no pudiera creer lo que veían sus ojos. Tenía un brazo alrededor de mi cintura y se había echado hacia atrás para verme mejor—. Todos nosotros juramos mantener el secreto: Jonas, los otros y yo.

—No me lo digas… Hunter os obligó a jurarlo —supuse, y suponía bien.

Phoenix asintió.

—Tú perteneces al otro lado, Darina; al mundo de los vivos. Debemos mantenerte alejada de nosotros.

— ¿Por eso oigo el batir de alas y siento la presencia de las calaveras? —Le expliqué lo asustada que estaba al volver a ese lugar—. Pero, Phoenix, te quiero tanto que habría arriesgarlo cualquier cosa para encontrarte.

—Y lo has hecho —susurró mientras me sujetaba aún más fuerte. Noté la suavidad de sus labios en mi mejilla—. Eres la única que lo quiso con la suficiente fuerza y tuvo el suficiente coraje para luchar por ello. Pero ¿qué es lo piensas de lo que te he dicho de los zombis? ¿No te entran ganas de salir corriendo?

Le cogí un mechón de pelo y le di un tirón.

— ¡Basta ya de hablar de eso! Estoy aquí, y no pienso ir a ningún sitio.

No me habría separado de Phoenix ni por todo el dinero del mundo.

Sonrió ampliamente y, durante unos segundos, volvió a ser el mismo bromista y

despreocupado de siempre.

—Escucha. No todo se ciñe a una melodramática cuestión de venganza y justicia. Por lo que Jonas me ha contado, y él lleva aquí más tiempo que yo, también puedo divertirme.

— ¿Cómo?

—Hipnotizándote.

Retrocedió, me apuntó con un dedo como si me tuviera en el punto de mira y… ¡bam!

— ¿Por qué querrías hacer una cosa así? —Arremetí contra él y lo agarré de la muñeca—. ¡Si con solo mirarte haré todo lo que me pidas!

—Vale. Olvídalo. —Phoenix liberó mis dedos de su muñeca. Pude ver por el brillo de sus ojos que disfrutaba de lo lindo burlándose de mí—. ¿Y qué me dices de esto? Puedo desaparecer cuando quiera.

Lo agarró con fuerza una vez más, esta vez sujetándolo con ambos brazos alrededor de su pecho.

— ¡Ni te atrevas!

—Más cosas. Juegos mentales. Puedo viajar a través del tiempo si lo deseo.

— ¡Vaya! Como Superman.

En esto no podía engañarme, así que decidí comportarme como si no me impresionara. Mi corazón estaba demasiado henchido por la sorpresa y la alegría al escucharlo, y me sentía hechizada por su presencia.

— ¡Eh! ¿No estás asustada? —Sus labios se curvaron hacia abajo. Aún se burlaba de mí mientras seguía acariciándome con el pulgar—. ¡Estás colgada de un zombi!

Se liberó, levantó ambos brazos delante de él y empezó a pasear por el establo con las piernas rígidas y arrastrando los pies, así que obtuve una buena panorámica de su estrecha cintura, la curva de la base de su espalda, el diminuto tatuaje de las alas de ángel y los músculos de sus anchos hombros.

—Sí, sí, ya he visto todas esas pelis —repuse con un suspiro—. ¿Y dónde está el cementerio, y los cadáveres descompuestos y los terroríficos caníbales?

Phoenix dejó de arrastrar los pies y de bromear.

—Todo eso no es más que publicidad negativa, un horror. Nada de eso es real. Lo único en lo que aciertan las películas es en que sí nos movemos en grupo, y Hunter

establece las normas. Carecemos de libertad de movimientos. Él es quien manda.

—Vale, eso ya lo he entendido. Y también sé que se enfadará cuando se entere de que estoy aquí.

—Eso ya lo sabe, créeme. Sus sentidos, en especial el oído, están muy aguzados. Es capaz de oír cómo cae una hoja de un álamo al tanque de agua.

—Realmente espeluznante —dije sin aliento.

Y lo decía en serio.

Phoenix asintió.

—Es imposible que no te oyera llegar.

— ¿Y por qué no lo ha impedido?

—Tiene sus motivos. Quizá quiera ponerme a prueba, comprobar si acato sus órdenes.

Mi guapo novio se encogió de hombros.

—Cosa que no has hecho —le recordé, repentinamente preocupada por su bienestar—. ¿Hay algún tipo de castigo si rompes la regla de no hablar con intrusos?

Volvió a encogerse de hombros, pero esta vez con menos despreocupación.

—Todos estamos aquí como un gran favor. Son muchas las almas muertas que quieren salir de sus tumbas, pero solo unas cuantas son las escogidas, casi siempre aquellas sobre las que se cierne un misterio. Así que supongo que son un buen puñado las que han vuelto, todas ellas con un excelente motivo para ocupar mi lugar. Hunter podría echarme y sacar a una de ellas del limbo, sin problemas.

Me quedé paralizada durante un rato, con los ojos cerrados, conmocionada por un pánico repentino y sobrecogedor.

—Phoenix, no deberías estar aquí hablando conmigo —comprendí—. Si te vas ahora y no vuelves a verme otra vez, quizá Hunter no te castigue. Lo digo en serio: ¡tienes que irte!

Mientras lo empujaba hacia atrás contra la puerta principal del establo, Phoenix se dio la vuelta y me cogió de las muñecas.

— ¿Eso es lo que piensas de mí? —protestó; sus ojos destellaban furiosos—. ¿Qué seria capaz de renunciar a ti? Mírame, Darina. Soy yo: ¡Phoenix! ¿No he sido siempre sincero contigo? Mírame y lee lo que llevo escrito en mi corazón.

Lo único que vi fue una llamarada de amor. Las llamas nos engulleron a los dos y me sentí impotente.

—De acuerdo, nos enfrentaremos a esto juntos —susurré mientras me brotaban las lágrimas—. Sea cual sea el castigo de Hunter, tendrá que aplicarlo a los dos.

—Realmente conmovedor. —Obviamente, el hombre había estado escuchando todas y cada una de nuestras palabras. Entró en el establo a grandes zancadas acompañado por Jonas y Arizona—. Si lo tuviera, hasta mi corazón se habría conmovido.

Phoenix oyó la voz de Hunter y los dientes le rechinaron. Me pasó un brazo por encima del hombro y luego se dio la vuelta para encararse a él.

—No dejaré que le hagas daño —dijo con firmeza—. Ella no ha hecho nada malo.

Hunter avanzó entre las sombras de la parte trasera del establo. Tenía los brazos cruzados en el ancho pecho, y se había recogido y apartado de la cara la espesa mata de pelo gris.

—Darina ha hecho caso omiso de las advertencias —señaló—. Y eso está muy mal.

—No me das miedo —mentí, y Hunter lo sabía. Su sonrisa era fría y cruel—. No voy a abandonar a Phoenix. ,

—No tienes otra opción.

Hunter se me acercó lo suficiente para verle el revelador tatuaje de las alas de ángel en la sien. Estaba más descolorido que el que Phoenix llevaba en la espalda, como si lo tuviera desde hacía mucho tiempo.

—Tú no me mandas —le dije mientras sentía el brazo protector de Phoenix, que no se había movido de donde estaba tras retar a Hunter—. Yo no soy un miembro de tu banda.

Estaba claro que a Hunter no le gustaba el vocabulario que yo había empleado. Frunció el ceño y me echó una mirada asesina aún más furibunda que dia anterior.

—Muy bien, señorita bocazas, ya he oído bastante. ¿No prestaste atención cuando Phoenix te advirtió que podemos adentrarnos en tu mente e hipnotizarte? Métete esto en la cabeza, Darina: puedo limpiarte la mente, como un maestro de escuela borra las palabras de una pizarra.

Ahogué un grito y me giré hacia Phoenix.

— ¿Puede hacer eso?

Asintió.

—Será mejor que le creas. Así es como nosotros hemos podido vivir durante todo este tiempo sin que nadie haya tenido conocimiento de nuestra existencia.

Jonas dio un paso adelante para proseguir con sus explicaciones. Se situó entre Phoenix y yo con el semblante serio.

—Darina, las Almas Elegidas deben permanecer en el más absoluto de los secretos. Llevamos aquí casi un año, y hemos logrado mantener el secreto gracias a juegos mentales, vaciando la mente de las personas con ayuda de la hipnosis.

—Pero, exactamente, ¿cómo? —insistí mientras mi mirada iba de Jonas a Arizona.

En cuanto Phoenix se apartó de mí, me sentí sola y asustada.

—Muy fácil —interrumpió Arizona. Recordé la forma característica que tenía de saludar cuando estaba viva, un gesto de la mano rápido y desdeñoso, como si apartara un bicho—. No hay mucha gente del otro lado que pase por aquí; está muy alejado de la carretera, y solo se acercan a la colina los que van de caza y algunos críos para hacer el tonto y pasar la noche de acampada. Puede que algunos descubran el tanque de agua y quieran echar un vistazo.

— ¿Y entonces qué?

Me descubrí a mí misma observando a Arizona en busca de su marca de la muerte. Estudié su rostro: nariz larga y recta, grandes ojos oscuros, cejas perfectas y arqueadas que le conferían una indeleble expresión de egocéntrica presumida; nada que sugiriera que era una zombi.

—Puede que hasta nos vean trabajar en el huerto o en el corral —prosiguió—. Entonces es cuando uno de nosotros se les aparece por detrás y los pilla con la guardia baja. Solo se precisa una mirada especial.

—Para hipnotizarlos y limpiar su memoria —añadió Jonas. Tenía el ceño medio fruncido, y posó su mirada ansiosa en mí y en Phoenix, y luego en Hunter—. Nos introducimos en sus mentes y los obligamos a alejarse, a dar media vuelta hasta la colina y la alameda. Después los despertamos y no recuerdan nada de lo que les acaba de pasar.

—Se limitan a largarse zumbando de aquí —repuso Arizona con una leve sonrisa—. Despiertan con dolor de cabeza y una sensación extraña y molesta de que algo no va bien. La mayoría no llega hasta su coche andando, sino corriendo.

—No me lo digas, oyen un batir de alas, que los envuelve y los asfixia. No saben de dónde precede y es lo bastante fuerte para volverlos locos. —Casi me eché a reír; conocía demasiado bien algunos de los métodos que el grupo empleaba para espantar a la gente

del otro lado—. ¿Es eso lo que me vas a hacer ahora? —le pregunté a Hunter, quien permanecía demasiado tranquilo y no dejaba de observarme con una mirada llena de odio—. ¿Borrarme la memoria?

—Tal vez —murmuró—. De todas formas, acabarás dándome las gracias. La vida es mucho más sencilla cuando se desconoce nuestra existencia.

Ahogué un grito y agarré a Phoenix.

—Dile que no lo haga —le rogué—. Ahora que por fin te he encontrado, no quiero olvidarlo.

—Yo tampoco —susurró mientras me miraba intensamente—. Quiero recordarlo todo de ti, de nosotros.

—Darina, sabes que estás poniendo a Phoenix entre la espada y la pared. —El tono de voz seco de Arizona quebró el silencio—. Olvidas que ahora no tiene libertad para escoger. Como miembro de las Almas Elegidas, debe obedecer a Hunter; en caso contrario regresará por donde ha venido sin resolver su situación. Aunque, por otra parte, si se comporta como un buen chico y hace cuanto Hunter le dice, te perderá para siempre.

—El pez que se muerde la cola —reconoció Jonas.

— ¡No me creo que podáis borrar de mi mente todo esto! —Hice un gesto con el brazo que abarcó el establo resonante y luego sostuve la cabeza de Phoenix entre las manos para obligarle a mirarme a la cara. Le hablé de manera que los otros no pudieran oírnos, o eso pensé. Pero subestimaba su capacidad para oír la caída de una hoja de álamo—. ¿Cómo podría olvidar que te he vuelto a encontrar aquí, que me has tenido en tus brazos y que te he besado de nuevo?

—Díselo, Phoenix —me interrumpió Arizona.

—Créelos —susurró él, con voz ahogada—. Tus recuerdos desaparecerán. Nunca volverás a verme.

Me desesperé por momentos al oír sus palabras.

— ¡No se lo contaré a nadie! —grité mientras corría hasta Hunter y le suplicaba como una niña pequeña—. ¡Te prometo que no se lo contaré a nadie en el mundo!

Hunter ni se inmutó. Parecía como si le hubieran cincelado la cara en una piedra; casi podías ver las marcas afiladas del cincel.

—Crees que no lo harás —señaló—. Aunque lo jures por tu vida, siempre habrá una ocasión en que puedas cometer un error, que se te escape el secreto… y entonces estaremos acabados.

—Literalmente —dijo Arizona——. Si el otro lado nos descubre nos iremos para siempre.

—Sin cumplir con nuestro cometido. —Jonas retomó el hilo del relato—. Escucha, Darina, llevo aquí casi un año, intentando descubrir lo que paso ese día, la Harley, la carretera, el accidente, pero me resulta muy difícil. No tengo recuerdos de lo sucedido y eso me está volviendo loco. Tampoco puedo ponerme en contacto con Zoey apenas sale de casa. Y se me acaba el tiempo. Ya no me queda mucho.

—Zoey hace lo que puede —le conté—. La han operado varias veces para que pueda volver a caminar. Son sus padres… la protegen demasiado.

Jonas levantó una mano para cubrirse los ojos. Se frotó la frente con el pulgar y el índice.

—Tenía un miedo horrible de que pudiera morirse —confesó.

Negué con la cabeza.

—La vi ayer por primera vez. Está muy delgada. Y todavía va en silla de ruedas. Pero acabará por recuperarse del todo.

Jonas se apartó la mano de la cara para mostrar que sus ojos estaban anegados en lágrimas.

—Fui tan estúpido… Mi Harley y yo, siempre haciéndome el importante. ¡Creía que era el rey de la carretera! Salimos esa tarde, atravesamos Centennial hasta la autopista. Zoey se iba riendo. Les había dicho a sus padres que iba a visitar a una amiga y ellos se habían tragado la trola.

—A ellos no les gustaba que subiera a la Harley de Jonas —le interrumpió Arizona—. A ellos no les gustaba Jonas, punto.

—Ella se iba riendo mientras me agarraba fuertemente de la cintura —recordaba Jonas—. Llegamos hasta la cruz de neón de la cresta de Turkey Shoot. La carretera describe una curva en ese punto, aunque no es demasiado pronunciada. —Bajó la voz hasta un apenas perceptible murmullo—. Tomé la curva y no sé nada más. Estoy en blanco. Eso es todo.

—Jonas se culpa del accidente. —Arizona exponía los hechos sin rodeos—. No recuerda los detalles, pero la autopsia evidenció que se había roto el cuello y que había muerto en el acto. Además, también está convencido de que estuvo a punto de matar a la chica a la que quiere.

—Al igual que todo Ellerton —susurró Jonas—. Han dictado un veredicto en mi contra;





ya viste los titulares.

Cuando veo a otro llorar, siento un nudo en la garganta que hace que me entren ganas de llorar a mí también.

—Zoey no te echa la culpa —le dije para consolarlo—. No está resentida ni nada parecido.

— ¡Darina, tienes que pedirle perdón de mi parte! —gritó—. Dile que nunca quise hacerle daño.

Arizona, la voz de la razón, volvió a entrometerse.

— ¿Cómo va a contarle nada a Zoey después de que Hunter le borre la memoria? Va a apretar el botón de suprimir, ¿recuerdas?

— ¡No! —Exclamó Phoenix—. Darina nos guardará el secreto. —Se enfrentó al adusto hombre mayor—. Puedes confiar plenamente en ella.

Hunter le obsequió con una leve sonrisa.

—Apostarías tu vida en ello... si tuvieras una vida que perder.

—No bromees. Hablo en serio. —Mientras Phoenix se acercaba a Hunter y trataba de obligarlo a bajar la mirada, Jonas, Summer y Arizona empezaron a ponerse nerviosos—. Lo digo de verdad —insistió—. Me importa más Darina de lo que me importo a mí mismo. No quiero que ensucies su mente.

—Como ya he dicho antes, me parece muy dulce y conmovedor —se burló Hunter—. Pero, lo siento, chico, ni siquiera has estado a punto de hacerme cambiar de opinión, puesto que Darina cedería a la presión. En cuyo caso, el descubrimiento de las Almas Elegidas se filtraría y ninguno de nosotros obtendría lo que queremos.

Su pausado razonamiento logró introducirse directamente bajo la piel de Phoenix.

— ¿Cómo vas a hacerlo? —Increpó con voz enardecida hasta el punto de hablar más alto de lo que solía, casi a gritos—. Primero le das un susto de muerte y, sin embargo, le permites traspasar las barreras. Dejas que volvamos a encontramos. Y luego nos cierras la puerta en la cara. —Se giró en redondo para enfrentarse a Jonas—. Dile que no puede hacer eso; ¿no puede borrar la memoria de Darina?!

Jonas se encogió de hombros.

—No servirá de nada cuanto diga. Eso depende de Hunter.

Hunter le dio la espalda a Phoenix y se me quedó mirando,

— ¿No quieres volver a Ellerton? —preguntó—. ¿Con tu familia, ir al instituto y elegir universidad como cualquier otra chica en su último año de instituto?

—Yo no soy como las demás —protesté furiosa——. Yo no voy con la masa. Díselo, Phoenix.

Sin embargo, su última protesta parecía haberlo dejado completamente vacío y lo único que podía hacer era permanecer a mi lado y cogerme de la mano.

—Muy bien, pues esto es lo que vamos a hacer ahora —decidió Hunter—. En estos momentos tengo algo muy importante entre manos, así que no tomaré una decisión hasta que haya pensado en ello con mayor detenimiento, puede que a lo largo del día de hoy. Arizona, lleva a Darina a la casa y siéntate con ella. Jonas y Phoenix, vosotros venís conmigo.

Yo no quería abandonar el establo, me asustaba la idea de que, en cuanto Phoenix desapareciera de mi vista, no volviera a verlo nunca más. Sin embargo, Arizona me miró de manera significativa. Hizo un truco mental propio de una zombi, venció mi resistencia y me obligó a seguirla sin ni siquiera mirar por encima de mi hombro. Mis extremidades se movían sin que yo se lo pidiera.

—Considérate afortunada —me dijo Arizona.

El viento se apoderó de su larga melena y esta le azotó el rostro a medida que cruzábamos el patio. Se sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta de la vivienda.

— ¿Y eso por qué?

—Tienes todo el día de hoy; unas horas extra para poder estar con Phoenix, para saber qué pasa aquí. Eso es mucho más de lo que consigue la mayoría.

Al entrar en la casa museo, Arizona me sentó en una mecedora polvorienta junto al horno de la cocina. Ella se sentó en el borde de la mesa y me miró fijamente.

—Supongo que estás muy enamorada de él —murmuró.

—Completamente. No quiero vivir sin él. No me importa lo que Hunter haga conmigo. Lo único que me importa es Phoenix.

—Más afortunada aún —suspiró Arizona—. Nunca llegué a sentir nada igual por nadie cuando estaba en el otro lado, y supongo que ya nunca lo haré.

—Pues entonces déjame salir de aquí. —Me di cuenta de que mis palabras habían abierto una brecha en la coraza de Arizona—. Nadie sabrá que dejaste la puerta abierta y me permitiste escapar. Y prometo una vez más que no se lo diré jamás a nadie.

Ella negó con la cabeza, mientras balanceaba despreocupadamente las piernas por encima del borde de la mesa.

— ¡Oh, Dios, Darina! Y yo que te tenía por una alumna de sobresalientes. Un poco friki, pero sin duda de sobresalientes,

Furiosa, salté de la silla.

— ¡Y yo siempre he pensado que estabas enamorada de ti misma! —le repliqué—. ¡Y tenía razón!

Otra mirada de Arizona hizo que me flaquearan las piernas y me derrumbé en la silla.

—No olvides que Hunter oye todo cuanto decimos —me recordó—. Está aquí fuera con Phoenix y Jonas, a la busca y captura de los cazadores de fin de semana. Hay un grupo de ellos acampado en el camping del puente Government, el que está río abajo. Hunter quiere asegurarse de que no se desvían en esta dirección. Aunque eso no significa que no nos esté oyendo.

Me sentí tan frustrada que noté que los párpados me escocían y se me llenaban de lágrimas.

—Todos vosotros no sois más que sus prisioneros. ¿Cómo podéis vivir así?

Arizona me obsequió con una débil sonrisa.

—Esto no es «vivir»; al menos no de la forma en que tu lo entiendes. Métetelo en la cabeza de una vez por todas, Darina: Phoenix no está vivo. Ninguno de nosotros lo está.

—Sea lo que sea Phoenix, sea lo que sea, yo quiero estar con él —le dije—. Eso es lo que tienes que meterte tú en la cabeza.

Para ser sincera, yo nunca había sido amiga de Arizona. Habíamos ido a la misma clase desde que empezamos el instituto, pero nunca llegamos a congeniar. Ella era una solitaria —mucho más que yo—, y jamás se abría a los demás ni dejaba que se le acercaran. Puede que estuviera celosa de ella por su aspecto, su estilo, su inteligencia, por tener cuanto se puede desear.

—Bueno, no voy a discutir contigo —me replicó—. Pero tampoco voy a dejar que te vayas. Y aprovechando que estamos aquí, voy a aclararte un par de cosas.

—Pues adelante.

Recliné la cabeza contra el duro reposacabezas de madera e intenté controlar el mar de lágrimas que amenazaba con inundar mis ojos.

—En primer lugar, odias a Hunter por motivos obvios. Pero su misión consiste en mantener el grupo a salvo. Es nuestro jefe supremo, y sin él desapareceríamos sin dejar rastro. Es a él a quien debes darle las gracias por haber encontrado a Phoenix.

— ¿Qué clase de jefe supremo? —El poder de Hunter me parecía cada vez más terrorífico—. ¿Por qué es él quien está al mando?

—Escucha. No es la primera vez que Hunter regresa al otro lado. Lleva muchos años muerto, casi cien años. Si estuviera vivo tendría veinte años más que este rancho, construido con sus propias manos.

Me erguí en el asiento y miré fijamente a Arizona.

— ¿Murió en esta casa?

—Si. Alguien le pegó un tiro, aquí. —Se señaló la frente—. La bala le llegó al cerebro. Jamás se pudo probar quién lo hizo y, de todas formas, ya es demasiado tarde; en estos momentos, su asesino ya debe de estar muerto y enterrado. Hunter se quedó en el limbo. Se convirtió en jefe supremo, dispuesto a devolver las almas al otro lado y guiarnos en nuestra misión. Nosotros somos el sexto grupo que dirige. Somos ocho; nueve, incluido Hunter. Un buen puñado de almas inquietas de las que hacerse cargo, así que no es de extrañar que sea tan estricto.

— ¿Se muestra alguna vez…? —Callé en busca de la palabra adecuada.

— ¿... humano?

Arizona se echo a reír. Seguramente había oído ruido fuera en el patio y por eso fue a abrir la puerta. Le franqueó la entrada a Summer, quien llevaba un cuenco de sopa y algunas tostadas que depositó con cuidado encima de la mesa.

—Darina quiere saber si Hunter se relaja alguna vez —explicó Arizona.

— ¡Eh, Darina! —Exclamó Summer, haciendo caso omiso de la pregunta mientras evitaba mi mirada—. Puede que Hunter y los chicos estén un buen rato fuera. Tienes que comer un poco.

Negué con la cabeza.

— ¿Crees que puedo comer? Summer, necesito convencer a Hunter de que se desdiga. Quiere aniquilar de mi memoria el recuerdo de todos vosotros. ¿Cómo puedo impedírselo?

—De ninguna manera —respondió en voz baja.

Al igual que los otros, Summer tenía el mismo aspecto de cuando estaba en lo que llamaban el otro lado. Unos rizos largos, sedosos y rubios enmarcaban su rostro en forma de corazón. Vestía un top azul celeste vaporoso que dejaba a la vista un hombro de una constitución tan delicada como la de un pájaro.

—Eh, soy yo, Darina, estás hablando conmigo —protestó—. Somos las chicas que íbamos juntas a todas partes. Prácticamente parecíamos siamesas cuando…

— ¿Cuando estaba viva? —Me interrumpió mientras me miraba directamente a los ojos—. Lo sé, Darina. Y me duele en el alma no poder ayudarte. Ya sabes el porqué.

—Pero ¡puedo encontrar una manera de ayudaros! —Me puse de pie para que Arizona y Summer me prestaran atención—. Estéis aquí con una misión, ¿verdad? Todos vosotros habéis abandonado el limbo para que se os haga justicia.

Las dos fruncieron el ceño. Summer escuchaba atentamente. Arizona siguió con su actitud distante y suspicaz.

—Bien, pues puedo hacer algo por vosotros. Puedo volver a Ellerton y hacer de detective. Vosotros me decís lo que queréis preguntar, y yo os conseguiré las respuestas.

Extendí las manos con las palmas hacia arriba. De repente, me había convertido en un genio.

Arizona se echó a reír.

— ¿Tú y cuántos más polis expertos en homicidios?

— ¿Qué quieres decir? ¿Insinúas que no soy capaz de hacerlo? —Arizona Taylor tuvo que ser la persona más irritante de todo el instituto Ellerton—. Puede que no quieras mi ayuda, pero, Summer, te recomiendo que reconsideres la idea. Escúchame, vi a tu padre el otro día. Puedo telefonear a tu casa cuando quiera, y darles a él y a tu madre el recado que tengas que darles.

Summer respiró muy hondo.

—Los echo mucho de menos. Lo lamento tanto…

—Como todos nosotros —la interrumpió Arizona—. El pueblo entero está sobrecogido. Este tipo de cosas, los crímenes de arma blanca, los disparos, ocurren en las grandes ciudades, no aquí, en Ellerton. Es como si un terremoto hubiera sacudido este lugar, como si la tierra se hubiera abierto y todos hubieran caído dentro.

Yo estaba conmocionada por la fuerza de sus palabras. Conmocionada por el hecho de que ellas tenían razón. Habían segado la vida a cuatro estudiantes del instituto y los padres pasaban cada día por el mal trago de preguntarse quién sería el siguiente.

— ¿Y con qué cuentas para ayudar a esa gente? —Arizona había dejado a un lado su pose desdeñosa y realmente parecía interesada en la respuesta—. ¿O para averiguar algo que nos sirva a Summer y a mí, o a Jonas y a Phoenix?

No me daría por vencida. No abandonaría antes de empezar.

—Tengo más posibilidades que tú —le dije—. Al menos, no tengo que esconderme.

La tarde avanzaba lentamente. Permanecí sentada en la mecedora mientras el polvo de un siglo de antigüedad se aposentaba sobre mí.

— ¿Dónde están? —Pregunté a Arizona, quien seguía montando guardia—. ¿Qué es lo que vigila Hunter?

Ella estaba sentada junto a la ventana y miraba hacia fuera.

—Debe de haber algún problema en el puente Government. Han hecho venir a Eve, una de las otras chicas, para ayudarnos. No es la primera vez que pasa.

— ¿Y eso qué quiere decir?

Parecía renuente, y yo necesitaba que me proporcionase más información.

—Se avecinan problemas. Estamos a principios de la temporada de caza y eso significa la llegada de los tipos con un exceso de músculos y armas. ¡Menudos héroes!

—Vi un ciervo en la cresta —recordé.

—Por aquí hay muchos —me explicó Arizona—. Hay muy buen pasto en la cresta y valle abajo. Antes de que nos demos cuenta el lugar estará infestado de cazadores.

— ¿Podéis haceros cargo de todos? —pregunté.

Arizona asintió.

—Algunos de esos cazadores están siempre alerta. Sospechan que por aquí pasa algo raro y eso los tiene inquietos.

—El lugar les asusta y no saben por qué.

Rápidamente me hice una composición de lugar: un batir de alas resonando con fuerza por encima de las cabezas de esos tipos duros, rostros cadavéricos cerniéndose sobre ellos y arrancándoles sus recuerdos.

—Hunter cree que se habla de ello en los bares del pueblo, en las gasolineras y en las

armerías. Algunos planean ir juntos y hacerle frente. Puede que sean esos los que están ahora mismo en el camping.

Me levanté y me dediqué a pasear por un suelo de tablones que crujía a mi paso.

—No te preocupes, no pueden matar dos veces a Phoenix —dijo Arizona con una sonrisa lúgubre—. De todas maneras, esos tipos armados no pueden verle ni a él ni a los otros. Podemos volvernos invisibles en cuanto queramos. No, creo que lo que pasa es que los vigilantes se han dividido en parejas y que algunos aún merodean por los alrededores, hasta que Hunter los localice. Y, cuando lo haga, saldrán de aquí pitando.

«Les dará un susto de muerte, y son demasiado machotes para admitirlo.» Pensé en todos los fanfarrones y pagados de sí mismos que llenaron esa noche los bares del pueblo.

— ¿Quieres que te cuente algo realmente divertido? —Me preguntó Arizona—. El padre de Jonas es uno de los vigilantes.

— ¡No me lo creo!

—Lo que yo te diga; lo es.

— ¡Pues no me parece nada divertido! Pobre Jonas, ahí fuera, dando un susto de muerte a su padre.

Mientras hablábamos y Arizona sonreía, y a mí me daban ganas de vomitar y ponerme a gritar, una figura apareció en la cima de la colina y echó a correr montaña abajo. Reconocí a Phoenix de inmediato en cuanto le vi a través de la ventana, así que me di la vuelta y me precipité a abrir la puerta de la cocina.

— ¡Ni se te ocurra! —me advirtió Arizona cuando me disponía a atravesar el patio a toda prisa.

Ella corrió detrás de mí, me cogió de la muñeca y me la agarró tan fuerte que parecía como si me hubiera puesto una argolla de acero. Llamé a Phoenix a gritos mientras le veía cubrir el tramo de tierra con sus amplias zancadas, y volví a preguntarme como alguien que parecía tan lleno de vida y fuerza podía estar muerto.
Phoenix saltó una valla de madera y cruzó el patio a la carrera.

—Todo esta correcto, el camping está limpio. Los cazadores por fin se han metido en sus jeeps y se dirigen al pueblo.

— ¿Cuántos son? —preguntó Summer, que había salido del establo al oír las pisadas de Phoenix.

—Diez en total.

— ¿Incluido Bob Jonson? —quiso saber Arizona.

—Sí. Ha sido muy duro para Jonas.

Phoenix advirtió que me tenía cogida con fuerza de la muñeca.

Le frunció el ceño y Arizona me soltó.

—Hunter se ha encargado de él, y le ha asegurado que se mantendrá alejado de Bob. Pero Jonas vio a su padre a lo lejos, montado en su moto, por la carretera de Foxton. Se ha comprado una Harley, igualita que la que Jonas destrozó.

Nadie dijo ni una palabra durante un rato. Después, Phoenix me cogió de la mano con delicadeza.

—Ven conmigo —me pidió, y me llevó hasta el interior del establo para poder sentarnos y estar un rato tranquilos a solas.

Nos sentamos cogidos de las manos en los escalones de madera que conducían al granero, donde un rayo de luz caía sobre nosotros y la sensación de calma se apoderaba de mí.

—Darina... —empezó a decir Phoenix.

Puse un dedo en sus labios.

—Sea lo que sea lo que tengas que decirme, no lo hagas.

Así que se dedicó a mirarme a los ojos. Los suyos eran de un color azul grisáceo hipnótico, más profundo que el océano, sus cejas eran rectas, y sus pómulos, tan pronunciados que enmarcaban y resaltaban sus ojos aún más.

—Quisiera eternizar este momento. —Los rayos de sol en el establo, los corpúsculos de polvo danzando en el aire, una paloma blanca en las vigas—. ¿Puedes detener el tiempo? —murmuré.

—Aún no he aprendido a hacer eso. —Sonrió y me cogió una mano entre las suyas—. Ni siquiera Hunter es tan poderoso. Darina, ¿cuánto tiempo estuvimos saliendo juntos?

El cambio de tema me sorprendió; sin embargo, di con la respuesta sin tener que pensarla.

—Durante dos meses, dos días y siete horas. Toda una vida.

—Pasó muy rápido —respondió mientras estudiaba la palma de mi mano y reseguía la línea de la vida hasta la base de mi pulgar—. Jamás dejé de pensar en ti, ni un solo

instante. Siempre te llevé conmigo.

— ¿Incluso antes de que nos besáramos?

Phoenix asintió, miré hacia el suelo y luego volvió a observarme con los párpados entrecerrados.

—Desde el día que me dirigía al instituto y te vi. ¡Bum! Mi corazón explotó. Y cuando empezamos a salir juntos, tampoco sentí que fuera nuestro primer beso. Era como si me hubiera pasado toda la vida besándote.

Me incliné hacia delante, con mi mejilla rozando la suya.

—Era tan perfecto. .. Y ahora que te has ido ya no puedo soportarlo.

—De eso quería hablar contigo —dijo. Me apartó el pelo de la cara y me obligó a mirarle a los ojos—. Quiero que me prometas que encontrarás la manera de seguir adelante con tu vida sin mí.

— ¡No! —supliqué—. Ahora estoy aquí. ¡Y no pienso ir a ninguna parte!

—Escúchame. Hunter volverá en cualquier momento. Tienes que prometérmelo antes de que venga; no cometas ninguna estupidez.

— ¿Cómo olvidarme de seguir viviendo?

Mi patética intentona de mostrarme de buen humor acabo por quebrantar mi voz mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—Darina —Phoenix me cogió de la nuca con las dos manos—, tienes toda una vida por delante. Vívela por mí, ¡te lo ruego!

—También podría morir y reunirme contigo —imaginé—. Podría volver y encontrarme contigo en el limbo. Volveríamos a estar juntos de nuevo.

Negó con la cabeza.

—Esto no funciona así. Basta ya, me estás volviendo loco.

— ¿Estás seguro de que no es al revés?

Al fin y al cabo, era yo quien iba a la consulta de una psiquiatra.

—No tenemos mucho tiempo —insistió Phoenix—. Tengo que hacértelo entender. El amor no se acaba solo porque no esté contigo. Continúa. Yo te quiero. Tú me quieres… para siempre.

— ¿Dónde continúa el amor? ¿Cómo?

Estaba desesperada. Seguramente, Phoenix desconocía el vacío que sentí en el corazón cuando murió; de lo contrario, no habría dicho nada de eso.

—Simplemente, continúa. Cada vez que piensas en mí; eso es amor. Cada puesta de sol, cada gota de agua transparente como el diamante en el río Deer. .. Eso es el amor.

—Oh, pero con eso no basta. Te necesito conmigo, ¡a mi lado!

Su marcha me habría partido el corazón.

Ni siquiera parpadeó.

Pero yo estoy aquí. Mi corazón está aquí. Confía en mí.

Cerré los ojos y luego volví a abrirlos.

— ¿Puedes ver el futuro? —susurré.

Quería saber si siempre sería feliz.

—No. Solo el pasado. Puedo llevarte hasta nuestra primera cita, hasta la primera vez que te cogí de la mano y me dijiste que te resultaba muy raro, que yo no era como pensabas.

—Y tú dijiste; « ¿Cómo creías que sería?» —Murmuré mientras lo recordaba palabra por palabra—. Y, como siempre, salté como una cascarrabias y te dije que creía que eras un broncas como Brandon, y tú te reíste y contestaste: « ¡Gracias por el cumplido!». Y yo te dije que no te ofendieras, que no quería decir que fueras un machista ni nada parecido, que simplemente pensaba que eras un encanto…

Phoenix me miró con una amplia sonrisa.

— ¿Lo ves? —dijo, y me puso mi mano en mi corazón y la sostuvo allí—. Ahí es donde anida el amor. Jamás desaparecerá.

En ese preciso instante Hunter y Jonas entraron en el establo.

Capítulo 4

—Ya tenemos un plan— Dijo Hunter.

Miré a Jonas y vi que estaba desolado por todo lo que había tenido que pasar: encontrar a su padre entre los vigilantes y ver cómo las Almas Elegidas le vaciaban la mente. Jonas tenía la cabeza gacha y los hombros hundidos.

—Darina —prosiguió Hunter—, te vas a ir a casa con el cerebro trabajando a pleno rendimiento.

Phoenix y yo nos pusimos en pie de un brinco. Nos quedamos mirando a Hunter mientras asimilábamos el veredicto.

—Pero con dos condiciones –continuó—. La primera es que tengas la boca cerrada —dijo con voz severa y rostro adusto.

—Eso es estupendo. Prometo no decir ni una palabra-susurré.

—Lo sé. —Hunter echó a caminar y se puso entre Phoenix y yo.

Me echó una rápida mirada que evidenciaba lo convencido que estaba de ello y luego, como por casualidad, dejó caer el ingrediente mortífero en la mezcla—. Porque si rompes la promesa enviaré al chico directamente por donde ha venido. Y esta vez será para no volver.

Alargué la mano para coger la de Phoenix, pero Hunter me lo impidió sujetándome el brazo.

—Y la segunda es que trabajes para nosotros cuando vuelvas a Ellerton.

Asentí.

—Haré cuanto me pidas. Arizona, Summer y yo hemos hablado de ello.

—También lo sé. —Sonrió—. Y te recuerdo, Darina, que Arizona duda de tu capacidad,

para averiguar la verdad. No te tiene en alta estima.

—Ella no me conoce —repliqué—. De todas maneras, diría que el sentimiento es recíproco.

—Así que te repito que has de mantener al margen tus sentimientos—insistió Hunter—. A partir de ahora, tu cometido consiste en llevar una tarea complementaria a la de Phoenix, Arizona y Summer y centrar toda tu atención en Jonas.

Sus palabras me molestaron, pero estaba dispuesta a seguir el juego de Hunter si eso implicaba pasar más tiempo con Phoenix.

— ¿Qué es lo que quieres que averigüe? —pregunté; estaba tan ansiosa que las palabras salieron de mi boca precipitadamente.

No me concedí tiempo para evaluar la situación, para comprender que Hunter ya lo tenía todo preparado desde el primer día, que me había permitido «ver» a Phoenix en todos esos lugares familiares, que había dispuesto que encontrara por casualidad esa vieja casona y el establo, que me había puesto a prueba y comprobado mi capacidad de resistencia a través del batir de alas y las calaveras. En ese momento, lo único que sabía era que estaba dispuesta a morir para ayudar a Phoenix y a los otros.

—Quiero que te pongas en contacto con Zoey —me ordenó Hunter—. Jonas ha intentado acercarse a ella y descubrir lo que pasó, pero nuestros poderes se debilitan a medida que nos alejamos de nuestra base, aparte de que siempre encuentra algún tipo de impedimento.

Ahora depende de ti.

—Puedo hacerlo —respondí—. Puedo conectarme a internet y estudiar la causa judicial. Habrá un montón de información sobre lo que sucedió el día del accidente.

—Quizá. —Hunter ladeó la cabeza para rascarse la barba incipiente del hoyuelo de la barbilla—. Sin embargo, allí no encontrarás los informes de los testigos oculares, solo las medidas que la policía tomó de las marcas de los neumáticos en el asfalto, fotografías del equipo forense y cosas por el estilo.

—No hubo testigos, ni nadie por los alrededores. —Jonas se unió a la conversación por primera vez—. Lo que ellos dijeron que yo hice, ir a toda velocidad por la carretera de las afueras de Centennial, no tiene ningún sentido. He ido en moto por esa carretera miles de veces.

—Entonces, ¿qué le pasó a la moto? —pregunté—. ¿Qué hicieron con ella después del accidente?

—Los policías la incautaron —contestó Hunter—. Se la llevaron como prueba,

calcularon la velocidad antes del accidente, comprobaron los neumáticos, los frenos, etcétera. Todo eso se presentó como prueba en el juicio.

—Yo no iba en modo alguno a la velocidad que ellos dijeron —insistió Jonas—. Jamás hubiera cometido semejante estupidez llevando a Zoey conmigo.

—Así que necesitamos que ella recuerde —afirmé al darme cuenta de ello—. Si Zoey es la única que puede ayudarte, eso es lo que tenemos que conseguir.

—Exactamente —dijo Hunter con su característico tono de voz frío e inexpresivo—. ¿Cómo es tu amistad con Zoey, Darina? ¿Es mejor que tu relación con Arizona?

—Zoey y yo nos conocemos de toda la vida —respondí, sin contarle a Hunter nuestras desavenencias. Si era un jefe supremo tan poderoso podría leerme la mente y averiguar lo del episodio con Matt Fortune—. Así que, en cuanto hable con ella y consiga que recuerde todos los detalles, ¿cómo te lo hago saber?

Hunter me miró fijamente sin parpadear.

—Jonas estará contigo siempre que lo necesites —me prometió.

— ¿Y qué pasa con Phoenix? —pregunté de corrido.

Si iba a vender mi alma y jurar silencio a Hunter, al menos quería conseguir a cambio poder estar con él aunque fuera por poco tiempo.

Me observó con una fuerza tan inusitada que me vi obligada a bajar la vista.

—Phoenix, acompaña a Darina hasta el tanque de agua —respondió finalmente Hunter—. Despídete de ella allí y asegúrate de que se mete en su coche.

Respiré hondo.

—Gracias —le dije.

No obstante, me arrojó mi gratitud a la cara.

—Phoenix intenta mantenerte a salvo por propio interés —me explicó—. Sabe que, si proporcionas a Jonas las respuestas que necesita, harás lo mismo con Arizona y Summer hasta que puedas proporcionárselas a él.

—Eso no es verdad. Phoenix no se interesa por mí por motivos egoístas. Él me quiere —le respondí a Hunter casi gritándole cuando me rozo al pasar mientras subía la escalera que llevaba al granero.

El jefe supremo echó un vistazo hacia el brillante espacio recubierto de danzarinas

motas de polvo.

—Te dije que dejaras de lado tus sentimientos.

—Eso es imposible. ¡Él me quiere!

Yo lo sabía y quería que Hunter también lo admitiera. Phoenix me cogió de la mano e intentó apártame. Jonas palideció entristecido y se quedó solo entre las sombras.

—Por supuesto que Phoenix te quiere, probablemente; no importa lo que eso signifique —reconoció Hunter, con las dos manos en la barandilla de la escalera, dispuesto a subir los peldaños de dos en dos—. Pero ahora es diferente. El amor necesita un corazón. Necesita que la sangre fluya por las venas.

— ¿Y qué? —grité mientras me volvía hacia Phoenix muerta de miedo.

—Pues que no tiene sangre ni corazón —repuso Hunter con crueldad mientras desaparecía de la vista—. Si no me crees, escucha su pecho. No late, ¡compruébalo!

ଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃ

Sin dejar de temblar, subí la colina acompañada de Phoenix. Era verdad, por eso las Almas Elegidas estaban tan pálidas y la piel de Phoenix era fría al tacto. Por primera vez fui plenamente consciente de lo que en realidad significaba regresar de la tumba.

— ¿A quién tengo que creer? —le pregunté a Phoenix, bajo la silueta de los álamos, a la sombra del tanque de agua—. ¿A Hunter o a ti?

Respiró hondo con la cabeza medio ladeada hacia mí.

—Hunter tiene el poder —me recordó con amargura—. Le divierte ser el jefe supremo. Te recuerdo que ese tipo lleva mucho tiempo muerto.

—Pues si lo que pretendía era horrorizarme lo ha conseguido —admití.

Phoenix me había permitido poner el oído en su pecho y escuchar, como una condena do a la espera de que desconecten el interruptor. Después, había tomado mi mano en silencio y había subido conmigo por la colina. Ahora se mantenía a cierta distancia, contemplando las escarpadas montañas que se atisbaban en el horizonte.

—Vengo aquí muy a menudo —me dijo—. ¿Ves esa roca? La llaman la Roca del Ángel porque...

—... parece un ángel de perfil —afirmé.

Podía distinguir la forma de la cabeza y las alas, y la falda larga, como un ángel de papel en un árbol de Navidad.

— ¿Y esa roca lisa de color gris con los surcos verticales? Es la Roca de las Doce en Punto.

—Phoenix —susurré mientras deslizaba una mano en la suya—, puedes dejar de hablar.

Frunció el ceño y se quedó con la vista clavada a lo lejos.

—No pasa nada —dije—. No me importa lo que Hunter acaba de decir.

Nos quedamos allí quietos durante largo rato, cogidos de la mano. Me bastaba tenerlo junto a mí para seguir viviendo.

—En serio, no hay ningún problema.

Mi voz se alzó hacia las hojas de color verde plateado que brillaban por encima de nuestras cabezas. Las yemas de sus dedos estaban frías. Levanté la vista hacia él y vi que sus ojos albergaban los amplios espacios de las montañas y ríos que se extendían ante nosotros.

—Me quieres. Sé que me quieres.

ᏫᏑᏫᏑᏫᏑᏫᏑᏫᏑᏫᏑᏫᏑ

Olvida el «dulce» de *Romeo y Julieta*: «Despedirse es un pesar tan dulce...» Decir adiós es una mierda; punto final.

Dejé a Phoenix en la cima de la colina y, aturdida, me dirigí hasta mi coche. Me volví a mirar. Aún estaba allí, completamente inmóvil, observando cómo me alejaba. Me pasó por la mente la idea de alzar una mano para decirle adiós, pero no lo hice.

Con la cabeza embotada y confusa, me metí en el coche caliente y puse el motor en marcha. Bajé todas las ventanillas y, sin mirar atrás, me alejé de allí.

ᏫᏑᏫᏑᏫᏑᏫᏑᏫᏑᏫᏑᏫᏑ

En ese momento, mi máxima prioridad era telefonear a Zoey. Eché un vistazo a mi reloj; la seis y media; si conducía deprisa podría llegar a su casa en una hora. ¿Sería demasiado tarde para hacerle una visita inesperada? Apreté el acelerador y bajé por el camino de tierra dando tumbos, giré por una curva y luego pise el freno cuando vi que un vehículo me venía de frente.

La parte trasera de mi coche viró bruscamente, oí un chirrido metálico y acabé en la cuneta.

Lo último que recuerdo es a Logan inclinado por encima de mi ventanilla mientras me sacudía por el hombro.

—Darina ¿Estás bien?

Su rostro reflejaba a las claras lo conmocionado que estaba.

—Estoy bien —contesté, mientras abría la portezuela y le obligaba a retroceder.

Salí del coche y vi las dos ruedas delanteras clavadas en la cuneta. El coche estaba inclinado en un ángulo de cuarenta cinco grados.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí, Logan?

—Iba de camino a Foxton con unos cuantos colegas: Christian, Lucas y Matt.

— ¿Y dónde están?

Esperaba ver un convoy de coches subiendo por el camino desierto.

—Se han quedado en la vieja tienda. El padre de Christian compró el local para arreglarlo. Nos dijo que podíamos quedarnos a pasar allí el fin de semana para pescar.

—Menuda suerte —murmuré, preparada para escuchar la contrarréplica de Logan.

— ¿Y tú qué hacías aquí, Darina?

—Estaba dando una vuelta.

Me maldije por ponerme colorada y porque me temblara la voz en el preciso instante en que pretendía sonar convincente.

— ¿Por aquí? -Logan se rascó la cabeza pensativo y echó un vistazo a mi coche—. ¿Sabes que has roto el guardabarros delantero?

—No importa, no es más que una cafetera vieja.

—Estás bloqueando la carretera. Voy, tener que ir a buscar el jeep de Christian para sacarte de aquí.

Para intentar no incrementar el dramatismo de la situación, le pregunté si no podía remolcarme él mismo.

— ¿Sabes los caballos que tiene el motor de mi coche? De ninguna manera. Y ni siquiera has respondido a mi pregunta. ¿Qué te ha llevado a subir media montaña en este cascajo? Ni siquiera tiene tracción en las cuatro ruedas.

—Necesitaba tiempo para pensar. Lo hago mejor cuando conduzco.

Don Prudente negó con la cabeza.

— ¿Lo sabe Laura?

— ¡Sí! —Exclamé arrastrando la palabra—. ¡Como si tuviera cinco años y tuviera que pedirle permiso a mi madre hasta para respirar!

—Estás como una cabra, ya lo sabes. —El semblante de Logan se ensombreció ante mi sarcasmo—. ¿Y si te hubiera pasado algo malo de verdad?

— ¿Es que no crees que esto lo sea?

Me acababa de dar cuenta de que me había magullado el antebrazo derecho al perder el control del volante. Me arremangué para mostrarle el brazo a Logan.

—Te tiene que ver un médico —decidió de inmediato—. Olvídate del coche. Súbete al mío y te llevaré a Ellerton.

—No quiero médicos —respondí con brusquedad—. No tengo nada roto. Puedo mover los dedos; ¡mira!

—Bueno, pero olvídate del coche igualmente. Puede que estés en estado de shock. Te llevaré a la vieja tienda.

Seguí sus instrucciones a regañadientes.

—Por favor, Logan —dije con un suspiro mientas me sentaba a su lado—. ¿Por qué tenías que estar en el lugar equivocado en el momento equivocado? Si no te conociera, diría que me has estado siguiendo.

Ladeó la cabeza y me observó durante un buen rato.

—De ser así, solo lo habría hecho para asegurarme de que no cometías ninguna estupidez.

— ¿Qué quieres decir?

—Lo que le ha pasado a Phoenix te está amargando. Esta última semana no has hecho más que disparates y, no pasa nada, no te culpo por ello, pero necesitas que alguien esté pendiente de ti, Darina. Créeme.

— ¿Y vas a ser tú quien se encargue de eso? —le pregunté en voz baja.

Pasamos por delante de las cabañas de los pescadores que daban al, rio y nos detuvimos en el único cruce de Foxton. Me percaté de que la puerta principal de la vieja tienda se encontraba abierta y un par de chicos estaban sentados en el porche lateral.

—Ya me gustaría —contestó Logan en un susurro. Luego alivió la tensión y sonrió abiertamente—. Estás más loca que una zarigüeya con un tiro en las tripas. —Se echó a reír—. Eso es lo que hubiera dicho mi padre.

ଔଊଔଊଔଊଔଊଔଊଔଊଔଊଔ

Mientras Logan aparcaba fuera de la tienda, una tercera persona se unió a los otros dos que estaban en el porche. Enseguida identifiqué al tipo bajito y fornido que acababa de aparecer: Christian Oldman.

El individuo de pelo rizado recostado en una desvencijada silla era Lucas Hart, y el que llevaba puesta una cazadora de piel era sin duda alguna Matt Fortune.

— ¡Eh, tíos, mirad a quien he encontrado! —anunció Logan mientras se apeaba de su Honda y abría la puerta del pasajero para que yo pudiera bajar del coche.

Una música disonante que salía a todo volumen de un equipo de música procedente del interior de la casa ahogó la voz de Logan hasta que Christian entró en la vivienda para apagar el aparato.

—Hola, Darina —saludó Lucas sin moverse del sitio, mientras inclinaba la silla hacia delante y pateaba el suelo.

No obtuve ningún gesto de reconocimiento por parte de Matt, aunque, para ser sincera, tampoco lo esperaba.

—Darina ha destrozado el coche en el camino de tierra —les informó Logan.

—No lo he destrozado —protesté; desafié a los neandertales del porche a que dijeran una sola palabra en contra de las mujeres que conducen—. Lo único que he hecho ha sido cambiar de sitio el guardabarros delantero, eso es todo.

— ¿Quieres sentarte? —Lucas se levantó y me ofreció la silla—. Tienes la misma pinta que si te hubieran dado un susto de muerte.

—No, estoy estupendamente, gracias.

«Y dispuesta a largarme de aquí pitando en cuanto alguien vuelva a poner mi coche

en la carretera.» Para mi gusto, había demasiadas hormonas masculinas pululando a mi alrededor plenamente visibles en los brazos descubiertos y los protuberantes bíceps, las piernas abiertas y las significativas miradas de reojo. Por no hablar de Matt Fortune.

—Christian, necesitamos tu jeep para sacar el coche de Darina de la cuneta —dijo Logan.

—Me pongo manos a la obra enseguida.

El campeón de boxeo del instituto no dudó ni un segundo, y Matt le siguió hasta el jeep polvoriento sin decir ni una palabra. Al cabo de diez segundos ya subían por el camino sin asfaltar.

— ¿Quién quiere una bebida energética? —preguntó Lucas al tiempo que se ponía en pie y entraba en la casa sin siquiera esperar respuesta.

Golpeó al pasar dos cañas de pesca que estaban apoyadas contra la pared y estas cayeron y se deslizaron por el suelo del porche. Maldijo en voz alta, pasó por encima de ellas y entró a trompicones.

—Lucas es como James Bond, sin las mujeres y sin su estilo.

—Logan esbozó una amplia sonrisa—. Un hombre de acción, ya lo creo, aunque más parecido al increíble Hulk.

—A mí me gusta —confesé.

Esperaba oír de un momento a otros vasos rotos y más maldiciones. Mientras tanto, Logan seguía presionándome y volvía a retomar el tema que tanto quería yo evitar.

—Darina, no me gusta que conduzcas sola por aquí —me dijo—. No es un lugar seguro.

—Ya, y tú hablas igual que mi padre.

¡Jesús! Otra vez me sonrojé. Logan había sido el único que había estado a mi lado cuando mi verdadero padre se largó para no volver. Por esa época apenas teníamos doce años, pero doy mi palabra de honor de que se comportó mucho mejor de lo que yo merecía. La mal humorada y susceptible Darina siempre podía contar con el sensato y responsable Logan. Nos pasamos todo ese verano esquivando a nuestros padres, haciendo excursiones en bici hasta el río Deer y nadando en el lago Hartmann.

—Lo siento —murmuré—. No tenía que haberte dicho eso.

Se encogió de hombros.

—Da igual. ¿Has oído las historias que corren por el pueblo?

— ¿Qué historias?

—Las que circulan sobre la cresta de Foxton. Algunos tipos juran que allí arriba pasan cosas raras. Dicen haber oído voces y que también han visto a alguien moverse entre las sombras.

—Ya, claro, seguro que eso lo dicen tipos con alcohol hasta las cejas —argumenté mientras sentía cómo se me erizaba el vello de la nuca—. En cuanto uno bebe unas cuantas cervezas empieza a ver todo tipo de cosas.

— ¿Y si se trata de algo más que eso? —continuó Logan—. Cuentan que hay una casa fantasma oculta al otro lado de la cresta: en un lugar fuera de la vista de todos, apartada del camino.

— ¿Así que eso es lo que andabas buscando? —Intenté cambiar de tema y aproveché la oportunidad para presionar a Logan—. ¿Te has convertido de repente en un caza fantasmas o qué?

—A lo mejor —respondió con calma—. Hay quienes creen en fantasmas. Lucas, por ejemplo.

—Me zumban los oídos… ¿quién murmura a mis espaldas? —preguntó Lucas saliendo de la casa con tres latas de refresco.

—Tú sí que te crees todo eso sobre los fantasmas de la cresta. ¿Verdad? —quiso saber Logan.

—Por supuesto que sí. De hecho, una vez un fantasma cuando era pequeño. Me desperté en mitad de la noche y vi uno en mi habitación.

—No me digas —repliqué—. Apuesto que era tu hermana mayor vestida con una sábana blanca y aullando.

« ¡Por favor, no creáis en los rumores!» Pensé e hice cuanto pude para que un tipo duro como Logan se sintiera insignificante.

—De todas maneras, ¿qué pasa si voy por ahí cazando fantasmas, como tú dices? —exigió saber Logan—. ¿Te importa?

—En absoluto. —Esa conversación no estaba tomando el derrotero que yo quería—. Simplemente, me choca la importancia que le das a los rumores, nada más.

—Pues no somos los únicos—Señaló Lucas— Se ha convertido en la comidilla de todo el pueblo. Los mayores planean ir juntos y echar un vistazo.

«Ya lo han hecho. » Tenía esas palabras en la punta de la lengua, pero me las apañé para que se quedaran donde estaban.

—Bob Jonson incluido, por supuesto—. Añadió Logan.

Haber estado a un tris de contar la verdad me había puesto nerviosa. ¿Qué había pasado si hubiese consentido que las palabras salieran de mi boca y permitido que Logan y Lucas descubrieran que yo sabía mucho más de lo aparentaba? Pues que habría puesto en peligro el secreto que había jurado guardar. ¡Al instante!

Ese pensamiento me horrorizó, e incluso me pareció oír las alas de los zombis aleteando a modo de advertencia por encima de mi cabeza.

—Darina, ¿estás bien? —me preguntó Logan—. ¿Quieres entrar y tumbarte un rato?

—No, quiero irme a casa. —Me di cuenta de que estaba tiritando e intenté disimular—. Gracias, Logan, pero esperaré aquí, en el porche.

Logan y Lucas debieron de volverse a mirar de reojo, porque Lucas se levantó de repente y dijo que iba a subir por el sendero para ver si veía a Christian y a Matt.

Lo que significaba que yo tenía que quedarme allí para hacer frente a una extenuante charla cara a cara con Logan, cuando aún estaba combatiendo con el ruido de alas.

—Quiero ayudarte— empezó a decir.

—Ya lo has hecho. Te lo digo de corazón Logan, se perfectamente que puedo contar contigo.

—Entonces, ¿Por qué me rechazas? — Se acercó un poco más, acorralándome en una esquina, y me hizo sentir incomoda— Vamos, Darina, habla conmigo.

—No tengo nada que decir, excepto que tengo un dolor horrible dentro de mí. ¿Entiendes?

Las alas se desvanecieron. Lo estaba haciendo bien.

Logan asintió.

—Por supuesto. Y quiero ayudarte. No pasa nada, sé que me estoy repitiendo. Solo intento comunicarme contigo.

Me tenía inmovilizada contra la barandilla del porche y apenas podía respirar. Debía encontrar la manera de hacer que retrocediera antes de que se inclinara hacia delante y me besara en los labios.

—Te escucho Logan— susurré mientras ponía una mano en su hombro y descubría que temblaba tanto como yo—. Te estoy muy agradecida.

Le di un fugaz beso en la mejilla y me escabullí al pasar por debajo de su hombro para alejarme de un rincón tan peligroso.

Logan suspiró y apoyó la espalda en la pared con los ojos cerrados hasta que oyó el ruido de un coche que bajaba traqueteando por el sendero.

—Ya viene Christian —murmuré y bajé las escaleras del porche.

Los tres chicos aparecieron remolcando mi coche abollado. El guardabarros delantero trillaba la tierra mientras avanzaba dando tumbos.

—Tendrás que repararlo— me dijo Lucas, sentado tras el volante.

Asentí.

— ¿Podrá llevarme hasta el pueblo tal como está?

—Espera. —Christian se apeó del jeep y examinó el guardabarros—. Hay que quitarlo —decidió. Apoyó todo su peso en él y tiró hasta que logró desprenderlo del chasis—. Mete esto en la furgo —le ordenó a Lucas.

Mientras tanto, Matt había saltado del jeep y se dirigía en silencio hacia la vieja tienda caminando a grandes zancadas.

—Bien, ya está listo para conducirlo— dijo Christian—. No creo que el eje te dé problemas.

—Gracias por todo, señor arregla coches-contesté con una amplia sonrisa en un intento de mostrarme de buen humor mientras rápidamente ocupaba el lugar de Lucas tras el volante. Esperé a oír cómo se cerraba la puerta del maletero—. Y gracias a ti también, Lucas.

—¿Estás segura de encontrarte en condiciones de conducir? —me preguntaron.

Logan dio un paso atrás, parecía considerar mi beso en la mejilla como una especie de traición de Judas. Obviamente el habría querido más.

De nuevo asentí.

—Gracias, Logan —musité.

Se sentía herido, y yo no soportaba verlo así. Pero, ¿Qué más podía hacer?

Me alejé de Foxton conduciendo por la tranquila carretera, pasé por delante de la gigantesca cruz de neón que iluminaba la montaña de noche, por la franja de bosque calcinado con sus pinos chamuscados y deformados y, atravesé las inmediaciones de Centennial hasta llegar al pueblo.

ଔ୭ଔ୭ଔ୭ଔ୭ଔ୭ଔ୭ଔ୭ଔ

De alguna manera me las apañé para conseguir limar mis asperezas con Laura.

— ¡Oh, Dios mío, mira tu coche! —exclamó.

Estaba anocheciendo y Laura se encontraba sola en el porche cuando aparqué en el camino de entrada.

—Darina, ¿qué ha sucedido? ¿Estás bien?

—Sí; ¡mira!

Subí corriendo los escalones y di una vuelta sobre mí misma.

— ¡Tachán!

Me hizo sentar.

— ¿Qué ha pasado?

—Estaba con Logan y otros más, haciendo el tonto. El muy patoso se ha cargado mi guardabarros. Suerte que no íbamos a más de dieciséis kilómetros por hora.

«Economiza la verdad, Darina. No hay por qué hacer sonar las campanas de alarma.»

— ¿Te has hecho daño en algún sitio? —Preguntó con ansiedad—. ¿En el cuello? ¿En la espalda?

—Ni un rasguño. —Oculté mi brazo magullado bajo la manga—. En serio, mamá, no ha sido nada.

Cuando era pequeña, antes de convertirme en lo que soy ahora, todo el mundo me decía que me parecía a Laura. El mismo pelo largo y oscuro, las mismas sonrisa amplia barbilla puntiaguda y pequeña, y nariz preciosa.

« ¡Parecen hermanas!» decían los tipos que coqueteaban con ella después de que mi padre se marchase. Fue por aquel entonces cuando me corté el pelo y me lo oscurecí aún más. Eso, más el rímel negro que solía usar yo, acabó con todo el parecido.

— ¿Y qué hay del coche? ¿Quién pagara la reparación? Al padre de Logan no le sobra el dinero, eso lo sé de primera mano.

«Sí Laura, siempre pensando en el dinero, dinero, dinero.» En fin, era más sencillo sobrellevar eso que verla montar todo ese alboroto sobre mi salud y seguridad.

—Hablaré con Christian. Él entiende de coches. Puede que me lo arregle gratis.

Laura asintió y luego sacó un cigarrillo.

—Tienes que dejar de fumar —musité mientras me dirigía hacia la puerta principal—. ¿Dónde está Jim?

—Fuera —contestó mientras el pequeño punto rojo de luz de su cigarrillo brillaba bajo la creciente oscuridad.

ଔ§ଔ§ଔ§ଔ§ଔ§ଔ§ଔ§ଔ

Hay un abismo tan profundo como un desfiladero entre la impresión que causas a la gente y cómo te sientes por dentro. Y sobre todo eres consciente de ello cuando estás tendida en la cama, sin dormir mientras contemplas el techo.

Lo que quiero decir es que bajé de esa colina como si fuera la antigua Darina: serena, segura de mí misma, una chica especial.

Pero, por dentro, me sentía destrozada y muerta de miedo. Había estado con muertos vivientes, por el amor de Dios, y estaba enamorada de uno de ellos. Desesperada y perdidamente enamorada.

El techo oscuro parecía cernerse sobre mí, y las paredes estrecharse. Había perdido a Phoenix y lo había encontrado. Había caído en una honda fosa, y él me había rescatado, me había subido por ella y estrechado entre sus brazos una vez más.

Sin embargo, mi nuevo mundo estaba repleto de cosas realmente extrañas. Del poderoso Hunter, con su cabello gris y sus ojos acerados, de la todavía dura de roer Arizona, la dulce y fácil de querer Summer, y el triste y herido Jonas y todas esas almas elegidas habían estado en el limbo y habían regresado. No tenían corazón.

Permanecí a oscuras mientras recordaba el encantador rostro de Phoenix.

—Me gustaría que estuvieras conmigo —susurré. Sabía que podía hacerlo: aparecer y desaparecer a voluntad—. Que vinieras en cuanto te lo pidiese.

Pero lo único que oí fue un aleteo lejano, como un suspiro en el aire. Un recordatorio.

—Hola, señor Bishop. Soy Darina.

Al día siguiente a primera hora ya estaba ante el intercomunicador de la verja de la casa de Zoey.

— ¿Darina?

—Sí. Se me ocurrió dejarme caer por aquí para ver a Zoey. ¿A quién estaba engañando? Había estado dándole vueltas y más vueltas a la pregunta de si telefonear primero o presentarme sin avisar. ¿O debería haberle enviado un mensaje? Intenté llamar a Zoey al móvil, pero se había cambiado el número. Había pasado cinco veces con el coche por delante de su casa antes de reunir el valor suficiente para llamar al timbre.

—Espera ahí—me contestó el señor Bishop.

Me quedé al final del largo camino de entrada pavimentado de rosa del señor Bishop y levanté la vista hacia la imponente propiedad. La casa de ladrillo tenía columnas blancas y una entrada estilo colonial; balcones con barandillas de hierro y una caballeriza aun lado del patio donde Zoey tenía sus caballos.

Su padre salió del prado en un carrito de golf y se dirigió hacia la verja. Bajó como si fuera Tiger Woods.

—Darina —saludó, como si acabara de relacionar el nombre con mi cara. O había sufrido un ataque de senilidad o se trataba de un ardid deliberado para mantenerse a distancia. Hacía mucho que no te veíamos.

—Me encontré con Zoey el otro día. Me pidió que la llamara.

El señor Bishop frunció el ceño al reparar sin disimulo mi coche destartalado sin guardabarros para después mirarme a mí, también sin disimulo: mi pelo, el maquillaje, todo.

— ¿Y dónde fue eso? Me refiero a tu encuentro con Zoey.

—En la sala de espera de la consulta de Kim Reiss.

Casi vi cómo le asomaban los dientes al señor Bishop. Era como si considerara que el nombre de Kim Reisse era un sinónimo de imprecación.

—Es verdad. Zoey no sale mucho de casa. Solo para ir a la consulta de los cirujanos.

«Y de su loquera», pensé, pero no lo dije.

—Le prometí que la visitaría -insistí.

Se mantuvo firme tras la verja cenada.

—En otra ocasión, quizá.

—En cuanto me sea posible.

—En estos momentos no puede recibir visitas.

—Creo que el sábado sería un buen día.

Hablamos precipitadamente en un diálogo para sordos hasta que apareció la madre de Zoey en la puerta principal. Bajó por el camino de entrada con paso rápido.

—Hola, Darina. —Su saludo fue neutro, aunque medio tono más caluroso que el de su marido—. Zoey está en la ventana. Ha oído tu coche.

—Así que sabe que estoy aquí. Estupendo.

La señora Bishop sonrió levemente.

—Siento lo de Phoenix —me dijo—. Sé que salían juntos.

Asentí.

—Aún no me lo creo. Cuatro vidas tan jóvenes echadas a perder.

—Cinco —contradijo el señor Bishop con amargura-. Cinco, incluida la de Zoey.

Su esposa dio un paso frente a él y abrió la verja.

—Será mejor que entres —me pidió.

ଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃ

No fue como si Zoey y yo retomáramos nuestra amistad en el punto en que la habíamos dejado un año antes. Habían sucedido demasiadas cosas y también habíamos olvidado otras muchas. Hablar con ella fue como ver una serie de videoclips inconexos en un viejo reproductor de vídeo, sin orden ni concierto y con lagunas muy grandes.

Zoey estaba sentada en su silla de ruedas, que la hacía parecer más pequeña, en una sala de estar más grande que una pista de tenis. El decorador se había excedido con las

antigüedades, sobre todo con las alfombras persas, los candelabros y el viejo reloj del abuelo.

— ¡Vaya! —exclamé—. Nunca había estado en esta habitación.

Con el «vaya» no quise decir que me entusiasmaba si no que ¡menuda caca!

—Hemos tenido que cambiar las cosas de sitio —explicó Zoey poniéndose a la defensiva. Sabía que la casa donde yo vivía con Laura y Jim no era mucho más grande que una caravana o casi—. Tengo un dormitorio por aquí, con un cuarto de baño; todo al mismo nivel. Y hay una rampa tras la puerta cristalera que baja hasta el patio.

—¿Quieres que vayamos a fuera?

Lejos del tictac del reloj y del papel pintado a rayas rojas y doradas al gusto del decorador.

Zoey asintió. Pasó zumbando hasta la puerta cristalera y levantó el pestillo.

—Aún cuido de mis dos caballos: Pepper y Merlin. Vamos a verlos.

No tengo nada en contra de los caballos; así que fui con ella hasta las cuadras y piropeé a un par de ruanos árabes que descansaban en sus establos.

Zoey sacó unos cuantos caramelos de menta y me los ofreció.

—Sé que los estoy malcriando. Mi padre quiere venderlos pero yo le he dicho que ni hablar.

—¿Cómo te va lo de caminar? — pregunté.

—Muy lento. Ayer estuve haciendo rehabilitación con el fisioterapeuta y di dos pasos. ¡Aleluya!

—Eso está muy bien.

Las dos intentábamos evitar hablar de Jonas y el accidente.

—Dos pasos y duele horrores —confesó Zoey.

—Ya me lo imagino.

—Tengo que volver a ver a Kim; el jueves a las tres y media.

—Yo también. A las cuatro y media.

—Me gusta mucho.

—Sí, es genial.

—¿Por qué vas a su consulta? Explícamelo otra vez.

—Laura cree que la pérdida de Phoenix me ha trastornado —contesté y luego me eché a reír de forma un tanto inapropiada—. Da igual, y supongo que tú vas a la consulta de Kim para que te ayude a recuperar la memoria.

Zoey se encogió de hombros.

—Ha sido idea de mi madre. A mí me trae sin cuidado. Nada me va a devolver a Jonas.

Un escalofrío me recorrió la columna al pensar en él en Foxton y recordar que yo tenía a buen recaudo en el bolsillo de mis vaqueros su hebilla de la Harley.

—Jamás se puede volver atrás —prosiguió con voz cansada—. Todo el mundo dice que no tiene importancia, que hay que mirar hacia delante y no hacia atrás. Menos Kim. Ella dice que es importante que pueda recordar.

—Para llenar las lagunas. —Asentí con impaciencia—. Dijiste que necesitabas mi ayuda.

—No te imaginas lo que es el trastorno por estrés postraumático. Es como hacer calceta, se te va un punto y todo se deshace. Acabas con un estúpido agujero que cada vez se hace más grande.

—Terrorífico.

—Increíble. El agujero se me ha hecho tan grande como para caer en él y desaparecer ¡te lo juro!

Oh, el tema de la caída. Caes y caes y los bordes del oscuro agujero son lisos y no hay nada a lo que agarrarse, tampoco hay un final. Así es como me sentí cuando Phoenix murió.

—Volvamos a antes del accidente —le dije a Zoey sin mostrarme participativa—. ¿Recuerdas cómo era todo cuando Jonas y tú estaban juntos?

—Yo le quería —respondió en voz baja, mientras los dos caballos estiraban el cuello por encima de la puerta del establo y exigían más caramelos—. ¿Y quién no?

—Un chico realmente encantador —concedí, evitando el problemático «Era» o «es».

Zoey guardó silencio y pareció deslizarse por uno de esos agujeros de su memoria.

Aguardé a que saliera a la superficie.

—Supongo que debería darte las gracias —dijo con un suspiro después de una larga espera.

— ¿Y eso por qué?

—Por quitarme a Matt y dejar que Jonas recogiera los trozos rotos.

—Espera un momento. —Aquí estaba el asunto de Matt Fortune asomando su fea cabeza—. Yo no te lo quité. Según recuerdo, Matt hizo un sprint en mi dirección y batió un récord olímpico al llegar hasta mí.

«Adiós, Zoey; hola, Darina.»

—Sí, te creo. —Zoey nunca lo había hecho ni lo haría. Estaba convencida de que fue idea mía que Matt rompiera con ella—. ¿Cuánto hace de eso?

—Casi año y medio. No actué bien, pero yo no te robé a Matt, te lo juro. No es mi tipo.

—Da igual. —Era obvio que no soportaba hablar de ese tema—. Vayamos dentro.

Sin embargo, en lugar de obedecerla agarré con fuerza el respaldo de su silla y lo giré hacia mí.

—Zoey, yo nunca haría algo así. Jamás tontearía ni les robaría los novios a mis amigas, a pesar de lo que te dijera Matt Fortune. De hecho, cuando él intentó ir más allá en la fiesta de Hannah, lo dejé con la palabra en la boca.

—Eso no es lo que Hannah me contó. —Zoey me miraba fijamente con lágrimas en los ojos—. Ella dijo que le echaste el guante con las dos manos.

—Sí, claro, con amigas como Hannah... —me interrumpí—. Después de eso me llevó más de un año estar dispuesta a salir con otro chico. ¡No veas lo rápido que trabajo!

— ¿Con Phoenix? —murmuró Zoey.

—Sí. ¿Te acuerdas de él?

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—A Jonas le gustó desde el principio. En cuanto a mí, me daba un poco de miedo. Parecía demasiado frío.

Negué con la cabeza.

—Phoenix era incapaz de hacer daño a nadie.

—Pero lo vuestro no fue precisamente amor a primera vista —me recordó Zoey—. La primera vez que fue a Ellerton, pude oír cómo le decías a Logan que era un creído. Y no te mordías la lengua al, hablar de ello.

—En realidad, era tímido. Y esa timidez era lo que le hacía parecer arrogante, al menos yo lo vi así. Zoey, esto es importante. ¿Recuerdas cuando los Rohr llegaron al pueblo?

—Sí. Brandon Rohr no encontraba trabajo. Solía acudir al salón de ventas de Harley con Charlie Fortune. Conocí a Brandon cuando Jonas fue al taller de Charlie a que le arreglaran la moto.

—Eso fue solo un par de semanas antes de tu accidente —le dije, cada vez más nerviosa—. ¿Puedes recordar cualquier otra cosa que pasara por aquellas fechas, o poco después?

—Charlie le arregló el freno de la moto. Al día siguiente, Jonas me llevó hasta el lago.

— ¿Eso no fue el día del accidente? —quise saber.

—No. Fue antes.

— ¿Y no le pasaba nada a la moto?

Me empezaba a preguntar si Charlie Fortune no le habría hecho una chapuza; si le había hecho un apaño y por eso los frenos de Jonas no habían respondido.

Zoey negó con la cabeza.

—Hicimos una excursión hasta Hartmann, sin problemas. Fue un día perfecto.

Permanecí en silencio para darle tiempo a Zoey para que pudiera recordar todos los detalles de lo que ahora le parecía una versión del paraíso.

—Jonas me dijo que me quería —me confesó—. La primera y última vez. Estábamos sentados en el embarcadero con los pies en el agua fría. Hacía mucho calor.

Poco a poco las piezas de su rompecabezas empezaban a encajar de nuevo.

—Nunca se lo conté a nadie —susurró Zoey—. Por si no era verdad.

—Lo era —le dije—. Te quería de verdad.

Se obligó a regresar al presente, levantando la vista hacia mí en busca de más, pero yo ya me había pasado de la raya. Si no me andaba con cuidado, empezaría oír el batir de alas y Hunter se me echaría encima.

—Lo digo por la forma en que te miraba —tartamudeé; este y un par de tópicos más de novela barata.

—Da igual —volvió a decir con un suspiro, dándose por vencida y girando la silla en dirección a la casa. Vio a su madre, que la esperaba en la puerta cristalera—. Estoy cansada, Darina. Me tengo que ir.

—Vale. Te volveré a llamar

« ¡No te vayas! — pensé—. ¡Aún no hemos llegado a lo más importante!»

—Gracias por venir. Cuídate. —Se despidió de mí sin volverse a mirarme mientras cruzaba el patio.

« ¡Oh, no! ¿Qué hago? ¿Corro en su busca y le digo que lo que realmente necesito que recuerde es el accidente, que lo que quiero es ayudarla a limpiar el nombre de Jonas?» En teoría, sonaba bien, pero una simple ojeada a la cara pálida y desolada de Zoey me hizo cambiar de opinión. De todas maneras, la señora Bishop ya salía a su encuentro mientras se despedía de mí con la mano, un gesto amable pero firme.

Así que rodeé la casa a la carrera, crucé el mullido césped y me dirigí hacia la verja.

—Permíteme que lo haga yo.

El señor Bishop había salido como una exhalación de la casa para desactivar la alarma del panel de seguridad.

—Espero que tu visita no haya fatigado a Zoey —dijo.

—Hemos estado hablando —le conté—. Ha sido estupendo.

— ¿Te ha explicado que ya ha dado sus primeros pasos?

Asentí.

—Un milagro. Si la hubieras visto en el hospital hace tan solo tres meses, jamás habrías creído que pudiera progresar tan rápido.

—Son muy buenas noticias, señor Bishop.





Al tipo no le gustaba yo, lo que me hacía mostrarme súper amable. Tampoco él me gustaba a mí, con su suéter amarillo de golf y sus pantalones a cuadros.

—Ahora ya podemos mirar hacia delante —insistió mientras abría la verja y esperaba a que yo saliera—. Nos estamos centrando en el futuro, Darina, no en el pasado.

Me estremecí al ver a Jonas de pie bajo un arce, a unos cien metros carretera abajo, esperando a que yo saliera.

El pasado no desaparece porque así lo quieras. Vuelve volando hacia ti, te guste o no.

Capítulo 5

Cualquiera que hubiera visto a Jonas bajo ese árbol habría pensado una de estas dos cosas: o era un chico con problemas que necesitaba ayuda, o se trataba de alguien que era mejor evitar. O enfermo o peligroso, según donde procedieras. Nadie normal tendría un aspecto tan demacrado y preocupado.

— ¿Y bien? —me preguntó en cuanto pasé con el coche por delante del árbol.

—He visto a Zoey —dije con voz ahogada—. Hemos hablado.

— ¿Cómo está?

Sus ojos azules, hundidos en las cuencas, me suplicaban que le diera buenas noticias.

—Lo está haciendo muy bien. Y tiene cuanto necesita.

Jonas no podía poner fin a sus preguntas.

— ¿Va a hacerlo? Quiero decir, ¿va a volver al instituto, y a la universidad y toda la pesca?

— ¿Lo dices por si sufrió alguna lesión cerebral tras el accidente?

Pensándolo bien, Zoey había estado en coma durante seis semanas, lo que Dios sabe qué lesiones había llegado a producirle.

—Sí —respondió mientras volvía la cabeza para que no le viera, a la espera de mi

respuesta.

Por vez primera puede ver el tatuaje de las diminutas alas de ángel en el lado izquierdo del cuello, debajo de la oreja, medio oculto por el cabello rubio. Mi corazón se olvidó de latir y quise echarme a llorar.

En lugar de ello, traté de consolarlo.

—No soy una experta, Jonas, pero parece la misma Zoey de siempre, excepto por esa gran laguna en su memoria.

Continúo asintiendo.

— ¿La misma, en qué sentido?

Me esforcé por encontrar las palabras precisas.

—Aún quiere a esos dos caballos como si fueran sus hijos. Se somete a sus padres de forma demasiado respetuosa. ¡Ninguna novedad!

—Sí. Zoey solía ser muy conformista —convino Jonas con una sonrisa irónica. Se pasó los dedos por el pelo y descansó la mano sobre la marca de la muerte del cuello—. ¿Y ha dicho algo sobre mí?

Me sentí más que feliz de poder relatarle esa parte de mi conversación con Zoey.

—Me ha dicho que te quería.

Cerró los ojos y respiró hondo; parecía que sus hombros se hubieran quitado un peso de encima.

— ¿No me odia?

—Ni mucho menos. Ella me ha contado lo del día que fuisteis en moto hasta el lago y que tú le dijiste que le querías. Me ha dicho que fue un día perfecto.

—No me odia —repitió en un murmullo.

En ese preciso instante, pasó un vehículo y alivió la tensión. Miré de reojo y me di cuenta de que mi coche bloqueaba la carretera y tenía que apartarlo de allí.

— ¿Cuánto rato te puedes quedar? —le pregunté a Jonas—. ¿Te esperas aquí mientras aparco el coche?

—No puedo quedarme mucho tiempo. Hunter nos quiere a todos en el rancho a mediodía. Cree que habrá más problemas.

—De acuerdo, sube —le dije a Jonas, dispuesta a llevarlo a un lugar más tranquilo.

Conduje hasta las afueras del pueblo, y me detuve en un aparcamiento donde nadie podría vernos; un punto de observación con una perspectiva de Hartmann desde donde se veía el lago brillando a lo lejos. Jonas parecía contento de poder quedarse sentado un rato, simplemente mirando, y mientras él miraba yo aproveché la oportunidad de observarle en un espacio más reducido.

Hasta el día del accidente, yo tenía a Jonas Jonson por una persona afortunada, incluso bendecida. Para empezar, tenía aspecto de estrella de cine, con sus ojos azules y su pelo rubio, nariz recta y una frente amplia que le hacía parecer inteligente y no solo guapo, y unos labios que cualquier chica hubiera querido besar. Mejor aún, era un buen tipo que sabia divertirse.

«Hola, Darina, he oído lo de tu padre. —Se había interesado por mí cuando las cosas se pusieron feas en casa: cuando lo de la pelea por la otra mujer, cuando mi padre se marchó, cuando Laura tuvo que hacer frente al gran cataclismo. La mayoría de mis amigos no habían encontrado la manera de ofrecer sus condolencias, pero la reacción de Jonas había sido simple y amable—. Qué palo… Lo siento»

Después de eso, con el transcurso de los años hablamos de muchas cosas. No tantas como Logan y yo, porque Jonas vivía al otro lado del pueblo. Pero compartíamos aficiones en el instituto: a Jonas le gustaba tocar guitarra, y a mí también, aunque los dos sabíamos que nunca llegaríamos a ser estrellas de rock. Nos gustaba actuar en las obras del instituto y compartíamos la misma antipatía por *Il Duce*, el director Valentí.

Y, entonces, cuando cumplimos los dieciséis, llegó Jonas con su Harley Dyna: ese complemento monstruoso que, obviamente, le hacía parecer superguay. Iba en moto sin casco, el pelo rubio ondeando al viento, la cara y los brazos desnudos de un moreno dorado. Conducía a toda pastilla por las montañas, haciéndola rugir.

—Mira lo que he encontrado —le dije para intentar olvidar el tatuaje del ángel alado, aunque, ahora que me había percatado de él, no podía apartar la mirada, como si este arrastrara mis ojos hacia él. Saqué del bolsillo la hebilla de la Harley y la sostuve en la palma de la mano—. Estaba en el suelo del establo. Supongo que es tuya.

Jonas la cogió y le dio la vuelta mientras pasaba un dedo por la calavera plateada y la frase del logo.

—Quédatela —me dijo y me la entregó de nuevo—. Así tendrás algo que te recuerde a mí.

—¿Por qué estás tan triste? —Le pregunté—. Hemos obtenido algunas respuestas sobre el accidente. Zoey me ha dicho que Charlie Fortune te arregló los frenos de la moto.

—Es verdad, lo hizo.

—Creo que deberíamos investigarlo.

—Quizás. Pero recuerda que la policía ya investigó todo eso. Unos frenos en mal estado serían lo primero que buscarían.

Asentí.

— ¿Podría ser que funcionaran durante un tiempo después de que Charlie los arreglaba y luego de repente dejaran de hacerlo? Y que luego volvieran a funcionar cuando la policía los examinó.

— ¿Un fallo intermitente?

—Esa es la palabra: intermitente.

—Puedes hablar con Charlie —decidió Jonas. Salió del automóvil para estirar las piernas y me uní a él. Contemplamos el lago y la cadena montañosa que había más allá—. Es la primera ocasión que tengo para darte las gracias, Darina —musitó.

—No pasa nada.

—Te estás arriesgando mucho.

—Recuerda que también tengo mucho que ganar.

Jonas se giró hacia mí.

—Doce meses con Phoenix, ¿eh?

Me pareció un extraño comentario, por lo que hice caso omiso de la referencia temporal y volví a centrarme en la situación de Jonas.

—Entonces, después de que te volatilices y desaparezcas o lo que sea que hagas, iré hasta el local de Charlie Fortune y le haré unas preguntas para averiguar si Charlie tiene algo que ocultar.

—Ten cuidado, Darina.

La advertencia de Jonas empezó a dar vueltas en mi cabeza, al igual que el comentario de los doce meses.

—Y luego telefonearé a Zoey para quedar con ella de nuevo. ¿Sabes?, cada vez que hablamos parece tener menos lagunas. Dentro de poco sería capaz de recordar ese día y por qué se produjo el accidente.

—El martes de la semana que viene se cumplirá un año —Él hablaba de los suyo y yo de lo mió —Quedan diez días.

—Escúchame, Jonas. Estoy segura de que la clave de todo esto está en Zoey. Lo único que necesitamos es que recuerde.

—Solo me quedan diez días —me dijo.

Dejé de darle vueltas a mi idea y me centré en lo que Jonas estaba diciendo.

— ¿Qué pasa dentro de diez días?

De repente, Jonas se dio cuenta de que había algo importante que yo desconocía. Dudó y luego intentó quitarle importancia.

—Entremos en el coche y pongámonos en marcha.

— ¡No! ¿Qué quieres decir con que solo te quedan diez días?

—Esa fue la razón por la que Hunter te pidió ayuda —explicó lentamente— Mi estancia aquí es perecedera. Todos nosotros tenemos el mismo límite de tiempo. Las Almas Elegidas tenemos exactamente un año para averiguar la verdad de nuestra muerte y hacer justicia. No hay prórrogas ni segundas oportunidades.

— ¿Y luego qué? —pregunté, pero ya me temía la respuesta.

Sentí que la sangre dejaba de fluir por mi rostro y que las manos empezaban a temblarme.

—Nos retiramos y cedernos el testigo a otro.

— ¿Todos vosotros? —susurré, incapaz de asimilar la respuesta.

—Todos —insistió Jonas— Arizona, Summer, Phoenix y yo. No somos libres, no podemos elegir. Los muertos vivientes tienen un año de vida y luego desaparecen. Abandonamos el otro lado y regresamos a nuestras tumbas; fin de la historia.

ഗ്ഗ്ഗ്ഗ്ഗ്ഗ്ഗ

Con los nervios al borde del colapso, conduje en dirección al pueblo para pasarme al taller de Charlie Fortune. En una crisis como esa, había dado con algo que hacer, y me encuentro mucho mejor cuando ese algo implica conducir, no me preguntes por qué.

No me resultaba fácil dar con el taller, así que tuve que preguntar cómo ir hasta allí. La mujer de la lavandería señaló el toldo de una fábrica situada en una pequeña zona industrial.

—Gira a la izquierda al llegar allí y enseguida encontrarás el taller de Charlie.

Seguí las instrucciones y me detuve frente al escaparate de una sala de exposición y ventas con una reluciente Softail en el expositor: un gigante de metal, con los tubos de escape y las llantas plateadas, asiento de cuero pulido y manillares elevados. Fuera del edificio había seis o siete motos y dos tipos vestidos de moteros apoyados en una pared. Me miraron de mala manera, a mí y a mi coche destartalado.

Me armé de valor, pasé caminando por delante de ellos y atravesé una puerta lateral que conducía a un amplio espacio repleto de neumáticos y piezas de recambio. En un rincón del taller había un despacho pequeño del que colgaban los típicos calendarios y un tablón de anuncios con listas y facturas enganchadas en él. Sentado a un escritorio del despacho se hallaba en hermano de Matt Fortune, Charlie, que hablaba con un individuo del que solo veía el perfil, una versión añosa de Jonas a quien enseguida identifiqué como Bob Jonson.

Sabía que Charlie me había visto y que había optado por ignorarme.

— ¿Y por qué la Dyna está tan hecha polvo? —Le preguntaba a Bob— ¿Por dónde demonios la metes?

— ¿Por sitios que no veas —respondió el padre de Jonas avergonzado.

—Solo hace que la tienes… ¿cuánto?, ¿tres meses?

—Tres y medio. Tuve que ahorrar bastante.

—No la tratas como se merece. Esas nenas necesitan que las respetes de verdad.

Charlie se levantó y se dirigió al taller para comprobar los desconchones y abolladuras de la maltratada moto de Bob.

—Me la pegué en un camino en mal estado —explicó Bob, quien apenas me había reconocido, y siguió relatando su caso a Charlie—. Estábamos en Foxton, en el puente Government. Me metí en problemas.

— ¿Otra vez? —Charlie se acuclilló para estudiar la moto de cerca—. Dime, ¿Qué es lo que buscáis allí arriba?

—Nada. Solo vamos de caza.

Bob enmudeció y esperó impaciente a que Charlie fijara unos cuantos paneles de la carrocería y apretara algunos soportes.

—Eso no es lo que yo he oído —Charlie se incorporó—. He oído que unos cuantos de vosotros fuisteis hasta allí por todas las historias que pululan por el pueblo. Esas sobre okupas o lo que sea, en la cresta de Foxton.

—Puede —respondió Bob a regañadientes—. ¿Y qué?

—Pues que te metes en problemas y ninguno de vosotros cuenta qué tipo de problemas es. Y vuelves como si hubieras visto allá arriba algo muy desagradable. ¿Sabes lo que pienso?

Bob cruzó los brazos en el pecho.

—Adelante, Charlie, cuéntamelo.

—Que no son okupas. Todo ese asunto de los chicos, incluido tu hijo, Jonas, tiene a

todo el mundo muy asustado. Acabo de hablar con Matt para saber si realmente tiene tanta importancia.

De allí es de donde venía. Les gustara o no, esos tipos iban a dejarme meter baza en su conversación.

—Anoche vi a Matt en Foxton —los interrumpí—. Estaba allí pescando con Christian Oldman y un par de amigos.

—Maldita sea, ¡le dije que se mantuviera alejado de allí! —Charlie cogió su móvil, pero, antes de marcar el número de Matt, volvió a dirigirse a Bob una vez más—. El problema es Foxton ¿verdad?

—Algo pasa allí—confesó Bob—. No es lógico que unos cuantos tipos normales y corrientes como yo vayan hasta allí a echar un vistazo, sin hacer nada en concreto, y que todos sintamos lo mismo.

— ¿El qué? —quiso saber Charlie.

—Cosas raras. Notamos la presencia del viento, como si se avecinara una tormenta, pero no hay nubes en el cielo. Yo lo identifico como un sonido semejante a una bandada de pájaros agrupándose, que te obliga a retroceder, que te prohíbe seguir adelante.

— ¿Alas? —preguntó Charlie.

Me quede paralizada, incapaz de interrumpir la conversación y casi esperando ver a una de las calaveras de los muertos vivientes materializarse ante mí.

—Lo sé, no da la impresión de que una bandada de pájaros invisibles pudieran obligarte a alejarte de un lugar. Pero te digo una cosa, Charlie, te juro que también vi cosas. Subía con la moto por un camino lleno de baches y vi a una mujer con un bebé, allí afuera, en medio de la nada.

— ¿Estaba sola?

Bob asintió.

—Y luego toda esa mierda extraña. Las sombras empezaron a moverse y a acercarse, y las alas a hacer que se levantara el viento. Note como si unas caras se abalanzaran sobre mí, así que salí de allí pitando como alma que lleva el diablo.

Tragué saliva, quería detener la confesión interminable de Bob, pero no sabía cómo. Por suerte, Charlie lo hizo por mí.

—Amigo, será mejor que te visite alguien. Cuéntale a un loquero lo de la muerte de tu hijo. Lo siento mucho, Bob, pero creo que eso es lo mejor que puedes hacer.

Bob negó con la cabeza.

—No soy el único. Cuando volvimos al pueblo, todos los hombres contaron la misma historia: las sombras, las caras y todos los demás. Necesitamos una explicación, y no vamos a para hasta que la obtengamos. Por eso cuatro de nosotros tenemos pensado volver allí esta noche.

Quise protestar, pero Charlie restó importancia a su comentario y marcó el número de su hermano.

—Quiero que me hagas un favor —musitó a Bob mientras esperaba a que Matt respondiera su llamada—. La próxima vez que vayas a Foxton, apiádate de Harley y coge la vieja Kawasaki.

ଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓ

—Eh, Darina, ¿te vienes luego a nadar?

Lo que me faltaba; Brandon Rohr se había unido a los tipos que permanecían fuera del taller de Charlie Fortune. Me lo preguntó mientras me dirigía hacia mi coche. Entre bromas, contó a sus amigos como estuve a punto de morir ahogada y no pasó por alto ni el más mínimo detallo del remojón.

— ¿Qué le ha pasado a tu coche? —preguntó en cuanto dejaron de reírse y se

encaramaron en sus motos, cabiendo rugir sus motores, para largarse de allí a toda pastilla.

—Se le ha caído el guardabarros —contesté—. ¿Qué opinas?

—Charlie no arregla coches —respondió Brandon con voz pausada—. Solo motos.

—Sí, lo acabo de averiguar.

«Lárgate, Brandon. Déjame sola.» Tenía que advertirle a Phoenix sobre lo que había oído en la boca de Bob Jonson.

—¿Y como sucedió? —me preguntó, esta vez en un tono más grave—. ¿A quién le diste?

—A Logan Lavelle. —Aunque intentaba mostrarme serena con Brandon, por dentro me moría de ganas de irme de allí—. Es un compañero de clase. Buen tío.

Sin prisas, Brando dio una vuelta al coche y luego le dio una patada a la abolladura donde debería haber estado el guardabarros caído.

—Esta porquería se está cayendo a pedazos.

—Dímelo a mí.

Me metí de un salto y accioné la llave de contacto.

Brandon me interceptó el paso.

—A Phoenix no le gustaba que condujeras este cacharro. Decía que podías llevar un coche nuevo.

Me mordí el labio, sorprendida de que Phoenix hubiera hablado alguna vez de mí a su

hermano, y doblemente sorprendida de que Brandon recordara la conversación.

—Y tenía razón —gruñó Brandon.

—Sí, claro, cuando me toque la lotería. —Moví el coche hacia delante—. Hasta entonces, no me queda otra que esto o ir andando.

Mi máxima prioridad, muy por encima de cualquier charla sobre cambiar de vehículo, era encontrar a Phoenix antes de que Bob Jonson y sus amigos emprendieran la búsqueda.

—Apártate de mi camino, Brandon. Tengo que irme.

— ¿A qué van tantas prisas? —Preguntó, y se inclinó a través de la ventanilla del lado del pasajero—. Intenta conducir reduciendo la velocidad, ¿de acuerdo? De esa forma es menos probable que te metas en líos.

—Gracias por la advertencia de seguridad vial. En serio, ¡tengo que irme ahora mismo!

Curvó hacia abajo las comisuras de los labios, un gesto que me recordó a Phoenix, su carnoso labio superior y la leve desviación de un lado de la boca.

— ¿Por qué no me dejas que dé unas cuantas voces para encontrar un coche nuevo?

Mientras golpeaba el volante con los puños, le di tres razones por las que no hacerlo, las primeras que se me pasaron por la cabeza.

—Porque no tengo dinero; estoy sin blanca. Porque no tengo un empleo con que pagar los plazos. Y porque mis padres no pueden permitírselo.

— ¿Quién ha hablado de dinero? —preguntó con voz cansina, aún apoyado en mi coche—. Conozco a mucha gente con un montón de vehículos ocupando espacio en su garaje.





—No te molestes en hacer algo por mí —protesté.

Los motivos ocultos y los pensamientos desagradables sobre Brandon empezaban a darme vueltas en la cabeza.

— ¿Por qué no?

— ¡Porque no!

— ¿Ni siquiera aunque Phoenix me lo hubiera pedido? —Esperó a ver la expresión estupefacta de mi rostro y luego se incorporó y dio tres golpes con la palma encima del techo del vehículo—. Conduce con cuidado, Darina —dijo, y se despidió con un gesto de la mano.

ଓଷଓଷଓଷଓଷଓଷଓଷଓଷଓ

En cuanto me detuve ante el semáforo de Centenal, recordé que había más de una carretera que llevaba a Foxton, y decidí no tomar la autopista.

Era muy importante que llegara a la cresta sin que me viera Logan y ni sus colegas de pesca, y sin que me tropezara con Bob Jonson y los demás. Si tomaba la carretera secundaria los evitaría, y puede que hasta llegara antes.

Así que giré a la izquierda del semáforo y seguí por un estrecho sendero, pasé muy cerca de la gigantesca cruz de neón, que sobresalía por encima de la cresta de Turkey Shoot, y llegué a la curva donde Jonas y Zoey habían sufrido en accidente. Había un recodo en el camino entre rocas escarpadas y tenebrosas, pero, por lo que veía en esos momentos, no había peligro alguno a la vista. Seguí conduciendo hacia la cima de las montañas a través de luz rosada de la puesta de sol.

Carretera arriba me crucé con un jeep aparcado bajo unas secuoyas y con dos hombres vestidos con camisas a cuadros que bebían cerveza de lata. Tenían unos rifles apoyados en la parte trasera del vehículo.

— ¡Hola! —El tipo con barba me paro haciéndome señas—. ¿Has visto algún alce por aquí?

Negué con la cabeza y comprobé su matrícula; me sentí aliviada al ver que pertenecía a otro estado. Lo más probable era que no supieran nada de cuanto acontecía en Foxton.

— ¿Has visto muchos ciervos por esta zona? —preguntó el otro hombre.

Sonreí abiertamente y señalé en la dirección por donde acababa de venir.

—Sí, hay bastantes allí abajo, por Turkey Shoot.

— ¿Cuántos?

—Diez, puede que once. En un prado que hay tras la cresta de la montaña.

Era mentira. No había visto nada. Sin embargo, me gustaban mucho más los ciervos gráciles y de ojos marrones que los cazadores palurdos y barrigones.

Me dieron las gracias, se tragaron lo que les quedaba de cerveza, tiraron las latas por ahí y arrojaron las armas en la parte trasera del jeep.

Satisfecha, retomé mi camino montaña arriba sin ver a nadie más hasta que llegué al final del sendero.

«Y ahora, ¿Qué?» Jamás había llegado tan lejos por esa carretera secundaria y tuve que apearme del coche para descubrir lo cerca de Foxton que me había llevado esa ruta. Al mirar hacia abajo desde el punto más alto divisé el río que serpenteaba a través del valle y las viejas cabañas de pescadores que bordeaban la orilla. Bastante más lejos aún, se hallaba el pequeño racimo de casas en el cruce de carreteras, y encima de la cresta que tenía enfrente estaba la formación rocosa que me había mostrado Phoenix llamada la Roca del Ángel.

«Estoy cerca, pero no lo bastante», pensé. Para llegar a la casa de Hunter, tenía que atravesar esa nueva cresta y acercarme al rancho desde la dirección contrario a la ruta que yo solía tomar; es decir, una caminata de unos treinta minutos. Una vez más, me mantendría fuera de la vista y sabía que no detectarían mi presencia, ni Bob ni los otros hombres del pueblo, antes de lograr dar con Phoenix. Además, lograría alcanzar la casa

antes del anochecer y, con un poco de suerte, mi advertencia llegaría a tiempo.

Me puse en marcha en dirección oeste acortando por la maleza, a través de yucas y salvias, mientras la gravilla suelta y crujía al caminar, y con los cinco sentidos pendientes del punto de referencia de la Roca del Ángel. Enseguida empecé a sudar debido al calor, así que me quité la chaqueta y me la anudé alrededor de la cintura, agradecida por la brisa que soplada de Amos Peak, a lo lejos.

Transcurrieron quince minutos. La negra silueta de la Roca del Ángel emergió de repente contra una roja puesta de sol. Me detuve a enjuagarme las mejillas con el dorso de la mano, deseando tener a Phoenix al alcance de la vista y repasando lo que diria. «Tenemos más problemas. Los hombres del pueblo se dirigen hacia aquí. Estad preparados.»

Las Almas Elegidas se alegrarían de verme. Les demostraría que era digna de confianza.

No obstante, a medida que caminaba, se levantó un viento que me enlentecía la marcha. Me agitaba la camisa y tironeaba de la chaqueta que llevaba atada alrededor de la cintura. La ventolera me arrojaba polvo a la cara. Avanzaba con dificultad.

Después, al llegar a la Roca del Ángel, el viento se convirtió en algo más, más feroz y más fuerte, y trajo consigo un estrépito de alas que se abalanzaron sobre mí, obligándome a agazaparme en las profundas sombras de la roca.

— ¡Basta! —grité—. No me apartéis del camino. Estoy aquí para ayudar.

Las alas ahogaron mi voz, crecieron hasta convertirse en una oleada de sonido, que me asfixió y me arrojó al suelo.

Caí sobre el estómago, con la cara de lado, por lo que vi el sol desaparecer, la oscuridad cayó como un manto sobre la cresta. Entonces fue cuando realmente me asusté, pero no podía echarme atrás ni tampoco salir corriendo.

«Hazle frente —me dije a mí misma—. Ya te ha pasado antes: las alas, el campo de fuerza que te obliga a retroceder. En esta ocasión sabes a lo que te enfrentas.»

Me puse de pie y empecé a avanzar dando tumbos por el valle, sin la esperanza de encontrar otro punto de referencia o un lugar al que encaminarme, al menos no entre las sombras negras de la pendiente de la montaña. Así que me deslicé por ella; me agarraba a los arbustos, me golpeaba las espinillas con un árbol caído, pugnaba por respirar y seguía avanzando.

El corazón me latía desbocado mientras el viento que las alas levantaban me azotaba en todo el cuerpo. Me quede sin aliento, estaba aterrorizada, a punto de ser derrotada. «¿Por qué me hacéis esto a mí?», pregunté agazapada, al abrigo de una alta roca.

Detecté un movimiento por encima de la cabeza y alcé la vista para ver uno de esos rostros cadavéricos con sendos agujeros negros donde deberían haber estado los ojos, de cabeza abombada y sonrisa agónica, que se abatía y se abalanzada directamente sobre mí, primero uno, luego otro y otro más, hasta que me llevé las manos a la cabeza y me puse a gritar como había hecho la ocasión anterior.

Unas fuertes manos me alzaron. Me revolví, pateé y me liberé en medio de la oscuridad mientras oía unas pisadas que me seguían. Me dieron alcance y de nuevo me agarraron con brutalidad.

— ¡Basta! —Grité mientras me daba la vuelta, sorprendida al ver que quien me tenía sujeta era la madre del bebé, una de las muertas vivientes de Hunter—. No hagas eso. ¡Sabes quien soy! —chillé.

Sin soltarme del brazo, me arrastró hasta la montaña con el pelo enredado en la cara y sus rasgos desdibujados en las sombras. Las alas resonaban igual de alto que siempre, las calaveras siguieron suspendidas en el aire.

Grité y forcejeé, temerosa de no poder llegar hasta Phoenix y sufrir el último castigo: que me enviaran de vuelta con la mente vacía de todo cuanto había sucedido.

— ¡No! —supliqué—. Tengo que hablar con Phoenix. Él hará que lo entiendas.

Al oírme decir su nombre, la mujer me soltó del brazo en el acto y retrocedió.

Me desplomé en la tierra y, al alzar la mirada de nuevo, vi a Phoenix, lejos de la oscuridad, observándome desde arriba.

—Darina. —Sus brazos me ayudaron a incorporarme delicadamente—. Estoy aquí —dijo para tranquilizarme—. Ven conmigo. Tómate el tiempo que necesites.

Hizo que las alas se detuvieran y alejó a la muerta viviente y a las calaveras. Mientras me conducía colina abajo me lo contó todo, y mi corazón brincó de alegría al verle de nuevo.

—Hunter nos puso sobre aviso en cuanto el sol empezó a ocultarse. Ordenó a Eve venir hasta aquí para proteger la frontera este.

— ¡Los hombres del pueblo van a volver!

Hablaba sin aliento, entre sonoros sollozos con los que me atragantaba. Me alegré al ver una lejana luz amarillenta, lo que indicaba que nos hallábamos muy cerca del rancho.

—No hables ahora. Espera a que entremos a la casa —Phoenix me guió a través de la oscuridad hasta los escalones de madera de la entrada de la vieja casona—. ¿Quiénes? —preguntó en cuanto cerró la puerta.

—El padre de Jonas y unos cuantos más. No piensan para hasta que averigüen lo que pasa.

Asintió.

—Hunter dijo que regresarían. Por eso nos aviso. ¿Cuántos son?, ¿lo sabes?

—No exactamente —Contuve el aliento y me arremangué las perneras de los vaqueros. Tenía un corte sangrante en la espinilla, allí donde me había golpeado contra un tronco —Quizás unos cuatro o cinco. De todas maneras, no son tantos como la última vez. ¿Por qué Eve hizo que las alas me atacaran?

Phoenix me obligó a sentarme en la vieja mecedora y luego se acercó hasta la pila para traerme una palangana con agua fría y una toalla limpia.

—Lo tenemos todo dispuesto de manera que nadie pueda pasar. Eve oyó un vehículo a lo lejos y, automáticamente, levantó la barrera. Lamento que te hayas hecho daño.

—No es nada.

Di un respingo en cuanto Phoenix me retiró la sangre de la herida. Al limpiarme la pierna, reaparecieron unos diminutos puntos rojos que comenzaron a agruparse para, lentamente, deslizarse por mi tobillo. Hice una mueca y eché un vistazo a la vivienda vacía.

—¿Dónde están todos?

—Fuera de los límites, montando guardia. Apriétate fuerte con esta toalla, aquí. Eso detendrá la hemorragia.

—¿Por qué? ¿Adónde vas?

—A ninguna parte. Tengo que hablar con Jonas. Espera.

Vi a Phoenix de pie junto a la ventana, con los párpados semicerrados y una mirada de intensa concentración en el rostro.

—Eh, Jonas, soy Phoenix. ¿Cómo lo llevas colega?

—Bien —La respuestas se oyó tan nítida como si Jonas estuviera en la habitación.

Mira a mi alrededor alocadamente, preguntándome que era lo que pasaba.

— ¿Dónde estás?

—En lo alto del tanque de agua. ¿Dónde estás tú?

—En la casa.

— ¿Quién está contigo? Oigo a alguien en la habitación.

—Es Darina. Por eso quería hablar contigo. Dice que tu padre viene hacia aquí con unos cuantos hombres. ¿Has oído desde ahí arriba algo que te llame la atención?

—Negativo —No obstante, Jonas parecía preocupado—. ¿Cómo está Darina? ¿Se encuentra bien?

—Sí, perfectamente. Eve no la reconoció en la oscuridad. Le ha hecho pasar un mal rato. Escúchame, Jonas, tienes que decirle a Hunter lo que pasa con tu padre y los demás. Vendrán desde Foxton, así que es necesario que todos ocupen sus posiciones de inmediato.

—De acuerdo, déjamelo a mí.

—Y si te tropiezas con tu padre, no te metas. Deja que los otros hagan el trabajo por ti.

—Sí, está bien. —La voz de Jonas empezó a desvanecerse a medida que Phoenix se relajaba y se alejaba de la ventana—. Gracias, Phoenix. Nos vemos.

—Hasta la vista, colega —murmuró.

—¿Cómo has hecho eso? —le pregunté entre asustada y estupefacta.

— ¿Hacer qué?

—Hablar con un tío a un kilómetro de distancia y hacer que suene como si estuviera en esta misma habitación.

Phoenix sonrió.

—Nosotros lo oímos todo, recuérdalo.

 

—Sí, pero ¿cómo lo haces para que yo también pueda oírlo?

—He subido el volumen para ti, como si estuviéramos hablando con un manos libres. Hubiera sido una falta de educación mantenerte al margen de la conversación.

— ¿Así de fácil? —Me relaje y esbocé una sonrisa—. Eres consiente de lo extraño que es todo para mí, ¿verdad?

Phoenix sonrió aún más y me arrastró de la silla donde me había sentado hasta el suelo, donde nos sentamos con las piernas cruzadas, cara a cara, lo bastante cerca para con solo inclinarnos hacia delante intercambiar unos besos suaves y tiernos.

— ¿Quién te ha contado de Bob y los suyos van a intentarlo de nuevo?

—Lo hizo el mismo —le explique—. Yo estaba en el taller de Charlie Fortune intentando averiguar algo más sobre el accidente de Jonas. El padre de Jonas estaba allí, contándole a Charlie su plan. Lo que me apartó de mi primera intención, así que no tuve la oportunidad de interrogar a Charlie sobre la reparación que hizo a la Dyna de Jonas. En vez de eso, me dirigí hasta aquí. Pero no sin antes quitarme de encima a tu hermano mayor. Hizo todo lo que pudo por retenerme, como siempre.

Phoenix ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Has hablado con Brandon?

—No pasa nada. Se ha portado muy bien conmigo, después del funeral. —Le expliqué a Phoenix lo de mi imprudente zambullida en el río y como su hermano me había rescatado—. Ahora quiere buscarme un coche.

Phoenix asintió lentamente.

— ¿Estás de acuerdo en eso? —le pregunté—. Supongo que es la manera que tiene Brandon de hacer algo por mí, como tú le pediste.





— ¿Eso te dijo?

Phoenix parecía sorprendido… y un poco nervioso.

—Sí. Dijo que habías hablado con él antes de perder la conciencia. Que le pediste que cuidara de mí.

—No lo recuerdo. —Frunció el ceño y luego me cogió las manos entre las suyas—. Me parece genial. Tú necesitas la ayuda de alguien, y Brandon no se achanta ante nadie. Deja que siga adelante y te encuentre un coche.

—Me da igual si lo consigue o no —Acaricié la parte interna de las muñecas de Phoenix con suavidad y luego recorrí con mis manos sus brazos y la curva de sus bicepses hasta que mis dedos se detuvieron en sus hombros—. ¿No te parecería estupendo vivir aquí, en esta casa, tú y yo solos?

—Sí, con un fuego en la chimenea y una luz brillando junto a la ventana. Que cursi, ¿no?

Phoenix cerró sus ojos y sonrió. Se inclinó hacia delante y su mejilla tocó la mía, y sentí un hormigueo al entrar en contacto con su piel.

—Traeríamos agua del arroyo, tú cortarías la leña y yo hornearía el pan, como en los tiempos de Hunter.

Bastante cursi, pero una chica del siglo XXI tiene derecho a soñar con un hogar en una tierra sin colonizar.

—Oye, ¿Hunter estuvo casado antes de… antes de que le dispararan?

Me eché hacia atrás a la espera de su respuesta.

Phoenix asintió.

—Por eso le dispararon. Él vivía aquí con su mujer, Marie. Pasaron aquí seis inviernos, levantando esta casa y cuidando ganado. Entonces un vecino de Foxton empezó a darles problemas. Un tío llamado Meter Mentone. Le hizo una visita a Marie con una sola idea en mente.

—No me lo digas.

Me pasaron por la cabeza las imágenes de Laura cuando encontró a mi padre con Karli Hamilton: gritos y llantos, una ira brutal, un feo secreto sexual, y dolor.

—Según cuenta Hunter, Marie no estaba interesada en Mentone, y cuando Hunter llego a casa por sorpresa se la encontró forcejeando con él. Hunter se volvió loco y atacó al tipo con las manos. Mentone tenía un arma.

Negué con la cabeza y me estremecí.

—Así que ahora tengo que sentir lástima por Hunter —suspiré—. Quién lo hubiera dicho.

—Ven aquí —Phoenix me atrajo hacia sí y el hormigueo se transformó en un estremecimiento de deseo—. Sería un sueño… tú y yo, viviendo juntos, las veinticuatro horas del día, para siempre. ¿Qué tal suena eso?

—Como el paraíso —susurré.

El «para siempre» pareció resonar en toda la estancia.

Me besó y me fundí en él, extasiada por la intimidad, las yemas de mis dedos en sus frías mejillas, sus brazos a mi alrededor.

—Respóndeme a una pregunta. —No me moví, las palabras surgieron entrecortadas y chocaron contra sus labios—. ¿Es verdad lo que Jonas me contó? ¿Qué la Almas Elegidas no pueden quedarse para siempre?

Phoenix permaneció impasible. Demasiada impasible.

—No me obligues a contestarte, Darina.

—Jonas dijo un año. —Phoenix estaba tan cerca de mi que veía sus ojos borrosos, las pestañas oscuras se curvaron hacia abajo cuando sus parpados se cerraron. «Es mejor saberlo que no saberlo», dijo una voz masculina dentro de mi cabeza—. ¿Es verdad?

—Doce meses enteros —murmuró a la par que habría los ojos—. Voy a estar contigo durante mucho tiempo.

—Pero no es suficiente —susurré—. No es para siempre.



Capítulo 6

Hunter, suponía que los moteros, llegarían por la ruta acostumbrada. Por eso, había apostado a la mayoría de sus centinelas en lo alto del tanque de agua, y encargado a Eve y a Phoenix, vigilar la zona Este, desde el páramo.

Sin embargo, en esos momentos, Phoenix, estaba conmigo en la casa, y había dejado a Eve, sola, en lo alto de la Roca del Ángel, cuando Bob Jonson y los suyos, la sorprendieron.

Phoenix, oyó el rugir de sus motores y llamó a Summer y a Hunter, para que bajaran de Foxton, y se dirigieran a la Roca del Ángel.

—Esos tipos vienen campo traviesa —explicó—. Eve, ha podido interceptar el paso a algunos, pero no a todos.

En ese instante, hasta yo pude oír las motos. También vi los haces de luz brillante de sus faros, barriendo las laderas.

— ¿Te quedarás aquí conmigo? —le pregunté a Phoenix.

Asintió.

—No podemos arriesgarnos, a que te encuentren. Apaga las luces de la cocina y ve arriba.

Subimos con sigilo hasta el piso de arriba y nos metimos en el único dormitorio, que había en la casa, el que Hunter había compartido con su esposa, Marie. Corrimos las cortinas, nos cogimos de las manos, nos pegamos a la pared y contuvimos el aliento.

Fuera, los haces de luz cruzaban la cresta de lado a lado. Imaginé a las Almas Elegidas, repeliendo a los motoristas a medida que estos se acercaban, enloqueciéndolos con el ruido de las alas y la visión de las calaveras, enviándolos por donde habían venido.

—Lo estamos haciendo bien —informó Phoenix, mientras escuchaba los mensajes, que yo no podía oír—. Hunter y Summer, están allí arriba con Eve. Como mínimo, dos ya han dado la vuelta.

Asentí. Me sentía inusitadamente tranquila, en compañía de Phoenix, como sí él fuera mi escudo mágico e impenetrable.

—Sin embargo, hay uno que les está dando problemas —añadió Phoenix, que seguía escuchando atentamente—. No saben quién es. Viste de oscuro y lleva casco. Va en una moto que no habían visto antes.

Oí el chirrido de un motor, que aceleraba a lo largo de la cresta. Después, el motorista giró, en dirección al tanque de agua y dirigió la moto valle abajo, con los faros vibrando, por encima de la tierra escarpada mientras se acercaba a toda velocidad.

—Ha logrado pasar por delante de Eve —murmuró Phoenix, al tiempo que me soltaba de la mano y echaba un vistazo entre las cortinas.

La moto se acercó a la casa, zigzagueando alocadamente entre los peñascos, lo bastante cerca, para distinguir a su oscuro motorista y el destello de su visera.

— ¡Quédate donde estás! —Ordenó Phoenix—. ¡No te muevas!

Le vi correr por toda la habitación y le oí bajar las escaleras de dos en dos. Me acerqué sigilosamente hasta la ventana y eché un vistazo hacia abajo, y oí a Phoenix, maldecir a través de la puerta en el instante, en que el motorista frenaba y arrojaba su moto al suelo.

Le vi quitarse el casco, bajo la luz de la luna. Era el padre de Phoenix se ocultó bajo la sombra de la vivienda, observando cautelosamente a, la espera de que Bob Jonson, hiciera su siguiente movimiento.

Jonson, lanzó el casco a un lado. Supo que había alguien agazapado entre las sombras del porche, pero no podía ver quién era, así que, decidió quedarse donde estaba con las piernas abiertas como un pistolero a la expectativa.

—Sal de ahí—ordenó—. O entraré yo. Tú eliges.

Contuve el aliento, y me pregunté cuál sería el próximo movimiento de Phoenix, consciente, de lo desesperado que debía de estar Bob Jonson, para ignorar las advertencias sobrenaturales de la Roca del Ángel y hacer, lo que ninguno de sus amigos moteros, había tenido agallas de hacer.

—De acuerdo, voy a por ti —advirtió.

Dio un paso premeditado hacia las sombras.

Cuando Phoenix, salió de su escondite, supe que lo hacía para protegerme. De ninguna manera, habría permitido que Jonson, me encontrara en la casa. Se quedó bajo la luz de la luna, cara a cara.

No sucedió nada durante unos segundos. El cerebro de Bob Jonson, se tomó su tiempo para procesar, lo que estaba viendo. Un chaval de pelo oscuro, con el rostro pálido, bajo la luz de la luna y carente de expresión. En ese momento la cara iracunda y suspicaz de Jonson, se transformó. El ceño se frunció, la boca se le aflojó cuando tomó una profunda bocanada de aire y murmuró una sola palabra: «Phoenix».

Phoenix, parpadeó. Hizo que las alas batieran más alto y con más fuerza, lo que provocó, que se levantara en el patio un remolino de tierra, que obligó al intruso a llevarse las manos a los ojos.

«Retrocede Bob. ¡Lárgate de aquí!», le ordenó en silencio, desde la ventana del dormitorio.

—Dijeron que habías muerto —afirmó Jonson, con un inaudible gruñido—. Hasta te despidieron con un funeral.

Phoenix, seguía sin decir nada. Empleaba todo su poder, en obligar a Jonson, a retroceder, igual que Eve, había hecho antes con él. Sin embargo, yo sabía, que a Bob Jonson, le traía sin cuidado, vivir o morir. No parecía tener miedo a nada.

— ¿Qué demonios está pasando? —masculló, mientras estrechaba el espacio entre Phoenix, y él—. Si estás vivo, quién sabe, a lo mejor mi Jonas, también lo está.

«Habla con él, Phoenix. Quítatelo de encima» —pensé, y aparté la cortina, para poder ver mejor.

Jonson, se percató del movimiento, con el rabillo del ojo. Alzó la vista y vio mi rostro; me reconoció al instante.

—¡Darina, baja aquí inmediatamente! —gritó.

Se me revolvió el estómago, mientras me apartaba de su campo de visión.

Oí un grito; Jonson, aulló mi nombre otra vez más y luego forcejeó con Phoenix.

—Retrocede, voy armado —advirtió.

Después, se hizo el silencio.

Me quedé inmóvil y oí unas pisadas en el porche de madera y un golpe seco; sonó como si Jonson, hubiera apartado a Phoenix, de un empujón.

Y eso fue lo que pasó. Abandoné mi escondite y me precipité escaleras abajo, donde encontré a Phoenix, forcejeando con Jonson, para impedirle que franqueara la puerta, mientras este blandía un arma frente a su cara.

—Juro que dispararé -nos amenazó.

— ¡Apártate de ahí, Darina!

Phoenix, se arrojó sobre Jonson, e intentó arrebatarle, el arma. La mecedora se rompió, al chocar contra la vieja cocina y los dos cayeron al suelo.

Jonson, disparó una vez. Un sonido semejante a un pequeño chasquido, no como la detonación que yo imaginaba oír. ¿Y qué fue lo que hizo la estúpida de Darina? Echar a correr hacia el tipo del arma, para salvar la vida de su novio que ya estaba muerto. Eso hizo.

Hubo un segundo disparo antes, de que por fin Phoenix, consiguiera hacerse con el arma y entregármela para poder, una vez libre de trabas, reducir a Jonson. Las manos me temblaron al sentir el frío acero, sin embargo logré apuntar la pistola, a la cabeza de Jonson.

Alzó la vista hacia mí, completamente tranquilo, a la espera de que yo disparara.

—Levántate, pero no hagas ningún otro movimiento —le ordenó Phoenix, mientras lo alzaba por la pechera, de su cazadora de piel de oveja.

Seguí apuntando el arma temblorosa. ¿Qué estaba haciendo? No había cogido un arma en toda mi vida.

—No mires a Darina, mírame a mí —le dijo Phoenix, en voz baja—. ¡Te he dicho que no la mires!

Los ojos de Jonson, parpadearon en mi dirección, para sopesar si sería capaz o no de apretar el gatillo.

—Esto es lo que va a pasar —siguió hablando Phoenix, quien aún, sostenía a Jonson y lo arrastraba hacia la puerta de la cocina. Fuera, todavía se levantaba un remolino de tierra y millones de alas, se agitaban con gran revuelo—. Vas a ir a recoger tu moto y la vas a poner en marcha. Y te vas a largar de aquí inmediatamente.

—Yo no me voy —replicó Jonson—. Quiero respuestas. Que me cuentes lo que pasó. ¿Dónde está mi hijo?

—Te vas alargar de aquí, sin mirar atrás —repitió Phoenix, lentamente—. Ahora, voy a hacer algo, que no te va a sentar nada bien, Bob. Te parecerá, que alguien te haya golpeado con fuerza, en la cabeza.

—¡Quítame las manos de encima!

Jonson, comenzó a forcejear una vez más, aún cuando yo le seguía apuntando con el arma.

«Solo, con que apretara el gatillo...»

«Confía en mí, Darina», dijo la voz de Phoenix, aunque ni abrió la boca, ni se oyó sonido alguno.

—Voy a hacerlo ahora —le dijo Phoenix, a Jonson—. Voy a eliminar de tu memoria, lo que ha ocurrido aquí; absolutamente todo.
Como ya te he explicado, te dolerá la cabeza, aunque no recordarás nada.
Jonson, se puso frenético y volvió a forcejear.

—No dices más que locuras. ¡Todo esto es una locura!

Phoenix, era bastante más fuerte. Obligó a Jonson, a salir al patio de tierra y llegar hasta la maleza junto a la camioneta oxidada.

Jonson, logró incorporarse a medias y se acuclilló, dispuesto a lanzarse sobre Phoenix, cuando este se concentró y llevó a cabo un borrado zombi. El ataque hipnótico a la memoria de Jonson, hizo que este cayera de espaldas a tierra, retorciéndose de dolor y rodando por el suelo. Para alejarse de su atacante, sin que ni siquiera este hubiera levantado un dedo. Y una vez más, ¡zap! y las alas aletearon más fuerte, envolviendo la moto, la furgoneta y a nosotros en una espesa capa de polvo blanco.

ଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃ

Después de que Bob Jonson, se pusiera el casco y se alejara en moto de allí, Phoenix, me apartó con delicadeza, los dedos del arma. Se la guardó en el bolsillo y me rodeó con sus brazos. Permanecimos bajo la luz de la luna, a la espera de que todo volviera a la normalidad.

—Hunter, regresará enseguida —murmuró—. El padre de Jonas, ha sido el último en marcharse. El resto hace rato que lo ha hecho.

—Oh, Dios, Phoenix, ¿qué me está pasando?

Apenas podía creer que realmente hubiera encañonado un arma y hubiera pensado en apretar el gatillo.

—Te has asustado, cuando has oído que iba armado —respondió.

—He sido una estúpida, por dejar que me viera —repliqué—. No he hecho, más que empeorar las cosas. Aparte, de estar dispuesta a disparara un hombre.

—No seas tan dura contigo misma. —Phoenix, me observó con severidad intentando convencerme—. Todo ha salido bien. Jonson, regresará al pueblo y no recordará nada de lo sucedido, desde que bajó en moto por la cresta, hasta el momento en que volvió a tomar la carretera de Ellerton.

— ¿Estás seguro?

A pesar, de que todavía me abrazaba yo seguía temblando.

—Del todo. —Se echó hacia atrás y me miró fijamente a los ojos—. Ya viene Hunter —me advirtió sin girarse.

Me puse de puntillas, para echar un vistazo por encima de su hombro. Así era: Hunter, Jonas, Summer, Arizona y Eve, atravesaban el prado, de la parte trasera del establo, mientras la hierba plateada les rozaba las piernas, a medida que se acercaban lentamente hacia nosotros. Parecían agotados.

— ¿Estamos a salvo? —preguntó Phoenix, al tiempo que me soltaba y se ponía junto a mí.

Hunter asintió.

—He dejado a Donna, a cargo del bebé en el granero. El Hombre de Hielo, está bajando por la Roca de las Doce en Punto.

Cuando terminó de hablar, se apoyó cansinamente contra la camioneta.

— ¿A cuántos hemos borrado la memoria? —preguntó Arizona, sentada en un escalón del porche.

—Solo a uno; al padre de Jonas —dijo Hunter, con un suspiro, la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados—. Gracias a Darina y al hecho, de que es incapaz de acatar una orden.

—Ya te advertí de cómo es —le recordó Arizona—. Eh, Phoenix, ¿le has contado a tu novia, que cada vez que tenemos que borrar la memoria de alguien, eso debilita a todo el grupo? No, supongo que no lo has hecho.

— ¿Qué quiere decir? —le pregunté a Phoenix.

—Nos debilitamos. Controlar de esa manera la mente de una persona, nos hace consumir mucha energía, así que perdemos fuerza, nuestro oído no es tan agudo... cosas así.

—No me había dado cuenta —susurré.

Summer, dio un paso adelante y me obsequió con una de sus sonrisas especiales.

—No te preocupes, Darina. Recuperaremos nuestros poderes en cuanto durmamos.

—Eh, Hombre de Hielo, ¿qué tal te ha ido en la Roca de las Doce en Punto? —preguntó Eve, al recién llegado que acababa de cruzar el río y se acercaba al grupo.

Era el tipo bajito, enjuto y de pelo rubio cortado al rape, que había visto antes con Eve, Donna y el bebé

—Sin novedad —informó—. Jonas, ¿estás bien?

—Estupendo —asintió Jonas.

—Siento lo de tu padre, amigo. Espero que no regrese, para recibir un tercer asalto de escarmiento.

—Sí, debe de sentirse como si hubiera combatido doce asaltos con Mike Tyson —dijo Arizona, arrastrando las palabras mientras estudiaba mi reacción.

No pude hallar ningún punto, en que basar mi propia defensa, así que bajé la cabeza y no me moví de donde estaba.

—Eh, ¿por qué sois tan duros con Darina? —Summer, se había quedado a mi lado y ahora hablaba por mí-. Os recuerdo, que ha sido la única que ha venido a advertirnos.

—Y la única, que todavía no ha sacado ni una sola palabra, en claro de Zoey Bishop —dijo en voz alta Hunter, quien, por supuesto, se puso en mi contra, no de mi parte—. No te queremos dando vueltas en coche por ahí, exhibiéndote ante nuestros enemigos. No nos ayuda en nada.

En cuanto a eso, tenía razón.

—Lo siento —le dije.

—No lo sientas. Sé útil. Jonas, acompaña a Darina a su coche. Está aparcado más allá de la Roca del Ángel. Summer, Arizona y Eve, tomaos un descanso. Phoenix, tú también.

Fruncí el ceño y simulé preguntar a Phoenix, si venía conmigo, mientras me daba un vuelco el corazón y se me hacía un nudo en el estómago, ante la perspectiva de abandonarlo una vez más.

—Ve con Jonas —me dijo con dulzura.

Me dio un beso largo y apasionado en los labios, a pesar de que Hunter, nos contemplaba con su habitual mirada fría y penetrante.

Así que, eso es lo que hice; le devolví el beso y me puse a caminar bajo la luna y las estrellas, por la tierra agreste, con Jonas, a mi lado.

Permanecimos en silencio durante largo rato.

—Lo siento —le dije a Jonas, al fin—. No lo he hecho deliberadamente, me refiero a dejar que tu padre me viera. Tenía un arma. Estaba asustada.

—No pasa nada —Tan pálido, como siempre bajo una brillante luz lunar, Jonas, tenía los ojos aún más entrecerrados y las pupilas dilatadas, en su iris de color azul celeste—. Habría sucedido de todas formas. A mi padre ya no le importa nada. Le veo capaz de estrellar la moto contra una roca para acabar con todo.

— ¿Para estar contigo?

—Sí. Por eso compró la Dyna, para ser igual que yo, para sentirse más cerca de mí.

—Pero, eso son suposiciones tuyas —repliqué—. No lo sabes con certeza.

—He visto cómo conduce y la expresión de su cara. Lleva escrita la muerte en ella.

Suspiré, y me detuve para recuperar el aliento, tras llegar a lo alto de una roca pulida y abombada.

— ¿Tu padre no tiene a nadie más?

—Solo a mi madre. Está en tratamiento desde lo de mi accidente. Ahora está con su hermana en Chicago, tomándose un respiro de mi padre y de todo.

No necesité preguntar a Jonas qué quería decir con «todo» Debido al hecho, de que la investigación judicial acababa de dictaminar un veredicto, no era difícil adivinar, por qué su madre había preferido marcharse una temporada.

—Me gustaría poder hacer algo más —murmuré.

Nos dirigimos hacia una colina camino de mi coche, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que Jonas, decidió cambiar de tema.

—Hunter te, ha hecho pasar un mal rato.

—Me pone los pelos de punta —admití.

—Summer, tiene una teoría al respecto. —Jonas, caminaba con las manos en los bolsillos, dando patadas a las piedras contra las rocas, mientras andaba—. ¿Quieres saberla?

—¿Tu gente habla de mí?

Estaba sorprendida.

—Pues claro. Eres nuestro único tema de conversación interesante.

—Aparte de las cosas atroces, que te han pasado en los últimos doce meses.

—Siempre son las mismas cosas. No cambian nunca. Excepto que tú las hagas cambiar por nosotros, Darina. Dependemos de ti.

— ¿De mí? —De repente, me di cuenta de lo mucho que tenía que hacer: primero ayudar a Jonas, luego a Arizona y después al resto.

¡No era de extrañar, que fuera el centro de atención de todo el grupo!—. ¿Y cuál es la teoría de Summer? —pregunté, para desviarme del cauce de mis pensamientos y olvidarme del peso de tanta responsabilidad.

—Summer, piensa que Hunter, es cruel contigo por una razón —dijo Jonas.

—¿Aparte de, porque soy una idiota que lo hace todo al revés?

—No eres ninguna idiota. Escucha. Summer, vio una vez una foto vieja, que Hunter, siempre lleva en el bolsillo. Se le cayó, cuando se sacó la camisa para nadar en el río; era la fotografía de una mujer.

—¿De su esposa, Marie? —conjeturé.

—Sí. ¿Conoces la historia? Bueno, pues Summer, echó un vistazo a la fotografía. Era de un marrón desvaído, pero aun así, descubrió que Marie, tenía un gran parecido contigo: el mismo pelo oscuro, los mismos ojos. Incluso la sonrisa.

—¡Vaya! —Pensé en ello, durante unos instantes—. Así que, le recuerdo a ella. ¿Y qué significo para él? Oh, ya lo tengo; le resulta un recuerdo doloroso y se ha vuelto en mi contra.

—Aunque así sea, no es culpa tuya —repuso Jonas—. Lo que demuestra algo de Hunter.

—Exactamente, ¿qué?

Jonas, y yo nos acercábamos al final de nuestro trayecto. Vi el brillo del parabrisas de mi coche, bajo la luz de la luna, a medio kilómetro de distancia.

—Que aún, conserva algunos sentimientos, a pesar todos los años transcurridos. Que no es de hielo, aunque quiere que todo el mundo crea lo contrario.

Hunter, el insensible jefe supremo de las Almas Elegidas, el cruel vengador. O Hunter, que murió para salvar a Marie, el hombre que quería a su esposa más que a su propia vida.

Que cada uno escoja la opción que prefiera.

ଓଊଓଊଓଊଓଊଓଊଓଊଓଊଓ

Casi todos los domingos, Jim, se queda en casa. Menuda juerga. Él se queda en casa y yo hago cuanto puedo por ignorarlo.

Pero ese domingo, después de despedirme de Jonas y prometerle, que intentaría visitar a Zoe, y tan pronto como me fuera posible, no pude quitarme de encima a Jim, durante más de cinco minutos seguidos.

Primero fue: «Darina, haz a tu madre, el favor de sacar la basura», luego: «¿Has ordenado tu cuarto?» y: «¿De dónde vas a sacar el dinero, para que te cambien el guardabarros?» Y, dale que te pego, con un bla, bla, bla, sobre temas triviales y aburridos, como si lo que pretendiera, en realidad, fuera tenerme allí clavada todo el día. Sin embargo, después de cuatro años, yo ya estaba completamente inmunizada.

—Darina, ¿por qué, por una vez en la vida, no intentas ser amable? —me preguntó Laura, en cuanto Jim, se fue en coche al centro comercial para comprar leche y la prensa.

—¿Y por qué no lo intenta él? —espeté.

Laura, estaba haciendo la limpieza dominical, con la tele puesta en la cocina y el lavavajillas en marcha y zumbando de música de fondo. No estaba precisamente en todo su esplendor, en mi modesta opinión, con una sudadera gris blanquecina de Jim y un pantalón de chándal desgastado, el pelo recogido y la cara abotagada.

La bruja que había en mí, empezaba a aflorar a la superficie, y puede, que Laura, se diera cuenta de ello por la manera en que la miraba, porque de repente, cogió un trapo y empezó a frotar con fuerza, unas manchas invisibles de un lateral de la nevera.

—Ya no lo aguanto más —mascullóᅳ. Jim y tú tenéis que esforzaros, en llevaros bien o, de lo contrario, ¡me iré de casa!

El arranque limpiador, significaba que no bromeaba.

—Lo digo en serio. Ya no soporto, la atmósfera negativa que se respira entre vosotros dos... Darina, necesito que aceptes, que Jim, es el hombre al que quiero y con quien he elegido vivir. Y también que, a pesar de la pena que sientes por Phoenix, eso tampoco te convierte, en la persona más importante del mundo.

— ¡Ni siquiera soy la persona más importante de esta habitación! -repliqué-. Por lo visto, he bajado puestos en la lista, y ahora estoy por detrás de Jim, en algún lugar entre limpiar la casa y ver tu programa preferido de televisión.

Laura, detuvo por un momento la tarea de frotado y me dio la espalda.

—Aún, eres demasiado joven -comentó con un suspiro mientras miraba por la ventana.

¿De dónde había salido eso? La estocada me hizo retroceder.

Laura, se volvió hacia mí con lágrimas en los ojos.

—Todavía crees, que la vida es algo sencillo, ¿verdad, Darina? Blanco o negro, verdad o mentira.

Fruncí el ceño y luego asentí.

—Así que tengo otras opciones. ¿Y qué?

Laura, se limpió las lágrimas y volvió a coger el trapo.

—Supongo, que yo también era así a tu edad.

— ¿Y luego ya no?

—No. Ahora las cosas son mucho más complicadas, de lo que imaginaba. La mayoría de los días, me siento como si caminara por la cuerda floja: ¿debería hacer esto, decir eso, ir hacia ese lado o hacia ese otro? Cada segundo, de cada día, me limito a intentar no perder el equilibrio.

— ¿Por Jim? —Pregunté con cautela— ¿O por mí?

—Por los dos. ¿Y sabes lo que hago, Darina? Limpio la casa y voy a trabajar a la tienda de ropa, porque así no tengo que pensar.

Negué con la cabeza lentamente, dando a entender que eso no era manera de vivir. Pero la conversación se vio interrumpida, en cuanto se oyó el portazo del coche de Jim y este entró en casa, con la noticia de que Ellerton, en pleno bullía una vez más con los rumores sobre Foxton, y que Laura, tenía que castigarme sin salir como mínimo, una semana, por haber destrozado mi coche y hasta que las absurdas historias, sobre fantasmas acabaran, por enterarse y el pueblo volviera a la normalidad.

ଓ෴ଓ෴ଓ෴ଓ෴ଓ෴ଓ෴ଓ෴ଓ

« ¡De ninguna manera va a castigarme sin salir!» Mantuve ese mantra en la mente y salí de casa a hurtadillas el domingo por la tarde, en cuanto Jim, se dio la vuelta.

Llené el depósito en la gasolinera donde Phoenix, había fallecido y luego, conduje hasta el taller de Charlie Fortune; suponía, que los domingos estaría cerrado, segura, de que la persiana metálica, estaría echada y que las brillantes Harley, se hallarían a buen recaudo tras ella.

Lo que no me impidió seguirle la pista a Charlie, porque sabía dónde vivía, en un bloque de apartamentos que daban al centro comercial, y porque le había prometido a Jonas, que intentaría averiguar, cómo se produjo su accidente antes de que su tiempo en el otro lado expirase; le quedaban nueve días.

—Hablaré con Charlie, mañana —le había prometido a la luz de la luna, allí arriba, cercad el límite de la arboleda, donde los pinos daban paso a matorrales de salvia y rocas desnudas—. Puede que se le escape algún detalle sobre la reparación de tu moro.

Jonas, había depositado todas sus expectativas en la intensa mirada, que me dedicó antes de despedirse de mí.

—Haz todo lo que puedas —musitó—. Pero la próxima vez, que veas a Zoey, no seas muy dura con ella.

Asentí y le di un beso en la mejilla. Se me encogió el corazón, de la pena que sentía por él. Toqué la hebilla de cinturón que guardaba en el bolsillo y luego me alejé de allí en mi coche.

Desafiar los cubos de basura y el mugriento ascensor de la entrada del edificio de Charlie, no fue tan difícil, ni tampoco tener que soportar, los repulsivos grafiti ni al tipo grandullón sentado ante su puerta, que me miró de arriba abajo mientras avanzaba por la galería, hasta el apartamento de Charlie, y llamaba a la puerta.

— ¿Qué pasa? —me preguntó el tipo negro de la mecedora.

—Vengo a ver a Charlie —le respondí, con una ofensivamente obvia respuesta.

—No está en casa. Solo está Matt.

Deseé no haber llamado a esa puerta. No tuve tiempo de marcharme de allí, sin evitar ver a Matt, quien abrió la puerta, vio que era yo y casi me la cierra en la cara antes de cambiar de opinión.

—Darina, me alegro de verte. Tienes buen aspecto -dijo con una voz insultante, que contradecía las palabras que acababa de pronunciar.

Ni siquiera parpadeé, ni le di la satisfacción de responderle.

—Pálida y trágica. Te sienta bien.

Su comentario, hizo que me entraran ganas de devolvérselo.

—Creía que estabas en Foxton, con Christian. Ah, no, ahora me acuerdo; tu hermano te trajo de vuelta.

Se enfadó.

— ¿Eso es lo que has oído?

—Sí. Creo que a los chicos, os asustan los fantasmas.

—Pero no a ti, ¿eh? -Matt, invadió mi espacio personal, obligándome a retroceder, hasta la barandilla de la galería. Había cuatro plantas hasta el nivel del suelo-. Por lo que cuenta Logan, te has vuelto muy rara, Darina. Pasas demasiado tiempo allí arriba, ¿no es verdad?

—No es asunto de Logan, dónde paso el tiempo —mascullé, mientras intentaba pasar por debajo del brazo de Matt.

—Pero, a Logan, le gustaría que lo fuera —se burló Matt, quien volvió a acorralarme una vez más—. Me he dado cuenta, de cómo te mira últimamente. Y se lo conté, Darina, le dije que por fuera parecías una lobita, pero que por dentro, eres más fría que el hielo. Nadie mejor que yo para saberlo.

Eso fue la puntilla. Estaba dispuesta a saldar las cuentas con Matt Fortune, e ir al grano.

— ¿Tanto te cuesta entender, que no todas las chicas están dispuestas a caer a tus pies? A decir verdad, no conozco a una sola, que se deje engañar por una sonrisa maloliente y una chaqueta de cuero, y mucho menos, después de lo que le hiciste a Zoey.

Matt, parpadeó y se me acercó aún más.

— ¿Por qué? ¿Qué le hice a Zoey?

Le di un empujón en el pecho.

—Muy bien, Matt, eso es precisamente a lo que me refiero. Dejaste plantada a una chica, delante de todo el mundo, en una fiesta, por el amor de Dios. Y encima, intentaste ligar con su mejor amiga, y además en público. Y ni siquiera ves dónde está el problema.

—Ah, eso —contestó con un bufido—. Zoey, es una melodramática.

—Y yo la Dama de Hielo. —Me estaba poniendo de los nervios.

Le di un empujón fuerte y al fin me lo quité de encima—. Lo que tú digas, Matt. Dile a Charlie, que quiero hablar con él, ¿vale?

— ¿Quieres comprar una Harley? —preguntó y se echó a reír.

—A lo mejor —repliqué, volviendo a pasar por delante del tipo sentado en una mecedora.

— ¡Charlie es demasiado viejo para ti, Darina! —Exclamó Matt, a mi espalda—. ¡Y está fuera de tu alcance!

—O puede que no —contestó el vecino con un guiño.

Eché a correr escaleras abajo; me sentía sucia, indignada y a la misma altura de cualquier cosa, que no midiera más de diez centímetros.

ஐஐஐஐஐஐஐ

Esa noche me quedé en casa, pero tenía la mente en otro sitio. En Foxton, mientras oía la puerta del establo dando portazos, y en casa de Zoey. Recordando los buenos tiempos pasados con Summer y la presión a la que Logan, me tenía sometida últimamente.

Pero, sobre todo, pensaba en Phoenix, oía su voz, sentía sus brazo a mi alrededor y el cosquilleo y el estremecimiento de mi cuerpo a modo de respuesta; me moría de ganas por volver a verlo.

Entré en mi dormitorio arrastrando los pies por la alfombra.

Phoenix, con un mechón de pelo oscuro sobre la frente, los ojos ribeteados por espesas pestañas. Sus labios carnosos y su esplendorosa piel pálida, las alitas de ángel tatuadas en su cuerpo perfecto, entre las escápulas. E inquieto, incapaz de hallar la paz, como yo.

—Te quiero —susurró, mientras miraba por la ventana hacia las oscuras montañas y veía el crucifijo de neón muy a lo lejos, en la colina.

Laura, llamó a la puerta y entró.

—Acaba de telefonear Brandon Rohr.

— ¿Qué quería?

—Ha dejado un mensaje. —Se había arreglado a conciencia para salir: se había maquillado y peinado, y lucía una camisa blanca con un volante en la pechera y pantalones negros—. Te ha conseguido un coche.

—Jesús —suspiré.

-¿Y eso por qué, Darina?

—No me lo preguntes a mí.

—¿Le prometió a Phoenix, que cuidaría de ti?

Asentí.

—Supongo.

—Pero ¿de dónde lo ha sacado? No será robado, ¿verdad?

Me giré para mirarla y puse los ojos en blanco.

—Oh, sí, seguro que es robado. Le va a regalar un coche, a la novia de su hermano muerto, para que la metan entre rejas.

—Le diré a Jim, que hable con él —decidió Laura, y cerró la puerta en cuanto mi teléfono empezó a sonar.

Era la señora Bishop, que me llamaba desde su casa.

—Darina, ya sé que es muy tarde, pero ¿te importaría venir a ver a Zoey?

— ¿Ahora? —pregunté.

—En cuanto puedas. No te lo pediría si no fuera importante.

—Señora Bishop, ¿qué sucede? —Su voz sonaba entrecortada, y no era por falta de cobertura.

—Bob Jonson, ha estado aquí, presionando a Zoey, convencido de que Zoey, sí que puede recordar el accidente, de que finge haber perdido la memoria. Se ha comportado de forma extraña. Creo que se ha vuelto loco. AI final, Russel, le ha tenido que pedir que se marchase.

—Eso no tiene muy buena pinta —respondí.

Imaginé al padre de Jonas, aporreando la puerta de los Bishop, la cabeza aún dolorida y su mente vacía de recuerdos.

—Mi marido lo ha echado. Zoey, ha empezado a recordar algunos detalles, pero parecen inconexos y carentes de sentido.

—Ah, pero eso podría ser algo positivo —dije con voz ahogada.

Por suerte, no había tenido que ser yo, quien reactivara la memoria de Zoey, a toda costa.

Su madre no estaba de acuerdo.

—No queremos que reviva ese trauma sin supervisión. Hemos telefoneado a Kim Reiss, para ver si podía pasarse por aquí, pero como hoy es domingo, está fuera del pueblo. Por eso Zoey, ha preguntado por ti.

— ¿Ella quiere que vaya a su casa?

En esos momentos ya había salido de mi dormitorio y estaba prácticamente, en la puerta de entrada, cogiendo las llaves del coche del colgador.

— ¿Adónde vas? —me preguntó Jim, dispuesto a echarme la bronca.

— ¡Mamá, Zoey, me necesita! —grité mirando hacia atrás—. Voy para allá —le dije a la señora Bishop, por teléfono-. Dame diez minutos.

—Date prisa —respondió—. Estoy asustada. Zoey, está sufriendo una crisis nerviosa delante de nuestros propios ojos.



Capítulo 7

—Lo veo! —Zoey, me agarró la mano y señaló hacia el otro lado de la estancia—. ¡Jonas está aquí mismo, en esta habitación!

Solo yo sabía que, aunque lo pareciera, no se trataba de ninguna locura. Sin embargo, cuando inspeccioné la habitación, esta estaba vacía. Allí no había nadie.

—Te he oído —le dije—. Zoey, no has de tener miedo.

Era como si no pudiera oírme.

—Diles que se vayan —suplicaba.

— ¿A quiénes?

Estábamos las dos solas. El señor y la señora Bishop, se habían marchado, en cuanto Zoey, les gritó que se fueran.

—Mamá y Papá. Me están asfixiando.

Daba la impresión, de que estuviera peleándose con el aire, los ojos desenfocados la frente perlada de un sudor frío.

—De acuerdo, les he dicho que se vayan y nos han dejado solas -dije. Para intentar calmarla.

—No Puedo respirar. No puedo moverme. Jonas, ¿qué es lo que pasó?

—Chist —susurré. Vi que parecía hallarse en otro sitio y que estaba hiperventilando-. Respira hondo.

— ¡Se ha ido! —Gritó, sujetándome con todas sus fuerzas—. Estaba aquí mismo; intentaba decirme algo. Me hablaba, pero no pude oír sus palabras.

Traté de mantener la calma.

—Estoy aquí. Soy yo, Darina. Intenta respirar.

Poco a poco, dejó de jadear y empezó a llenar sus pulmones de aire.

—Quiero que vuelva Jonas —dijo con un sollozo.

Sentí su dolor como si fuera mío. Zoey y Jonas. Phoenix y yo. Éramos iguales. Excepto, por el hecho, de que ella no tenía contacto ni conocimiento de las Almas Elegidas.

— ¿Qué quieres decirle? —murmuré.

—Que le quiero. Que siempre le querré.

Su rostro, contraído por el dolor y humedecido por las lágrimas, me encogía el corazón.

Me arrodillé y puse mis brazos alrededor de sus hombros.

— ¿Y qué más?

—Que quiero que vuelva.

Mi corazón dejó de palpitar. Podría hacer que ocurriera, con tan solo pronunciar una frase.

«Déjame que te lleve a Foxton, para ver a Jonas» Sin embargo, eso no haría más que destruirlos a todos.

En vez de ello, dejé que apoyara su cabeza en mi hombro.

—Sé por lo que estás pasando —dije con voz ahogada.

—Sabía que me entenderías. Pero, Darina, ¿hablas alguna vez de todo esto?

—No.

— ¿Ni siquiera con tu madre?

—Nunca.

—Yo tampoco. ¿Quizá con Logan?

—No. No hablo de esto con nadie.

—Tengo visiones —confesó Zoey—. A veces, veo a Jonas, conducir su moto bajo un sol deslumbrante. Grito su nombre, pero él se aleja de mí, por una carretera estrecha y serpenteante; la carrocería brilla. Lanzando destellos. En otras ocasiones y o voy de paquete; el viento me azota el pelo y mis brazos rodean su cintura. Todo acaba con un horrible ruido y oscuridad.

—Lo sé—susurré.

No me atrevía a decir nada más, pues no me fiaba de mí misma.

—Al cabo de un rato, le oigo. Está inclinado por encima de mí y su voz, muy lejana, me dice que lo siente. Solo eso; una y otra vez. Y yo intento decirle que no es culpa suya, pero las palabras se niegan a salir de mi boca. Dan vueltas en ella, como si la tuviera llena de piedras, y se marcha antes de que pueda decírselo y, lo único que oigo, es algo parecido al viento que suspira en la oscuridad, como un batir de alas, cientos, puede que miles, y después nada. Jonas, se ha ido, y yo me encuentro diciendo «No es culpa tuya», la visión desaparece y me quedo sola, incapaz de soportarlo, ni siquiera un día más, ni una hora, ni un minuto.

—Pues tienes que hacerlo —le dije con voz temblorosa—. Por el bien de Jonas.

Y porque necesitaba que recobrara la memoria, No solamente destellos, o visiones, como lo llamaba ella, si no tranquilamente en el orden preciso, capaz de llegar hasta el momento fatídico con la cabeza despejada.

—Me siento tan sola…—repitió Zoey.

—No estás sola. Puede que Jonas, se haya marchado, pero me tienes a mí. -Me acuclillé frente a su silla de ruedas, para que pudiera mirarme a los ojos—. Sabes que puedes confiar en mí.

Una antigua duda de su mente confusa, hizo que de repente Zoey, se echara hacia atrás.

— ¿Cómo puedo estar segura?

—Porque somos amigas desde siempre.

—Pero ¿y lo de Matt? —dijo, apartándose de mí—. Me humillaste.

-De ninguna manera —protesté—. Ya te lo he explicado. Todo fue cosa de Matt. ¿Por qué no quieres creerme?

—Según él, fuiste tú quien le iba detrás, antes de la fiesta de Hannah y después.

—Miente. —No quería volver a sacar a la luz, los trapos sucios, pero Zoey, aún estaba enfadada y no estaba dispuesta a olvidar el asunto—. Puede que él quisiera volver contigo y decidiera inventar toda esa historia.

Zoey, asintió.

—Intentó volver, es verdad. Se me insinuó al día siguiente en el instituto.

—Matt, no es una buena persona. Se cree irresistible, y es un mal perdedor.

Teníamos que zanjar el tema de Matt Fortune, y seguir adelante.

—Olvídate de él y háblame de Jonas. ¿Qué intentas decirle en tus flashbacks, en la parte, en que te pide perdón? Eso es después del accidente, ¿verdad?

Zoey, asintió lentamente

—Por eso no puedo hablar. Estoy tendida en la carretera y apenas puedo respirar. Solo veo su rostro.

—Lo sé, todo pasó muy rápido. Es un día caluroso. Vas en moto tan tranquila con el sol de cara, y de repente, todo se acaba. Algo sucedió e intentas averiguar qué pasó.

De nuevo asintió, con la vista clavada en el infinito y la mirada ausente.

—No fue culpa de Jonas. Eso es lo que le digo. Le digo que hay algo más...

—¿Un coche que viene de frente hacia ti, por el carril contrario de la carretera? ¿Un ciervo salido de la nada?

Le sugería lo primero, que se me pasaba por la cabeza.

—No fue nada de eso. —Zoey, intentaba con todas sus fuerzas concentrarse; volver a rememorado todo y darle un sentido. Yo contenía la respiración y agarraba con fuerza el respaldo de la silla de ruedas-. Estoy tendida en la carretera y Jonas, está inclinado sobre mí. Como si flotara.

—Ve hacia atrás. Antes de eso, ¿qué pasó?

—Jonas, estrelló la moto —murmuró—. Algo funcionaba mal.

— ¿Qué pasó? —le supliqué—. ¿Se trataba de la moto? ¿Se reventó una rueda? ¿Fallaron los frenos?

—No. —Zoey, parpadeó y luego pareció darse por vencida. Su cuerpo se inclinó hacia delante—. No lo sé. No puedo recordarlo.

—Lo estás haciendo muy bien —le dije, mientras le acariciaba el pelo y reparaba, en que la señora Bishop, había abierto la puerta sin hacer ruido—. La próxima vez que nos veamos, recordarás más cosas.

—Cariño —dijo la madre de Zoey—, estás agotada. Es hora de que Darina, se marche.

Zoey, no replicó. Suspiró profundamente y negó con la cabeza.

—Lo siento —murmuró.

Le apreté la mano e intenté sonreír.

—No pasa nada. Duerme un poco. Te telefonearé mañana.

La dejé con su madre y me encaminé hacia el gran y malvado Papá Oso, que me esperaba en la puerta principal.

—No cuentes con ello —me advirtió el señor Bishop— Soy yo, quien controla las visitas de mi hija, y no me impresiona en absoluto, la influencia que ejerces en Zoey, Darina.

—Su mujer me llamó y me pidió que viniera. —¿Qué más podía decir? Me encogí de hombros e hice el intento de salir por la puerta.

—He oído casi todo lo que ha pasado aquí —dijo interceptándome el paso, con su impecable camisa roja a cuadros y sus pantalones de color azul marino—. Y, como ya te he dicho antes, no me gusta la forma en que interfieres en los pensamientos de Zoey, ni tampoco que intentes obligarla a sacar a la luz traumas que no puede sobrellevar.

Ya había tenido que enfrentarme a demasiados obstáculos ese día, y Russell Bishop, era la gota que colmaba el vaso.

—Eso sí que no —repliqué—. ¡Son ustedes, quienes la tratan como a una niña y la sobreprotegen de lo que le sucedió!

Los pequeños músculos de su cuello, se tensaron y sacudió la cabeza hacia delante.

—Mi hija tiene diecisiete años y no puede caminar -siseó-. ¡Esta familia se enfrenta a la realidad de lo que le sucedió. Todos los días de nuestras vidas!

¡Ay! Parpadeé, y luego asentí

—Lo siento. Pero la señora Bishop, fue quien me telefoneó. Zoey, necesitaba hablar.

—Zoey, está demasiado confundida, para saber lo que necesita -insistió el señor Bishop, abriendo la puerta e invitándome a marcharme—. Pero yo soy su padre y tomo las decisiones que más le convienen. Así que, déjame que te diga una cosa, Darina: solo te hemos permitido, entrar en esta casa esta noche, porque Zoey, estaba fuera de sí y no hemos podido hacer venir a su especialista. Hemos atendido su petición, pero no esperes, que esto vuelva a repetirse.

— ¿Ni siquiera aunque Zoey, me telefonee?

El mensaje era bastante claro: «¡No vuelvas a aparecer por nuestra casa nunca más!».

El señor Bishop, me traspasó con la mirada.

—Adiós, Darina —se despidió, y cerró la puerta.

ଓଷଓଷଓଷଓଷଓଷଓଷଓଷଓ

Al día siguiente, me levanté temprano y vi en el camino de entrada un flamante descapotable rojo.

—Es tuyo —me dijo Laura, con las llaves colgando del meñique—. Brandon Rohr, lo ha traído a primera hora.

—Vuelvo a creer en Santa Claus —mascultó Jim, al salir de casa.

—Se ha llevado tu coche viejo. —Era obvio, que Laura, no sabía cómo evaluar los motivos de Brandon—. Brandon y tú... estáis... ¿saliendo juntos?

— ¡Por favor! —esperé, al tiempo que le quitaba las llaves.

— ¿Se trata de un préstamo o te lo puedes quedar? —Se acercó hasta la puerta y me observó, mientras lo ponía en marcha, sin que restallara ni se ahogara; solo un suave ronroneo.

—No tengo ni idea. —De verdad que no lo sabía—. De todas maneras, voy a probarlo por Centennial.

—Pues pregúntaselo a Brandon, la próxima vez que lo veas ¡Y dile que tengo que comprobar, que los papeles estén en regla!

Me despedí con la mano y lo llevé hasta la calle con la marcha atrás, luego giré en el cruce para dirigirme a Foxton, con la única intención de probar mi nuevo coche rojo.

« ¡Qué delicia!» Pensé, aunque, aún creía que acabaría por hacer tonterías, antes, de que ni siquiera hubieran transcurrido cinco minutos de conducción. Buena suspensión rápida aceleración y un esplendido panel de control, delante de mí y, para colmo un precioso volante de piel beis. ¿A quién le importaba que los papeles no estuvieran en regla?

Estaba tan entusiasmada, que no reparé en Phoenix, ni en Jonas.

Se hallaban a un lado de la carretera, en el punto, en que esta se divide y el estrecho sendero, se aparta del camino de vuelta a la Roca del Ángel; dos figuras bajo un árbol, con aspecto de estudiantes dispuestos a hacer autoestop.

Me detuve, me incliné hacia un lado y abrí la puerta del pasajero.

Phoenix, se acuclilló, dispuesto a no dejarse impresionar por mi nuevo y sofisticado medio de transporte.

—Hola.

«Ángel, amor de mi vida, quédate ahí con el sol, formando una aureola, alrededor de tu cabeza y déjame absorber cada centímetro de ti».

—Hola. Subid los dos. Vayamos a dar un paseo —Fue lo que dije en realidad.

Negó con la cabeza

—Saca el coche de la carretera. Tenemos que hablar.

—De acuerdo. —Desilusionada, conduje hasta el sendero y luego salí del vehículo. Me había puesto colorada por la vergüenza—. Lo siento; soy una cabeza hueca.

Phoenix esbozó una sonrisa.

—Con lo bien que te lo estabas pasando. Siento haberte echado a perder la diversión. ¿Te lo ha regalado mi hermano?

Asentí.

— ¡A eso le llamo yo, ser súper majo! ¿De qué tenemos qué hablar? —pregunté, mientas observaba la expresión sombría del rostro de Jonas y me reunía con él bajo el árbol—. ¿Sabes que fui a ver a Zoey?

—Anoche —asintió—. ¿Cómo está?

Callé durante un instante.

—Está atravesando un mal momento. Sus padres me telefonearon, para que fuera, porque se había venido abajo. Pero no pasa nada, Jonas, no fui dura con ella. Una camioneta, bajaba a toda pastilla por la carretera principal hacia Ellerton, seguida a igual velocidad, por un automóvil, así que, Phoenix, nos agrupó al otro lado del árbol.

—Y a ti, Darina, ¿te afectó el estado de ánimo de Zoey?

—No, estoy bien, gracias. Le dije, que sabía cómo se sentía, sola y perdida, y ella me contó lo mucho que aún te quiere, Jonas. Eso la ayudó a abrirse. Y ahora, ya recuerda más cosas sobre el accidente. Lo que es genial.

Phoenix me pasó un brazo por el hombro y luego envolvió un dedo con las puntas de mi pelo.

—¿Te ha contado alguna novedad?

—Que estaba tendida en la carretera, después de sufrir el accidente y que no se podía mover. Dijo que estabas allí, Jonas, que aún vivías y que le pedías perdón.

Phoenix me sujetó con fuerza.

—Jonas, murió tras el impacto —me recordó—. Lo que Zoey, vio y oyó fue su espíritu.

Entonces, recordé el sonido del batir de las alas, del que ella me había hablado, y todo cobró sentido; debería haberme dado cuenta antes.

— ¿Algo más? -quiso saber Jonas.

Negué con la cabeza.

—La madre y el padre de Zoey, debieron de estar escuchándonos detrás de la puerta. La señora Bishop, nos interrumpió, antes de que tuviera ocasión de seguir presionando a Zoey, para que ahondara en el baúl de los recuerdos. Aunque, ella tenía razón: Zoey, estaba exhausta por todo lo que había recordado. Así que no pudo decirme nada, que valiera la pena sobre los instantes anteriores al accidente.

—Y después, ¿qué pasó? —preguntó Phoenix, quien leía mi rostro, como si hubiera adivinado, que aún había algo que no les había explicado.

—El señor Bishop... —empecé a responder y luego me callé con un encogimiento de hombros.

— ¿Te echó de su casa? —aventuró Phoenix.

—Sí. No le gusto; ni yo, ni nadie de mi clase social.

—Eso es porque procede de tu misma clase social —me contó Jonas—. Hace veinte años, ese tipo no tenía ni un céntimo. Después, según Zoey, tuvo suerte y se casó por dinero.

Lo que, imagino, explicaba muchas cosas

— ¿Sabías, que también tu padre se pasó por la casa de los Bishop? —La noticia sorprendió por igual a Phoenix y a Jonas.

—No le seguimos la pista, después de que nos dejara —me contestó Phoenix—. ¿Qué quería?

—Se puso a gritar y a intercambiar insultos. No lo sé a ciencia cierta, excepto, que lo único que consiguió, fue empeorar las cosas. Ahora, el señor Bishop, ha prohibido la entrada a todo el mundo.

—Y no obtendremos más respuestas —corroboró Jonas, con un suspiro.

—Exacto. Al menos, no hasta que me encuentre de nuevo con Zoey, este jueves en la clínica de Kim Reiss. —Vi un atisbo de luz—. Me aseguraré de ello — prometí a Jonas—. Llegaré antes y procuraré que tengamos tiempo de hablar cara a cara.

Jonas, asintió y bajó la vista hacia la carretera principal.

—Se acerca un coche —informó, antes de que apareciera ante la vista.

— ¡Es Logan! —Un solo vistazo, me bastó para saber quién iba en el Honda, de un blanco inmaculado—. ¿Qué está haciendo por aquí?

—Te está siguiendo —adivinó Phoenix, una vez más, y muy acertadamente.

— ¡Marchaos! —les dije a Phoenix y a Jonas—. Ya me encargo yo de esto.

Cuando dije "¡Marchaos!" me refería a que se escondieran detrás del árbol o de una roca. Pero no; Phoenix y Jonas, hicieron gala de sus habilidades zombis y desaparecieron. Es decir, se desmaterializaron, allí mismo, delante de mis ojos. De repente, dejaron de ser de carne y hueso, para convertirse en dos siluetas de contornos ondulantes y transparentes, hasta desaparecer por completo.

— ¡Eh, volved! —exclamé, mientras Logan, hacía señas y se apartaba de la carretera.

— ¿Con quién hablabas? —me preguntó, en cuanto se apeó de su coche.

— ¡Con nadie! Logan, ¿qué haces aquí? —quise saber.

—Vigilarte —contestó con total franqueza, como si me estuviera haciendo un favor.
— ¿Cómo sabías dónde estaba?

—Te he llamado a casa. Tu madre me ha contado lo de tu coche nuevo y que ibas a probarlo antes de ir a clase. Le he prometido, que me aseguraría de que estarías donde tenías que estar: a salvo tras un pupitre.

—No soy una niña. Quiero que dejes de seguirme -le dije enfadada.

El último truco de Phoenix y Jonas, me había dejado anonadada y me sentía como si aún estuvieran junto a mí, escuchando mi conversación con Logan—. ¡Empiezo a creer, que no eres más que un acosador asqueroso!

Hasta los rasgos inalterables de Logan se contrajeron en una mueca.

— ¿Cómo puedes decir eso?

— ¡Porque sí!

Me agarró con fuerza al pasar junto a él, cuando me disponía a meterme en mi coche.

—Darina, sé que no te va a gustar lo que tengo que decirte, pero aún estoy preocupado, por la forma en que te comportas. Y también tu madre. Todos lo estamos.

—Ya te lo he dicho antes: no tenéis por qué. Suéltame el brazo, Logan; me haces daño.

—Me preocupo por ti -prosiguió, con voz de autómata. Me di cuenta, de que se trataba de un discurso, que había ensayado un millón de veces. —Me preocupo mucho por ti Darina. Me gustaría, que pudiéramos ser más que amigos.

—Suéltame —le rogué, después de quedarme boquiabierta, por la sorpresa, durante un instante. Si no actuaba con rapidez, no podría evitar de ninguna manera, que me besara—. Logan, ¿cómo vamos a ser lo que sea que pretendes que seamos? Nos conocemos de toda la vida.

— ¿Y? —preguntó con un fruncimiento de cejas, e inclinándose hacia mí.

— ¡Somos como hermanos! —Eso era una locura. Logan Lavelle, quería tener un romance conmigo, mientras mi maravilloso e invisible Phoenix, me rodeaba por allí y era

testigo de cuanto sucedía. Me aferré, a lo primero que se me puso a tiro—. De todas maneras. Logan, pierdes el tiempo. Aún, no he superado lo de Phoenix.

En cuanto oyó el nombre, se detuvo en el acto. Se quedó estupefacto.

—¿Quieres decir, que estoy compitiendo con un muerto?

—Harías bien en creerlo. ¿Supones que puedo olvidarlo así como así?

Ya no entendía a Logan. Creía, que sabía cómo se sentía uno, cuando perdía al ser querido.

—Pero se ha ido, Darina. Phoenix no va a volver.

—Déjame en paz —susurré, mientras me apartaba de él.

El cerebro de Logan, pareció asimilar parte de lo que estaba pasando, aunque no todo. Se mostró apenado por mí, hizo una pausa y luego prosiguió:

—De acuerdo, Darina. Lo comprendo. Es muy pronto para ti.

—Demasiado pronto —contesté, más calmada, dispuesta a meterme en mi coche.

—Así que, esperaré hasta que lo superes —me prometió, como si darme tiempo, fuera el mejor regalo que pudiera hacerme—. Esperaré lo que haga falta.

ଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔ

Hubo un tiempo, antes de que apareciera Phoenix, en que Logan, y yo prácticamente podíamos leernos el pensamiento. Íbamos juntos a todas partes, nos gustaban las mismas cosas, hablábamos el mismo idioma, y añoraba esa unión sencilla y cálida que teníamos cuando éramos unos críos. Sin embargo, aunque Phoenix, nunca se hubiera interpuesto, jamás podría haber sido la novia de Logan.

Esa noche, después de clase, tuve tiempo de averiguarlo. Encontré mi álbum debajo de un montón de revistas y saqué dos fotografías.

Una era de Logan y yo, en el baile del último curso escolar: él vestía un esmoquin, que le iba dos tallas grandes y miraba directamente a la cámara con una amplia sonrisa y los ojos rojos, y yo, con un vestido de satén, sin tirantes de color azul celeste y un ramillete de orquídeas blancas, que Logan, me había regalado. Mi sonrisa, no era espontánea, como la suya.

En la otra fotografía, aparecíamos Phoenix, y yo, nos la habíamos hecho, en un fotomatón, solo se veían nuestros rostros y los hombros.

Phoenix, aparecía captado con una pose irónica, serena y hermosa. Yo llevaba el pelo castaño rojizo rapado y máscara de pestaña, y reía.

Fin de la historia. Había una Darina, antes de Phoenix, y una Darina, después de Phoenix. Se trataba de dos personas completamente distintas, una nueva mezcla química, una fusión al rojo vivo, de almas y corazones.

Era imposible, invertir el proceso, aclarar los malentendidos y recuperar la comunicación, que una vez tuve con Logan.

ઉ※ઉ※ઉ※ઉ※ઉ※ઉ※ઉ※ઉ

El martes y el miércoles, evité sus miradas misteriosas y significativas. Como si yo no supiera, que quedaba muy poco para el aniversario de la muerte de Jonas. En el instituto, se hablaba de llevar a cabo una marcha conmemorativa de Harley, encabezada por Matt Fortune, quien iría en una rnoto proporcionada por su hermano, Charlie.

—Nos reuniremos en el pueblo, después de clase el martes, que viene –explicaba Matt, a un grupo de gente, entre los que se hallaban Christian y Lucas, pero no Logan—. Desfilaremos sin prisas por Centennial, a unos quince kilómetros por hora, y mantendremos la misma velocidad, cuando lleguemos a la carretera principal de Foxton. Nos detendremos en el punto exacto, en que se produjo el accidente.

—Espeluznante —comentó Jordan, mientras se apartaba de ellos, y dejaba que el resto del grupo, siguiera con sus planes.

Hannah se había quedado junto a mí.

—No sé... puede que sea una buena idea desde un punto de vista gótico —murmuró.

—O totalmente macabra —Tampoco yo podía decidirme, por una de las dos opciones; lo único, que encontraba de cierto interés, era que Matt, estuviera justo en medio del meollo.

— ¡Genial! —Exclamó Lucas, quien apoyaba la idea—. Creo que Jonas, estará allá arriba, mirándonos y dándonos su bendición.

Me entró un escalofrío, ante la imagen teñida de rosa, de unos ángeles flotando en unas nubes esponjosas y vaporosas, tocando el arpa y rodeados de una alegre paz. «No —habría querido decir—, no es así. Es peligroso, duro y desasosegante. Hay un millón de almas aladas, que pugnan por volver.»

— ¿De dónde vas a sacar una moto? —le preguntó Christian a Lucas.

—Quizá Charlie, tenga una de sobra. ¿Puedes preguntárselo, Matt?

— ¿Pueden ir las chicas de paquete? —Hannah, no quería que la dejaran de lado Me gustaría depositar unas flores, en el borde del camino.

El plan empezaba a adquirir forma. La siguiente idea brillante de Matt, fue que Bob Jonson, debía encabezar la procesión, con los chavales de la edad de Jonas, detrás.

—¡Vaya! ¿Podrá conseguirlo? —Preguntó Lucas—. He oído, que está bastante delicado de salud, ahora que se ha quedado solo. Será mejor que no le presionemos demasiado.

—Al menos, démosle la oportunidad —insistió Matt, mientras se pavoneaba delante de un par de chicas, que se le habían acercado—. Recuerda, que nosotros iremos detrás de él.

— ¡Es genial! —exclamaron las recién llegadas—. El resto, podemos formar una fila a lo largo del recorrido y luego ir en coche para depositar unas flores.

—Quizá tendríamos que ponernos en contacto con Zoey, y pedirle que venga con nosotros —sugirió otro.

Flores, Harley, tributos silenciosos en el borde del camino, y ahora Zoey. Según mi opinión, todo eso se estaba convirtiendo en un espectáculo circense.

—Jonas, no era de esa clase de personas —les recordé—. No era dado al melodrama, ni hacía una montaña de un grano de arena.

Matt, se volvió hacia mí.

—Sí, Darina, no me digas. Tú conocías a Jonas, mejor que todos nosotros. Adelante, habla por él, ¿por qué no?

—No recuerdo que fueras amigo íntimo de Jonas —me desquité—. ¿A qué viene tanto interés por este desfile?

—¿Qué intentas decir? —Matt, se apartó del grupo y se encaminó directamente hacia mí, retándome con la mirada—. ¿Qué estoy fingiendo? ¿Que no siento nada por Jonas?

—¿Y no es así?

No aparté los ojos de él, clavé la vista en los ojos extraños y moteados de Matt Fortune, una mezcla de color avellana y verde, bajo unas cejas gruesas y rectas.

Matt, parpadeó y luego se dio media vuelta.

—Así que, será el próximo martes —prosiguió, como si no hubiera pasado nada-. ¿Quién va a hablar con Bob Jonson?

—Tío, tú te encargas —dijo Christian, hablando en nombre de todos—. Dile que eso le ayudará a zanjar el asunto, pobre hombre.

ଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓ

Matt, esperó hasta el jueves para devolvérmela. Me acorraló, mientras dirigía mi descapotable, hacia las verjas del instituto; él iba en su camioneta con plataforma y condujo en paralelo a mi coche, hasta que me obligó a detenerme en la acera del 7-Eleven.

—Bonito coche —comentó mientras se inclinaba en el asiento del pasajero.

Yo estaba furiosa.

— ¿Estás loco? ¿Qué intentabas hacerme?

—He oído que es un regalo de Brandon Rohr.

—Eso no es asunto tuyo.

—Como si tú no metieras la nariz, en los asuntos de los demás —se burló, saltó de la camioneta y rodeó mi coche, dispuesto a meterse conmigo un buen rato—. A partir de ahora, ni se te ocurra volverte a cruzar en mi camino, ¿estamos?

—Yo no me he cruzado en tú camino.

Estaba aterrorizada, pero no dispuesta a dejárselo ver.

—Ah, ¿no? ¿No has estado fisgoneando por el taller de Charlie? ¿Y no me hiciste quedar en ridículo, por lo del martes que viene?

Le miré con toda tranquilidad, desde mi asiento del conductor.

—No es muy difícil dejarte en ridículo, Matt.

-¡Dios, qué zorra eres!

Su puño aterrizó en mi parabrisas, lo que hizo, que la clienta que salía de la tienda le lanzara una mirada desaprobadora antes de proseguir su camino.

—Lo único que quería saber, es a qué viene esa repentina amistad con Jonas contesté, intentando meterle la idea en su dura cabeza-. Recuerdo la vez, no hace mucho, que discutisteis con uñas y dientes por Zoey.

Matt, era de piel morena, fuerte y saludable, así que no palideció.

Pero el resto de su cuerpo, acusó el golpe que le había asestado.

Se acobardó, se encogió, y luego volvió a sacar pecho, hasta que, de nuevo fue el tipo que pasaba demasiado tiempo en el gimnasio.

—Eso son chorradas —me dijo—. Zoey, y Jonas, estaban hechos el uno para el otro; todo el mundo lo sabía.

—Y si tú también lo sabías ¿por qué intentaste que ella volviera contigo?

— ¿Quién dice eso?

—Lo dice Zoey.

Cuanto más bravucón se ponía él, más tranquila estaba yo. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Un puñetazo contra mi nuevo y reluciente parabrisas, que Matt, resoplara otra andanada de aire caliente?

—Chorradas —volvió a mascullar.

Desplacé la palanca del cambio de marchas de neutral a automático, preparada para deslizarme por la carretera. No obstante, antes de irme de allí, quería proporcionarle a Matt, algo en lo que entretenerse pensando.

— ¿A quién tengo que creer? —le pregunté—. ¿A Zoey, o a ti?

Y, dicho esto, me dirigí hacia la clínica a tiempo de interceptar a Zoey, cuando salía de la consulta de Kim Reiss.

— ¿Os conocéis? -nos preguntó Kim, al ver la manera tan afectuosa, en que Zoey, me saludaba.

Zoey, se había abalanzado sobre mí, en su silla de ruedas y me había cogido de las manos mientras me sentaba en la sala de, espera de Kim.

—Darina, lamento mucho lo sucedido el domingo... con mi padre —me dijo.

—Zoey, y yo, nos conocemos desde hace mucho —le expliqué a Kim—. ¿Nos dejas cinco minutos?





—Entra cuando estés lista —me dijo Kim, antes de volver a la consulta y cerrar la puerta.

— ¿Cómo lo llevas? —le pregunté.

No soy muy dada a los abrazos con poderes curativos, pero hice una excepción con Zoey.

—Bien.

— ¿Has estado llorando?

—Sí, pero ha sido un llanto positivo —contestó, e hizo un esfuerzo por sonreír—. Kim, dice que hay que dejar que las lágrimas fluyan. Le he contado todo lo que recuerdo del accidente, que estaba tendida en la carretera con Jonas, gravitando por encima de mí. Dice que eso también es bueno.

—Lo es. —Pero yo necesitaba saber más, y ya no me quedaba mucho tiempo—. ¿Y qué hay de antes del accidente? —Zoey, negó con la cabeza.

—Mi mente se niega a ir hasta allí. Yo quiero hacerlo, pero cada vez que lo intento, topo con un muro.

— ¿Nada? ¿Nada de nada?

Se encogió de hombros, cerró los ojos y se apretó las sienes con sus largos dedos.

—Matt Fortune —murmuró.

El nombre hizo que la cabeza me diera vueltas.

— ¿Qué pasa con él?

—No lo sé. No dejo de ver su cara. No quiero hacerlo. Quiero ver a Jonas. Pero Matt, no se aparta de mi mente.

— ¿Y eso cuándo sucede? ¿Mucho antes del accidente? ¿O el mismo día?

Zoey, dejó caer las manos en el regazo.

—No. Puede que una semana antes. Sí, Matt, estaba merodeando por mi casa, siguiéndome del instituto hasta casa.

— ¿Te acosaba?

« ¡Más Zoey, cuéntame más!»

Asintió.

—Recuerdo, que se comportaba como un auténtico pelmazo. Aunque me acuerdo de ello como en una nebulosa, esperaba a que Jonas, no estuviera por allí para comportarse como si aún hubiera algo entre nosotros. Yo no me sentía cómoda y le dije que me dejara tranquila, aunque no quería herir sus sentimientos.

—Matt Fortune, es insensible —señalé—. No es fácil herir sus sentimientos.

—Pues bien, siguió molestándome y las cosas se pusieron bastante feas, cuando al fin se lo conté a Jonas. Yo tenía miedo de que llegaran a las manos.

En ese momento, Kim abrió la puerta.

—Darina, son más de las cuatro y media. Es tu hora de visita... se te acaba el tiempo.

—Está bien, un minuto más —le pedí.

La puerta se cerró con un chasquido.

— ¿Y llegaron a las manos? —le pregunté a Zoey.

Frunció el entrecejo.

—No. Al menos, yo no lo recuerdo. Todo lo que logro recordar, es la cara de Matt, cuando lo que yo quiero es ver la de Jonas. ¿Por qué?

—Ya me gustaría saberlo. Volvamos al día del accidente. Céntrate en eso.

—Ya he intentado hacerlo con Kim. Lo he intentado de verdad —-dijo Zoey—. Y lo único que veo cuando trato de recordar la carretera de Foxton, es un destello de luz; ningún ruido, ni de ruedas girando, ni de frenos, nada. Un destello y luego oscuridad.

Un destello de luz. Y el rostro de Matt Fortune, donde ella no quiere que esté. No podía ayudarla a relacionar los dos hechos.

Además, la señora Bishop, estaba a punto de llegar para recoger a Zoey, y a mí me quedaba poco tiempo para que terminase mi hora de visita. Me despedí de Zoey, y entré en la consulta para hablar con Kim.

ଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔ

—Aún veo a Phoenix, por todas partes —le dije a mi psiquiatra.

— ¿Y cómo te hace sentir eso?

—Feliz.

— ¿Y?

—Triste, derrotada, vencida, cuando tengo que decirle adiós.

—Descríbeme a Phoenix, Darina.

—Es el chico más guapo que hayas visto en tu vida. Además, me hace reír —le conté—. Tiene un punto de vista un tanto loco. Bromea, sobre temas que la gente considera demasiado importantes como para reírse de ellos: la política, el dinero, cosas así. Sin embargo, es serio cuando hay que serlo: llama a las cosas por su nombre y es honesto. Eso me encanta de él.

Ese día, no entraba el sol en el despacho de Kim. Fuera, el cielo era de un gris azulado, del color de un hematoma, con un cerco dorado brillante en el borde, de las densas nubes.

— ¿Y algo más sobre su aspecto físico? -preguntó en voz baja.

—Cada vez que lo miro, no puedo apartar la vista de sus ojos. Como si estuviera hipnotizada.

— ¿De qué color son sus ojos?

—Azul grisáceo. Brillantes. Tiene una piel muy clara.

Kim, se quedó sentada en silencio durante un rato, retrepada en su mullido asiento, gris pardo.

—Me he dado cuenta, de algo muy significativo —dijo al fin.

Esperé a que prosiguiera. La hora de visita casi había concluido.

No pensaba decir nada de nada, en esa sesión sobre las Almas Elegidas, y me preguntaba, qué había llegado a sacar en claro.

—Cuando te he pedido que me describieras a Phoenix, lo has hecho en presente —señaló—. Hasta el punto, de que casi he llegado a notar su presencia en esta habitación.

Inmediatamente, después de mi sesión con la Psiquiatra, desconecté el móvil y conduje en dirección a Foxton. Unas cuantas gotas de lluvia empezaron a caer en el

parabrisas, pero ni siquiera me preocupé de detenerme a subir la capota. La fría humedad sobre la piel, me hacía sentir bien.

Conducía deprisa por las montañas, hacia la tormenta que se acercaba. Antes de que me diera cuenta, pasé por el punto donde la carretera se divide y seguí por la carretera principal, sin que me importara que me vieran o no. Enseguida llegué hasta el conjunto de casas, en la bifurcación de Foxton, y giré hacia la izquierda, pasé por las desvencijadas cabañas de pescadores y atisbé la corriente de aguas verdes y cristalinas del río Foxton.

En esos momentos, llovía con más fuerza, hasta el punto de tener el pelo y la camiseta blanca, completamente empapados.

«Detente y sube la capota —me dije a mí misma, pero otra parte de mi mente, me instigaba—: No pierdas tiempo. Sigue conduciendo.»

Después de dejar atrás las cabañas, pasé por delante de un jeep conducido por un cazador solitario, mantenía prudentemente el límite de velocidad mientras yo quemaba los neumáticos. Avancé entre los árboles arrasados por un incendio en el bosque, entre tocones negros y retorcidos y grisáceos troncos consumidos, que no habían sido arrancados, para que volvieran a enraizar en la tierra. Subí por la cuesta hasta los jóvenes álamos verdes, bajo un cielo negro azulado. Solo un nombre, me impelía a seguir adelante, ansiosa por, ver a Jonas, y ese nombre era Matt Fortune. Había cobrado importancia, en mi mente, pasando de ser un estorbo menor, al principal protagonista en el desastre que había provocado el trágico accidente de Jonas, y necesitaba comprobar todos los detalles con Jonas.

«Háblame de Matt. Zoey, me ha dicho que estuvisteis a punto de llegar a las manos. ¿Tan celoso era? ¿Estaba fuera de sí?» Puse el pie en el pedal mientras repasaba mis preguntas y conducía bajo la lluvia, hasta la cresta de Foxton.

Cuando no pude seguir conduciendo, salté del coche y corrí por la hierba alta hasta el tanque de agua. En esos momentos, estaba completamente empapada y tiritaba de frío; era el único ser vivo en plena tormenta y el único ruido de fondo que se oía, era la lluvia repiqueteando contra el metal oxidado del tanque.

«Qué extraño, no oigo el batir de las alas Esperaba que Hunter, hubiera levantado la barrera que alejaba las visitas no deseadas, pero no fue así.

« ¿Dónde estáis todos?» Apreté el paso al pasar por debajo del tanque, y empecé a bajar por la colina.

« ¡Phoenix, soy yo, Darina!»





No soportaba tanto silencio, deseaba oír, las espeluznantes alas de las Almas Elegidas. ¿Por qué, su oído con poderes sobrenaturales, no había percibido el ruido del motor de mi coche, ni el crujido de mis pisadas en la hierba?

— ¿Phoenix?

Llegué hasta el prado y lo llamé en voz alta.

La puerta del establo chirrió y dio un portazo. Una, dos, tres veces. Entré y eché un vistazo. Había telarañas en las vigas y polvo en el suelo, como si nada los hubiera importunado en años. Las viejas bridas y arneses colgaban de sus ganchos, una herrumbrosa azada para el heno, un hacha y una pala descansaba contra la puerta de una de las cuadras.

— ¡Jonas! ¡Summer! ¿Hay alguien ahí?

Mi voz alteró a una diminuta criatura movediza en el pajar situado por encima de mi cabeza.

¡Pum! La puerta se cerró con tanta fuerza, que un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo.

Salí corriendo del establo y crucé el patio, hasta llegar a la casa.

La puerta estaba cerrada.

—¡Dejadme entrar! -grité, mientras sacudía la manija.

Fuera del porche, la lluvia caía a raudales. En el cielo apareció el destello de un relámpago y luego, se pudo oír el bajo retumbo del trueno.

—¡Hunter, déjame entrar! —corrí hasta la ventana, e intenté ver entre la fina capa de mugre.

La mecedora, la vieja cocina y la mesa, permanecían intactas, como si nadie las hubiera usado, como un museo cerrado durante décadas. Rodeé la vivienda y encontré un barril podrido y los ejes y la plataforma de una carretera de madera. Puse el pie en falso y resbalé por la pendiente hasta llegar al río. Me salvé de caer al agua, al agarrarme al delgado tronco de un álamo joven. Cuando conseguí recuperar el equilibrio me eché a llorar.

«¿Dónde están todos? ¡Por favor, volved!» Deambulé por el patio bajo las nubes bajas y la lluvia, entre los charcos, y busqué en todos los rincones del desértico lugar. Un relámpago se bifurcó en el cielo y lo partió por la mitad; el estruendo del trueno me obligó a correr de nuevo hasta el establo.

¡Pum! «Supón que nunca ocurrió.»

¡Pum! «Las Almas Elegidas, no existen.»

¡Pum! «Phoenix, no regresó. Está muerto y se ha ido para siempre.»

Me derrumbé en el suelo y lloré hasta la extenuación. Después, pensé con detenimiento e intenté controlar la conmoción, que suponía darme cuenta de que no era más que una chiflada, que había enloquecido, tras la pérdida de la única persona en el mundo que lo había sido todo para ella.

Lo dije en voz alta para aprenderme la lección.

— ¿Quién más ha visto a las Almas Elegidas, Darina? Por supuesto, ha habido rumores. Todo Ellerton, está conmocionado por esas cuatro muertes, como era de esperar. Las mentes asustadas inventan historias estúpidas: fantasmas y sonidos sobrenaturales que no son más que el viento susurrando entre los árboles, punto. Y, por supuesto, encontraste la hebilla del cinturón de Jonas, ¿y qué prueba eso? Que estuvo aquí antes de morir. ¿Qué otras «pruebas» tienes?

«Los besos de Phoenix, sus ojos clavados en los míos y el tatuaje de las alas de un ángel.»

Mi convicción se desmoronó, bajo la fuerza de la tormenta y ante el espeluznante silencio del establo. Me abandonó y dejó un vacío en mi interior, que de inmediato fue reemplazado, por una pujante sensación de muerte y decadencia a mi alrededor.

En ese instante, las riendas de los caballos se asemejaron a las sogas de un verdugo y el hacha del rincón, se convirtió en la pertenencia de un ejecutor enmascarado. El correteo que oía, escaleras arriba procedía de unas ratas dispuestas a hincar el diente en carne fresca.

De nuevo, otro relámpago y el trueno res

talló y cayó con fuerza en el valle. Me senté en el suelo del establo, con la esperanza de que la tormenta me atrapara, me arrojara contra las montañas y me desintegrara en mil pedazos.

Durante un buen rato, la desesperación me sostuvo con su fuerte abrazo, hasta que el cielo, guardó silencio y las nubes empezaron a disiparse. Apareció una luna creciente, un arco de luz plateada y después, una diminuta estrella a millones de años luz.

—Quizá, hayan tenido que marcharse por alguna razón —murmuré, mientras me levantaba y me acercaba hasta la puerta, para contemplar el cielo—. Phoenix estuvo aquí, durante un breve intervalo de tiempo, con Hunter y los demás. Las Almas Elegidas, existieron.





El viento se llevó las nubes hacia Amos Peak, y el cielo nocturno parecía enorme; la Vía Láctea, un caudal curvilíneo de pálida luz contra la centelleante oscuridad. El mundo era una mota diminuta en el inescrutable universo. Lo que a mí me convertía, en algo tan pequeño como un único átomo en el gran orden de las cosas y mis sufrimientos, en algo invisible.

Vi una estrella fugaz, atravesar la oscuridad, refulgir y desaparecer. Otra más, hizo un descenso espectacular y otra más y otra más. Cuatro en rápida sucesión: Jonas, Arizona, Summer y Phoenix, brillando en lo alto y desvaneciéndose.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Al amanecer, no había ni una sola nube en el cielo, solo una luz rosada por el Este, y un sol dorado emergiendo con toda claridad tras Amos Peak.

Capitulo 8

Tras la salida del sol me sentí llena de esperanzas, plenamente convencida de que Phoenix, sería incapaz de marcharse sin despedirse de mí.

Esas esperanzas sustituyeron el pánico de la noche anterior, cuando la tormenta estaba en su pleno apogeo. Me sentía tan reconfortadas por ellas, que fui capaz de traspasar la amplia puerta y respirar serenamente el aire fresco de la mañana. Reparé en la casa, destartalada pero hermética, y luego, divisé un coyote empapado por la lluvia, escabullirse por debajo de la camioneta oxidada donde se había refugiado durante la tormenta. En el aire, el sonido del viento, susurrante, encantador, murmuraba entre los álamos. Cuando me di la vuelta para regresar al establo, vi las Almas Elegidas.

—Juntos somos más fuertes —murmuraron.

Se asieron de las manos, los hombres desnudos hasta la cintura, y todos formando un estrecho círculo dentro del establo. Hunter, el jefe supremo, se hallaba en el centro del círculo, con la cabeza inclinada en una reverencia y las manos unidas delante de él.

—Somos más fuertes que los cielos beligerantes. —Hunter, dirigía el cántico, mientras los otros le acompañaban, como un sacerdote y su congregación—. Más fuertes que la luz que abre el cielo. Nosotros, las Almas Elegidas, nos regocijamos de nuestra fortaleza.

No podía apartar la mirada de Phoenix. Era más alto que el resto, y el más guapo, incluso, aunque estuviera vuelto de espaldas y girado hacia Hunter, para repetir sus palabras. Contemplé sus anchos hombros y la marca de la muerte entre sus escápulas, allí donde le habían clavado una navaja; me sentía rebosante de un amor arrollar

—Ven y únete a nosotros, Darina —Dijo Hunter, tras alzar la cabeza y mirarme sin demostrar sorpresa.

Phoenix, se volvió y extendió los brazos. Corrí hacia él, llena de alivio. Me abrazó con fuerza y me apretó al cabeza contra su pecho.

—Sabes que no te abandonaría —susurró con su aliento en mi pelo.

Ladeé la cabeza, para mirarlo a los ojos y asentí.

—Lo sé. Pero ¿qué ha pasado? ¿Fue por la tormenta?

—La fuerza del embate de una tormenta eléctrica es demasiado potente —me explicó Phoenix, con su encantadora voz profunda—. Nuestros poderes desaparecen.

—¿Y adónde fuisteis?

Poco a poco, me solté de su brazo e intenté disimular mi alivio lleno de dicha ante los otros; sobre todo ante Arizona y su mirada de condescendencia. Actué, como si hubiera sabido de antemano que iban a volver.

—La tormenta eléctrica, nos obliga a regresar al Limbo —explicó Jonas—. No mantenemos alejados del otro lado, hasta que finalmente remite.

—¿Qué sucedería, sino lo hicierais?

En cuanto formulé la pregunta, me di cuenta de que estaban intranquilos.

Summer, miraba hacia el suelo con tristeza. Mientras Donna, Eve y el Hombre de Hielo, se apartaban del círculo.

Hunter, asumió el control de la situación.

—Como Phoenix, ha dicho, nuestros poderes desaparecen —dijo con firmeza—. Para no volver. Si nos quedamos atrapados en una tormenta eléctrica, debemos permanecer para siempre en el otro lado.

Eso era nuevo para mí y agarré la mano de Phoenix, llena de esperanza.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¡Eso significa que podrías quedarte aquí conmigo!

—¡Conmigo, conmigo, conmigo! —canturreó Arizona, desdeñosamente—. Cuéntale el resto, Phoenix.

—Perdemos nuestro poder y se nos condena a quedarnos —confirmó, procurando no mirarme a los ojos.

—¿«Condena»… qué condena?

¿Por qué era eso tan malo, teniendo en cuenta que él me quería y yo le quería a él? Lo miré a los ojos y vi una barrera que me llevó a sospechar, que en esta ocasión Phoenix, no quería compartir la verdad conmigo.

—En cuanto perdemos nuestro poder para regresar al limbo, empiezan a pasar cosas —murmuró.

—¿Qué cosas?

Me di cuenta, de que Summer y Jonas, también se habían apartado del círculo. Solo Arizona y Hunter, se habían quedado a escuchar.

El rostro de Phoenix, se contrajo en un fruncimiento.

—Si nos quedamos aquí, atrapados, no podemos regenerarnos.

Me llevó unos instantes, comprender lo que intentaba decirme y, cuando lo hice, ahogué un grito.

—Estamos muertos, que no se te olvide —se apresuró a recordarme Arizona—. Un muerto viviente, atrapado en el otro lado, durante una corriente eléctrica no dura mucho. Puede, que con suerte una semana.

—¡Oh!

En ese momento me hubiera gustado poder atrasar el reloj dos minutos, hasta el instante en que empecé a hacer preguntas. Un escalofrío se adueñó de mi corazón y empecé a tiritar.

—Nos descomponemos de un día para otro —prosiguió Arizona despiadadamente—. Se nos nubla la vista y nos volvemos ciegos. Las articulaciones, se nos pudren y nos movemos lentamente.

—¡Basta! —supliqué.

—Eras tú quien quería saberlo —insistió—. Al segundo día, las heridas empiezan a corromperse.

—Ya es suficiente, Arizona —dijo Hunter, dando un paso adelante—. Esa es la imagen que el otro lado, tiene de nosotros —me explicó con un tono de voz, que me pareció menos severo que antes—. El monstruo autómata, que se alimenta de carne humana para continuar existiendo. Pero no te preocupes, Darina. Cumplo como es debido con mis obligaciones. No consentiré que les suceda nada parecido.

Asentí casi sin aliento. El cuadro que me había pintado Arizona me producía náuseas, y la cabeza se me llenó de imágenes de películas de terror.

—¿Vigilarás a Phoenix? —le rogué a Hunter

—Te doy mi palabra —me prometió—. Ya has visto cómo cuidé de é,l durante la tormenta de anoche.

—Gracias. ¡Gracias de todo corazón!

Era otoño, la estación del año en que las tormentas son más frecuentes, cuando se levanta el aire caliente del golfo de México y choca con el aire frío de las montañas. Sabía que al cabo de poco, volvería a ocurrir.

Hunter, me observó con toda tranquilidad antes de desatarse la camisa gris, que llevaba atada a la cinturilla de sus vaqueros negros y ponérsela. Después, Phoenix, Jonas y él me llevaron aparte.

—Nos has traído novedades —dijo Hunter.

—Sobre Matt Fortune —les conté, mientras centraba mi mente en la última conversación mantenida con Zoey—. Jonas, Zoey, dice que Matt competía contigo para que ella volviera con él. ¿Es así cómo lo recuerdas?

Jonas asintió.

—Matt, intentó un par de veces estropearlo todo. Se comportaba como si pudiera dar marcha atrás en la vida, cuando le diera la gana. Así es él. Pero yo no le presté ninguna atención.

—Porque Zoey, y tú, habíais congeniado de verdad y sabías que él no era ninguna amenaza—. Eso se adecuaba a la idea, que me había hecho—. ¿Es verdad que Matt, intentó pelearse contigo?

Jonas, volvió a asentir mientras Hunter, y Phoenix, se limitaban a escuchar.

—Había llevado la moto a arreglar. Estábamos fuera del taller de Charlie, cuando sacó un punzón. Pero a mí no me gustan las peleas.

—¿Qué hiciste?

—Lo esquivé. Matt lanzó el puño con tanta fuerza, que perdió el equilibrio y fue a parar contra su Tourer y la hizo caer estrepitosamente. Charlie oyó el estruendo y salió corriendo del taller. Me subí a la moto y me largué de allí; fin de la historia.

—Una Harley, abollada y un ego herido —le señaló Phoenix a Hunter.

—Pero, escucha, aún hay más. -Las palabras de Zoey volvían a inundarlo todo—. Aunque Zoey, trata de recordar el día del accidente, hay algo que le bloquea los detalles de lo sucedido, y por eso, lo único que puede ver, es la cara de Matt Fortune. Entre todo

ese dolor y ese trauma, su imagen siempre está presente y no tiene intención de alejarse de su mente.

—¿Y ella sabe por qué? -me preguntó Phoenix.

Negué con la cabeza.

—Intenta con todas sus fuerzas librarse de su presencia, pero le resulta imposible. Y eso la está volviendo loca.

—Esto no me gusta nada -comentó Jonas, con un suspiro—. Te dije que tuvieras cuidado con Zoey.

Jonas, empezaba a sonar como los padres de Zoey, pero en su caso, lo entendía perfectamente.

—¿Quieres que dé marcha atrás?

Quedaban cuatro días, para que se cumpliera el primer aniversario de su muerte, tan cercano y a la vez tan lejano.

Se produjo un largo silencio y parecía que hubiéramos dado contra un muro, hasta que Summer, se acercó y pasó un brazo por encima del hombro de Jonas.

—Has de ser fuerte —le dijo ella—. La verdad siempre es dolorosa, eso es algo que sabíamos de antemano.

No esperaba eso de Summer; parecía doblegarse con facilidad, como la hierba plateada ante el viento, demasiado apacible para seguir esa senda. Una vez más, las Almas Elegidas, habían depositado su confianza en mí y querían que alcanzara la meta que me había fijado.

—Lo siento —le dije a Jonas—. Me limité a hablar con Zoey, de las cosas que trata con su psiquiatra. Supongo que de todas maneras debe de ser muy doloroso para ella.

—Y si resulta tan doloroso para ella en estos momentos, deberíamos centrar toda nuestra atención en Matt Fortune —decidió Hunter, mirando hacia delante—. Es decir, si todos estamos de acuerdo en que está involucrado en todo esto.

Pensé en ello durante unos instantes.

—Mi instinto me dice que sí, que lo está. Desconozco los hechos concretos, pero hay algo en Matt... la hostilidad que evidencia cada vez que le pregunto. Y ahora está

planeando una espectacular marcha conmemorativa para el martes, lo que no es muy propio de él...

—Un momento. Explícanos de qué va eso —quiso saber Hunter.

Así que les conté lo de la marcha, hasta las afueras del pueblo, a través de Centennial, hasta el punto donde tuvo lugar el accidente, bajo la cruz de neón. Les dije que querían que el padre de Jonas, también participara, y que las chicas, arrojarían flores y todo lo demás.

Jonas, bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Mantén a Zoey, al margen de eso —me rogó.

—No te preocupes. Sus padres no la dejan ir a ninguna parte.

De eso estaba absolutamente segura.

—Oye Darina, ¿tenías qué contarle eso a Jonas? —interrumpió Arizona. Se había acercado a nosotros y escuchado todo lo referente a la marcha—. Imagina cómo debe de sentirse en estos momentos. Bastante peor, que tener que leer en tu propio entierro.

Hunter nos obligó a no desviarnos del tema.

—Centrémonos en Matt. Darina, ¿hay alguna manera de que puedas sacarle la verdad a ese tío?

—Sin meterte en un lío, te será imposible —añadió Phoenix.

Permanecía a mi lado, y los dos estábamos cara a cara frente a Summer, y Jonas.

—Ya sé, ¿por qué no avisar a la policía y decirle que sospechas de Matt? —Arizona, sabía que su sugerencia era una salida fuera de tono; pero era su manera de restregarme la cara por el fango-. Di: «Hola, sheriff, está completamente equivocado. Jonas Jonson, no se mató ni dejó lisiada a su novia. ¡Todo fue obra de Matt Fortune!» «Demuéstramelo» gruñe el oficial. «¿Por qué, sheriff, si es mi instinto el que me dice que es culpable? ¡No me di cuenta de que necesitaba una prueba!»

—Arizona, ya vale. —Era la primera vez, que había visto a Hunter, demostrar un ápice de verdadera irritación con ella—. Te lo advierto.

—No pasa nada, puedo soportarlo —le dije—. De todas maneras, Arizona, tiene razón. Sé que será difícil echar por tierra la versión oficial del accidente. La investigación judicial, proporcionó una respuesta satisfactoria para todos y esa es la versión que van a sostener a toda costa.

—Para todos, excepto para el padre de Jonas —señaló Hunter—. No se conforma con una respuesta de conveniencia, él sabe que hay algo más.

—Quiero que todos vosotros lo dejéis estar de una vez —espetó Jonas, después de un largo silencio. Su rostro parecía exhausto y sus ojos atormentados-. No está bien lo que estamos haciendo. Lo único que hago es lastimar a la gente a la que quiero.

Summer, percibió su agonía y le agarró de la mano con fuerza. Sabía demasiado bien cómo se sentía y no quiso contradecirle.

—Zoey, y tu padre no se van a sentir mejor por eso —dijo Hunter, después de un largo silencio—. Y eres tú, quien tiene que tomar una decisión Jonas. Puedes echar por la borda todo este asunto si eso es lo que deseas. ¿Ese solo que quieres?

Observé el rostro acongojado de Jonas, y me mordí el labio, a la espera de su respuesta.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Arizona, condulzura, un tono de voz apenas reconocible como suyo—. Si abandonas a hora, será el final. Nunca tendrás una segunda oportunidad.

«Y la verdad morirá contigo» pensé. Quería que Jonas, siguiera luchando y no se diera por vencido.

—Zoey, es más fuerte de lo que piensas —murmuré—. Casi todo el mundo lo es.

Levantó la mirada hacia mí y parpadeó.

—Tiene que saber la verdad —insistí.

Jonas, volvió a parpadear y asintió.

—¿Es eso un sí? —preguntó Arizona.

ᏣᏕᏣᏕᏣᏕᏣᏕᏣᏕᏣᏕᏣᏕᏣ

Phoenix, me acompañó hasta mi coche. En ese momento, sin tener que mirar ni atrás ni adelante, me sentí pletórica.

Por si no lo había dicho ya, estoy locamente enamorada de él.

¡Le quiero!

Mi corazón está a punto de reventar. Aunque estoy hecha un lío. Soy muy feliz.

—Prométeme que no cometerás ninguna estupidez —insistió Phoenix, al llegar junto a mi reluciente descapotable rojo.

Aún, tenía la capota bajada, los asientos de piel empapados por la lluvia de la noche anterior, humeaban ligeramente bajo el sol matutino.

—¿Me estás escuchando, Darina? No presiones a Matt, ni te enfrentes a él cara a cara. Es demasiado arriesgado.

Alargué una mano hacia él, y le besé, experimentando un hormigueo al notar sus labios fríos y suaves, y suspiré ante la indescriptible oleada de emoción que sentí.

De cerca, sus rasgos se desdibujaron a través del parpadeo de mis pestañas, pero sus ojos brillaron nítidamente en los míos.

—Ninguna estupidez, ¿de acuerdo? —murmuró.

—No digas nada —le supliqué.

Había llegado el momento de la despedida y traté de postergarla, ávida de los dulces besos de Phoenix.

—No podré descansar, hasta que acabe todo esto —murmuró.

—¿Y qué? De todas maneras, las Almas Elegidas, nunca duermen —respondí entre susurros.

—Es verdad. No lo hacemos —contestó apartándose de mí-. Brandon, sabe bien cómo escoger un coche —dijo con una gran sonrisa, al tiempo que daba unas palmaditas en el parabrisas y me devolvía al mundo real.

—Sabes que me encanta este coche —le recordé—. Pero aún, no tengo preparada una explicación oficial para ciertas preguntas. Por ejemplo, por qué Brandon Rohr, me ha regalado un flamante descapotable rojo.

—Pues deja que sigan haciendo cábalas. —Phoenix, me agarró de una mano, mientras con la otra buscaba las llaves de mi coche—. Y recuerda que puedes acudir a Brandon, siempre que lo necesites.

Saqué las llaves del bolsillo de los vaqueros.

—Lo recordaré, mientras Laura, me arranca la piel a tiras, por haber pasado la noche fuera de casa.

—¿Crees que habrá pensado lo peor? —preguntó aún sonriendo, un tanto avergonzado pero también divertido.

—Bueno, al menos no creerá que he pasado la noche contigo —bromeé. A pesar de las bromas, mis fibras sensibles se habían tensado tanto, que estaban a punto de resquebrajarse-. Tengo que irme —murmuré.

Me abrazó una vez más.

—También puedes acudir a mí —susurró—. Aunque tú no me veas, siempre estoy contigo.

—Confía en mí —le dije—. Recuerda que te quiero a ti y a nadie más.

ଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓଃଓ

—Estaba en casa de Jordan —le dije a Laura—. ¿A qué viene tanto jaleo?

No había ido a trabajar y se había quedado en casa, muerta de preocupación, y había telefoneado a casi todos los números que aparecían en el listín de Ellerton.

—¡Darina, no puedes pasar toda la noche fuera de casa sin avisar!

—Lo siento.

—¿Por qué no llamaste?

—No tenía saldo en el móvil. Olvidé cargarlo.

—Pensaba que habías tenido un accidente. Ese coche es demasiado potente. Y luego la tormenta. Jim, y yo nos hemos quedado toda la noche sentados, esperando a que nos llamaran y nos dijeran que te habías salido de la carretera.

—¡Lo siento! —Tenía que cambiarme de ropa, e ir al instituto para ver a Matt—. Dame un respiro, ¿vale?

Laura, estaba demasiado desquiciada como para escucharme.

—Hasta llamé a casa de los Rohr. Les pregunté si estabas con Brandon.

—¡Por favor!

Me metí en mi cuarto y cerré la puerta de golpe.

—¿Qué se supone, que tengo que pensar? —gritó—. ¡Ese tipo te regala un descapotable y ni siquiera es tu cumpleaños!

ଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔ

Resultaba tan extraño, estar en el instituto, hacer cosas normales…

Los profesores me pidieron los deberes, que no había hecho, mi profe de Mates, se aseguró de que no iba a desmayarme otra vez en su clase. Mis amigos me trataron con pies de plomo.

—Vamos a echar un vistazo al coche de Darina -cacareó Hannah, mientras salíamos del edificio, en cuanto se acabaron las clases, con Jordan, y Lucas, a remolque.

Jordan, bebía los vientos por Lucas, aunque él no estaba interesado en ella. Pero eso es otra historia.

—¿Cómo puedes permitirte un coche así? -preguntó Lucas, después de silbar entre dientes cuando vio el descapotable.

—¿Puedo dar una vuelta? —-quiso saber Jordan.

Los dejé hablar, aceptando con gusto ser el centro de atención por una vez en mi vida. Sabía que Matt Fortune, no tardaría en aparecer para meter las narices.

Se unió al grupo acompañado de Logan, y Christian, pasando por alto, la disputa que habíamos tenido fuera del 7-Eleven y fingiendo, que sabía todo lo que había de saber, sobre cada tuerca y cada tornillo, sobre cada pistón, bujía y junta del motor de mi coche fantástico. Cosas de tíos.

—Venga, vayamos a dar una vuelta -le invité, incluyendo a Logan, en el ofrecimiento, para que los demás no se hicieran una idea equivocada de Matt y de mí. Tenía planeado dejar a Logan, en su casa e ir hasta el pueblo con Matt.

No esperaron a que se lo preguntara dos veces y en el acto, nos pusimos en marcha carretera abajo, ante la atónita mirada de Jordan, Hannah y Christian. Le había explicado a Jordan, los escabrosos detalles sobre el incidente con Matt, cuando este me obligó a subirme a la acera, así que se quedó aún más boquiabierta que el resto.

Matt, estaba sentado en el asiento del copiloto y repantigado contra el reposacabezas. Logan, no decía nada. Supongo que se preguntaba por qué había invitado a Matt.

—¿Cómo van los preparativos para el martes? —pregunté, mientras nos deteníamos en un semáforo.

—Bien. —Matt, me miraba de reojo sin mover la cabeza.

—Siento haberme pasado contigo.

«Dilo como si te importara —me dije a mí misma—. Recuerda lo que aprendiste en las clases extra escolares de Arte Dramático»

—¿Eso significa que irás? -quiso saber.

—Cuenta conmigo, rosas rojas y todo lo demás. ¿Y tú qué, Logan? -le pregunté y lo miré a través del espejo retrovisor.

—Por supuesto. Iré con Lucas.

—Estupendo. ¿Os prestará Charlie, a Lucas, y a ti las Harle,y para ese día?

La pregunta, iba dirigida a Logan, pero Matt, saltó enseguida con la respuesta.

—Charlie, cree que es una gran idea. Algo de todo el pueblo, un gran acontecimiento en Ellerton. Así que, sí, él nos proporcionará las motos.

Mi plan era que Matt, continuara con esa conversación, y la cosa estaba funcionando a las mil maravillas.

—¿Y ya le has pedido a Bob Jonson, que encabece la marcha? ¿Qué te ha dicho?

—Se quedó hecho polvo. Se puso a llorar delante de mí.

—El hombre no lo lleva nada bien —murmuró Logan, desde el asiento trasero.

—No, pero aceptó enseguida -prosiguió Matt. En ese momento, ya tenía los pies apoyados en el panel de control y el brazo derecho descansando por encima del lateral del coche—. Dijo que para él, sería un honor encabezarla marcha. Un honor.

Giré por una calle lateral y me detuve frente a la casa de Logan. Su padre estaba sentado en el porche, bebiendo cerveza con nada menos que Bob Jonson.

—¡Hola, Bob! —exclamó Matt, levantando el bmw sm muchas ganas en un saludo a medias.

Observé el rostro de Logan por el espejo retrovisor miemms salía del coche, tenía la misma expresión que si se hubiera tragado un limón. Se alejó sin despedirse.

—Matt. —Bob le devolvió el saludo, alzando una botella hacia él con un movimiento lento y torpe.

—Otra vez borracho —gruñó Matt y luego me pidió que nos fuéramos de allí pitando, antes de que Bob tuviera ocasión de bajar los escalones del porche tambaleándose para acercarse a saludarnos—. La cuestión es: ¿estará sobrio el martes?

Conduje en dirección al pueblo mientras intentaba reprimir el asco que sentía por el tipo que tenía en el asiento de al lado; confiaba en que su vanidad me ayudaría a alcanzar el objetivo que me había fijado.

—¿Te apetece un café? —pregunté mientras me dirigía al Centro comercial.

—¿Lo dices en serio? —dijo.

Le sonreí con un mohín y me ahuequé el pelo.

—¿Desde cuando rechazas una oferta como esa?

Él se echó a reír, y a duras penas esperó que detuviera el coche para saltar ala acera.

—¿Y desde cuándo has dejado de odiarme?

—Oye, Matt, yo nunca te he odiado —mentí. «¿Alguien pendiente de mi interpretación? ¿Algún cazatalentos por aquí?»—. Lo que pasa es que he atravesado una mala racha.

Entró a grandes zancadas en la cafetería más cercana.

—¿Por lo de Phoenix? —preguntó y pidió dos Cafés con leche sin consultarme.

«Sí, por eso.»

—Logré sobreponerme tras el funeral, pero me llevó un tiempo. —Seguimos bebiendo café; Matt había bajado la guardia, pero yo aún tenía que ir con pies de plomo—. Supongo que me comporté como si me hubiera vuelto loca.

—Nómbrame a una chica que no lo esté —dijo con un encogimiento de hombros-—. ¿Aún te hablas con Zoey?

—Qué va. -—«Prueba con una sonrisa irónica y encógete de hombros»—. Esa está más chiilada que yo.

—¿En qué sentido?

Sus defensas empezaron a batirse en retirada. Me miraba por debajo de sus espesas cejas con los párpados entrecerrados.

—Pues que no deja de decir tonterías.

—¿Cómo qué?

—Como que puede ver a Jonas mirándola desde lo alto, que le pregunta si se encuentra bien, cuando todo el mundo sabe que murió en el acto. Yo le dije que eso se debía al TEP.

Matt no tenía ni idea de lo que quería decir eso.

—Trastorno por Estrés Postraumático —expliqué—. Se le reblandecido la sesera. No recuerda nada de lo que pasó.

De nuevo bajó la guardia.

—No hablemos más de Zoey —dijo, acurrucándose junto a mí en el banco de piel sintética—. Darina, eres fantástica, ¿lo sabías?

En ese momento puse en marcha un aleteo de pestañas y más mohines. Sin palabras. Mi actuación bien se merecía un Oscar.

—No eres estrecha de miras; y eso me gusta de ti. No eres como Zoey.

—Creía que no íbamos a hablar de ella.

Hacía menos de doce horas que había estado con Phoenix, en el séptimo cielo. Y ahora estaba con Matt Fortune, intentando no ponerme a vomitar.

—Es verdad. Zoey tuvo su oportunidad y la dejó escapar. —Tenía el brazo apoyado a lo largo del respaldo del asiento; su mano reptaba hacia mi hombro desnudo—. ¿Y tú por qué te hiciste la estrecha por aquel entonces?

Preferí no gastar saliva ni entrar en materia para hablarle de la lealtad entre amigas.

—¿La verdad? —Sonreí como una bobalicona—. No te tomé en serio, Matt. Creía que no estaba a tu altura.

Matt Fortune era inmune a la ironía. Quizá su madre le hubiera vacunado contra ella, junto con la vacuna de la rubéola y la varicela. En ese preciso instante ya tenía su mano encima de mi hombro.

—En definitiva, que no quería que me lastimaras. Creía que Zoey y tú volveríais a salir juntos.

—En esa época, ya estaba loca —me confesó mientras se inclinaba y miraba hacia abajo para echar un vistazo de refilón a un inexistente escote—. De todos modos, no le pedí volver.

—Ya estaba loca -—repetí—. ¿Cuánto tiempo malgastaste con ella?

—Demasiado, dejándome caer por su casa y diciéndole que Jonas era un perdedor.

—Sí, un perdedor. —«No hables más de la cuenta ni le presiones demasiado»—. Quizá fuera la Dyna de Jonas lo que le gustaba a Zoey

—¡Menuda fardona! —Espetó Matt y se recliné en el asiento—. La Dyna no tiene nada que hacer al lado de la Tourer FLXH. Y la Street Glide... ¡no es más que una motocicleta!

Ahí estaba; había encontrado una emoción solitaria acechando en su siniestro corazón. Los celos. Ahora ya podía provocarlo sin miedo alguno.

—Jonas no molaba con esa moto. No tenía lo que hay que tener para llevarla.

—¡Dímelo a mí! Ese tío era un novato. Nos pones en una cartera a Jonas Jonson y a mí y no hago más que adelantarlo.

Contuve el aliento.

—¿Lo has hecho alguna vez? Me refiero a hacer una carrera con él. ¿Ganaste?

—¿Tú qué crees? —me contestó Matt con su típica respuesta inteligente—. Entiéndelo, aunque así fuera, ¿cómo voy a arriesgarme a admitirlo delante de ti?

—Oh, ya lo capto. .. es ilegal. —«Recoge el sedal, despacio, despacio. Permite que esa mano asquerosa repte por tu clavícula»-—. Por lo de los límites de velocidad y todas esas chorradas. Pero ¿lo hiciste o no?

Unos cuantos pensamientos al ralentí se dieron de bruces contra el cerebro de Matt y pusieron en marcha una señal de alerta. Alto riesgo. Borrar.

—No me contestes -—dije y me eché a reír, aunque demasiado tarde.

Matt se puso en pie con tanta precipitación que se golpeó las rodillas con la mesa y derramó los cafés con leche.

—¡No vas a pillarme por ahí, zorra!

«¡Vaya!» Se oyó en toda la cafeteria. Los clientes que estaban más cerca se levantaron de sus asientos. La camarera cogió el auricular del teléfono.

—¡Puta asquerosa! ——aulló Matt.

Primero los celos y ahora ira en estado puro; nada muy atractivo. Me arrastró a lo largo del banco hasta sacarme al pasillo y empezó a darme empujones hacia la puerta.

¿Cuánto dinero hubieras apostado a que cualquiera de los allí presentes movería un dedo para salvarme? Tienes razón; guárdate el dinero en el bolsillo. Los clientes apartaron la mirada enseguida. Incluso la camarera se contuvo de telefonear a emergencias.

Salimos a la calle. Estábamos en la acera; Matt seguía gritándome y el abuso verbal se transformó en físico cuando me empujó contra una hilera de carritos en la zona reservada de un supermercado.

—¡Asquerosa zorra repugnante!

A Matt se le estaban acabando los insultos y empezaba a repetirse; estaba tan fuera de sí que si no salía de allí pitando estaba segura de que no dudaría en patearme y reventarme la cabeza como un huevo de pájaro.

Aunque aterrorizada por sus gritos y su fuerza bruta. Conseguí escabullirme entre los carros, sortear el recinto acotado del súper y echar a correr hacia el coche. Detrás de mí oía los carritos metálicos chocar entre sí, y creí que Matt había tropezado con ellos hasta que llegué al descapotable y me volví a mirar; vi a Brandon arrastrando a Matt por el recinto mientras lo agarraba del cuello.

—¡Vuélvela a tocar y te mato! —gritó Brandon para que todo el mundo lo oyera.

Ahora Matt ya no parecía tan fuerte, ni tan seguro de sí mismo, era como un pelele colgado de la mano de Brandon, empotrado como la vidriera de supermercado, incapaz de pronunciar una sola palabra.

❧❧❧❧❧❧❧

Ya era demasiado tarde para poder plantearme algunas cuestiones básicas. «¡Me he metido en aguas demasiado profundas, y en lugar de salir a flote me estoy ahogando? ¿Lo he arruinado todo hasta el punto de que jamás iograré obtener respuestas a las preguntas de Jonas?»

La medianoche es el momento ideal para perder los estribos, sobre todo después de la última disputa que había tenido con Laura dos horas antes.

—¿Qué nos ha pasado, Darina...? Hemos estado siempre tan unidas... ¿Cuando empezó a desmoronarse todo?

«Bua, bua, ¡me estoy muriendo aquí dentro!»

Aún no me había repuesto del episodio de Matt Fortune, así que dejé que se me acercara. También yo me eché a llorar y le pedí perdón. Laura se disculpó y acabamos abrazadas la una a la otra con la promesa de esforzarnos las dos por igual. Se marchó contenta a la última sesión de cine. Yo me sentía fatal.

«Darina, lo has hecho todo mal —me dije en la oscuridad de mi habitación—. Has conseguido que Matt Fortune sea tu enemigo. Te creías más lista y más fuerte de lo que eres en realidad. Pero ¡si hasta crees que puedes comunicarte con muertos vivientes, por el amor de Dios!»

Incluso me preguntaba si habría sido preferible no haber oído jamás los portazos del establo de Foxton ni haber encontrado a Phoenix. Me cubrí la cara con la almohada con la pretensión inútil de alejar tan estúpida pregunta. En cuanto me la quité de encima, sentí una presencia en el dormitorio.

—¿Quién está ahí? —susurré.

Las sombras se deslizaban por las paredes. No se oía ningún sonido, pero percibía una respiración pausada y la mirada de unos ojos. Quizá se tratara de un leve batir de alas; no estaba segura.

—Phoenix, ¿eres tú?

—¿Quieres que me marche? —preguntó.

Le oía pero no le veía.

—Y ahora qué, ¿me estás leyendo la mente?

—Sí —admitió—. Si así lo deseas, me iré y no volveré nunca más.

—¡Phoenix Rohr, no te atrevas a hacer eso!

Salté de la cama y encendí la luz.

—¡Materialízate, o lo que sea que tengas que hacer, aquí y ahora mismo!

Yo miraba en la dirección equivocada, pero en cuanto me volví hacia la puerta vi una trémula silueta que, de forma gradual, comenzó a materializarse: el delgado cuerpo de Phoenix, su semblante pálido y su cabello oscuro y, al final, logré vislumbrar sus ojos de color azul grisáceo.

—¿De verdad deseabas no haberme encontrado de nuevo? -—fue su primera y dolorosa pregunta.

Jamás lo había visto así, lleno de dudas y a la expectativa, hasta que conseguí tranquilizarlo.

—Mis absurdos pensamientos y yo —suspiré—. Estaba acostada en la oscuridad. Y me sentía como una niña asustada, eso es todo.

Phoenix negó con la cabeza y se quedó en la puerta.

—Entiendo que lo desees.

—No. Me sentía fatal. No quería decir eso.

« Por favor, ¡créeme!»

—Darina, ya has hecho demasiado. Pero aún puedes escoger. Si quieres echarte atrás ahora, nadie te culpará por ello. Hunter vendrá si lo llamo. Ha dado la orden de que es el único que puede borrar tu memoria. Lo haría y te olvidarías de nosotros.

En esos momentos tenía mucho miedo, no «como una niña asustada» en medio de la tenebrosa noche. El corazón me latía con fuerza contra las costillas.

—Y luego, ¿qué? ¿Cómo conseguiría Jonas su objetivo? ¡Solo tiene hasta el martes!

—Ese no es tu problema. —Phoenix se acercó hasta donde yo estaba y me cogió las manos-—. Si Hunter hace lo que tiene que hacer, dejarás de sentirte mal. Y, como ya te he dicho antes, seguirás conservando esos maravillosos recuerdos de nosotros dos antes de... —repuso con un titubeo.

La expresión de su cara era grave y amable a la vez. Las manos le temblaban mientras sostenían las mías.

Lo miré a los ojos.

—Está bien, señor telépata, ¿qué es lo que ves?

«Deseo estar contigo. No quiero abandonarte jamás. Lo que dices del amor es verdad. Está presente en todo lo que tocamos y vemos. Quédate conmigo.»

Poco a poco una sonrisa apareció en el rostro de Phoenix y sus ojos se iluminaron.

—Lo he entendido —dijo.



Capítulo 9

Estábamos sentados en mi cama, Phoenix y yo, y durante lo que pareció una eternidad no tuvimos necesidad de hablar.

—¿Ya has aprendido a detener el mundo? —pregunté al fin.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—Sí.

—Marchando un mundo inmóvil.

Esbozó una amplia sonrisa y chasqueó los dedos.

—Con patatas fritas y sin mayonesa.

Nos tumbamos en la cama riendo. Jamás me sentiría tan segura como entre sus brazos, bajo su amoroso cobijo.

—Brando se hizo el tipo duro —le conté a Phoenix, acurrucados cara a cara, las piernas entrelazadas—.Supongo que viste lo que pasó en la cafetería.

Phoenix se soltó de mí y se tumbó de espaldas con un brazo debajo de la cabeza.

—Así es como actúa Brandon.

—¿Así es como acabo entre rejas?

Siempre había sentido curiosidad al respecto, pero los antecedentes penales son como una enfermedad vergonzante: si eres educado y te comportas como es debido, no haces preguntas. Sin embargo, yo quería saber más.

Phoenix clavó la vista en el techo de mi cuarto.

—Si, por algo parecido.

—¿Por una pelea?

—Cuando estaba en el instituto se pasaba con mi madre y con los profesores, siempre estaba de broma. Pero cuando lo dejó, siempre estaba furioso.

—¿Qué cambió?

Phoenix cambió de posición. Puso ambas manos debajo de la cabeza

—Brandon se hizo mayor, o no lo hizo, depende de cómo se mire. Físicamente era más fuerte y además tenía muy malas pulgas. Un par de tipos lo cabrearon de verdad por una chica, mintiendo y diciendo que era un asalta cunas, que ella era menor de edad. Y entonces fue cuando él estalló.

—¡Una chica! —No esperaba eso—. Siempre he visto a Brandon con chicos.

—Por eso mismo —Phoenix esbozó una media sonrisa—. Para él, las chicas solo dan problemas. Júntate con ellas y es muy probable que pases nueve meses en prisión.

—Mientras que, si te juntas con chicos, seguro que acabarás aumentando la musculatura y todo funcionará. —Entendí el mensaje—. En fin. Una cosa es cierta: está cumpliendo su promesa.

—La de hacerse cargo de ti. —Phoenix se dio la vuelta hacia mí, apoyado en un codo y me observó detenidamente. —Quiero que me prometas algo.

—Por supuesto.

—Si aún quieres seguir adelante con esto, no te fíes de Matt Fortune. Apártate de él cuanto te sea posible, ¿de acuerdo?

—¡Por supuesto! —Nada más sencillo—. Es un imbécil —mascullé entre dientes—. No tiene mucho cerebro, aunque sí el suficiente para ver mis intenciones, hasta el punto de que su conciencia culpable estallo y perdió el control.

Phoenix frunció el ceño.

—¿Averiguaste algo nuevo?

Asentí.

—No lo admitiría, pero creo que hizo una carrera con Jonas y su Harley, puede que para hacerse el importante ante Zoey.

Phoenix esperó a que le dijera algo más. Me miró como si pudiera discernir a través

de mis confusos pensamientos y catalogarlos por orden alfabético, lo que supongo que si podía hacer.

—Le expuse lo de la carrera como una acusación y eso le cabreó—expliqué—. Por eso no volverá confiar en mí

—Y luego está lo de Brandon.

—Lo que no nos lleva a ninguna parte —suspiré—. Excepto que me fui casa con la huellas de Matt Fortune por todo el cuerpo y que tuve que meterme de cabeza en la ducha.

—Lo siento —dijo Phoenix.

Nos quedamos en silencio, abrazados el uno al otro, hasta que la puerta principal emitió un chasquido y Laura y Jim entraron en casa.

Oí sus voces relajadas, así como algunos sonidos que indicaban que se estaban preparando una bebida caliente en la cocina, mientras Jim decía que un café los mantendría despiertos y Laura aseguraba que le parecía una buena idea lo de mantenerse despiertos; luego se rieron de una manera muy significativa.

—No podemos levantar la voz —le advertí a Phoenix—. Ya has oído lo delgadas que son estas paredes.

—Tengo algo importante que decirte —susurró mientras se sentaba en la cama y balanceaba las piernas por encima de la misma. Me senté junto a él—. Hunter tiene un nuevo plan.

—Bien, porque yo no lo tengo

Seguía dándome cabezazos contra la pared cuando apareció Phoenix.

Con las manos juntas colgando entre las rodillas, Phoenix pensó durante largo rato y con suma concentración.

—Puede que para bien, o puede que para mal —advirtió en voz baja—. Este nuevo plan… lo mantiene oculto. Creo que no debemos hablar de él hasta que esté preparado.

—Sí, Hunter es un auténtico demócrata.

—Él es el jefe supremo. Quiere verte —me dijo Phoenix bastante incómodo—. Mañana…a primer hora.

—Allí estaré —afirmé.

Laura y Jim subieron las escaleras y llegó el momento en que Phoenix tuvo que marcharse.

Me besó con fuerza en los labios, dio un paso atrás y se aisló de cuanto le rodeaba, concentrándose en su interior; me resultaba muy difícil decir cómo. Lo único que sabía era que aún era visible pero que su mente se había alejado de allí. Enseguida volvió a generarse una luz trémula, deje de ver su silueta mientras se formaba una neblina y las alas revolotearon hasta que Phoenix se disolvió y la habitación se quedó vacía.

Después de eso me resultó imposible dormir.

Yacía despierta en la cama y absorta en la vida nocturna del otro lado de mi ventana: los correteos de las negras ardillas por el tejado, el crujido de las ramas de la secuoya. Al amanecer, un par de arrendajos se posaron en la barandilla del porche.

Me vestí en silencio y esperé a que Jim acompañara a Laura en coche a la tienda, la única manera que tenía de salir de casa sin tener que responder a las preguntas habituales y arriesgarme de que alguno de los dos descubriera que estaba demasiado nerviosa y me aplicaran el tercer grado.

Y, para ser sincera, estaba tan nerviosa que mis dedos no podían abotonarme la camisa ni subirme la cremallera de la falda a cuadros.

De todas maneras, logré escapar en el descapotable y pensé que estaba completamente a salvo hasta que llegué a medio camino de mi calle y Logan apareció tras el maletero abierto de su automóvil.

—¿A qué viene tanto madrugar? —preguntó de forma alegre y amistosa.

A veces, Logan Lavelle, en lugar de diecisiete años, perece que tenga setenta.

Tuve que frenar de golpe para esquivarle.

—¡Logan, podría haberte atropellado! —grité.

«No, ahora no, no, Logan, ¡por favor!»

—¿No sabes que hoy es sábado? No hay clases.

—Ja ja. Sí, me he levantado pronto, ¿y qué?

—Nada; me parece bien —contestó mientras se limpiaba las manos en una toalla vieja y la arrojaba al maletero—. Necesito que me lleven al pueblo para comprar aceite para el motor.

Gemí por dentro, Hunter, el jefe supremo de la Almas Elegidas, me había convocado,

y ahí estaba yo, rodeada de grasa y aceite de motor. Sin embargo, era más fácil decir que sí a Logan que darle un no susceptible de levantar sospechas.

—Sube —le dije

—¿Ya has hecho los deberes de ciencias? ¿Sabías que Lucas por fin le ha pedido para salir a Jordan? —Ese era el Logan de siempre, hablando como una metralleta y soltando tonterías por la boca—. Y adivina qué: Bob Jonson estuvo en mi casa hasta las dos de la madrugada. Creía que no iba a irse nunca.

—¿Estuvieron tu padre y él bebiendo todo el rato?

El trayecto hasta el pueblo era corto y no me desviaba de mi ruta Centenal.

—Bastante. Mi padre aguanta bien el alcohol, pero Bob no. Tuvieron que llamar a un taxi para que lo llevara casa.

—Pues eso no suena muy bien —murmuré. Sabía que Logan podía comprar aceite en la gasolinera, así que me detuve allí—. Hoy hace mucho bochorno y no sopla ni un poco el viento —me quejé.

Logan ignoró mi comentario respecto al tiempo.

—El pobre hombre no podía ni tenerse en pie. Se sentaron justo debajo de mi ventana, bebiendo y hablando. Sobre todo de Jonas.

—Pobre hombre —repetí.

«Tengo que irme, Logan ¡Sal del coche!»

—Y de Foxton —prosiguió Logan. Y ahí fue cuando empecé a sospechar de él. Logan me observo detenidamente y prosiguió con el siguiente punto de su discurso—. No tiene mucho sentido pero Bob está convencido de que puede encontrar a Jonas allí arriba. Hasta jura haberlo visto.

—¿Estaba muy borracho? —musité mientras presionaba el botón para quitar el seguro de la puerta de Logan.

No estaba dispuesta a que me hiciera aparcar.

Logan seguía insistiendo en el mismo tema.

—A lo mejor es verdad que hay algo ahí. Bob Jonson dice que pondría la mano en el fuego por ello.

—Mi psiquiatra asegura que eso es lo que siempre hacemos: imaginar que vemos a la gente que acabamos de perder. Se nos aparecen de repente y creemos que son de carne y hueso. A veces hasta hablamos con ellos.

—¿Tu psiquiatra?

Era la primera vez que Logan oía hablar de ella, y yo pretendía que ello le impresionara lo suficiente para desviar la conversación.

—Sí. Fue idea de Laura. Por lo de Phoenix. Quién lo habría dicho, que se gastaría el dinero en terapia.

—Darina, no tenía ni idea.

—El caso es que la gente con trastorno por estrés postraumático imagina cosas, y eso es lo que está haciendo el padre de Jonas. Lo que necesita es ayuda, no alcohol.

—Supón que sea verdad —insistió Logan, inclinándose en el asiento con la cabeza vuelta hacia mí. Ya no me cabía la menor duda de que estaba comprobando todas y cada una de mis reacciones—. Supón que Jonas no esté realmente muerto.

Me entraron escalofríos.

—Logan, lo han enterrado, ¿recuerdas?. Hubo una autopsia y todo lo demás.

—Así pues —respiró hondo antes de preguntar—: ¿qué crees que sucede allí arriba? ¿Tenemos que empezar a creer en fantasmas?

Cerré los ojos.

—Cree lo que te dé la gana, Logan tengo que irme

—¿A Foxton? —mascculló en voz baja.

Di una palmada en el borde del volante.

—¿Qué has dicho?

—Olvida, creo que pasas demasiado tiempo allí arriba, eso es todo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Me has estado siguiendo?

—¿Por qué te enfadas conmigo, Darina? No lo entiendo.

—¡No me enfado! —Grite— Logan, ¿quieres comprar aceite para el coche o no?

Hizo otro regate táctico.

—Desde que Phoenix murió, te comportas como si odiaras a todos los tíos. Me apartas de tu lado, y eso que nos conocemos de toda la vida. Y le dijiste algo a Matt que lo sacó de sus casillas; si, he oído hablar de eso.

—¡Que yo dije algo a Matt! —prácticamente estaba vociferando—. ¿Sabes una cosa?, ¡este pueblo apesta! Solo tiene que abrir la boca para que cualquiera empiece a hablar mal de ti. Sal de mi coche, Logan. ¡Ya!

La expresión de su rostro se transformó en absoluta perplejidad cuando cayó en la cuenta de lo que le había dicho.

—Lo siento, Darina… No quería decir…

Tomé aire con fuerza.

—¿Y qué has querido decir, Logan? Deja que te diga algo: Matt Fortune me atacó, y Brandon Rohr me salvó. Fin de la historia.

—Sí, sigamos adelante.

Cubrimos corriendo los últimos cien metros que nos restaba para llegar a la casa.

Una vez allí, junto a la vieja furgoneta, con Hunter esperando en el interior de la casona, tuve un repentino ataque de nervios. Miré al hombre de hielo.

—¿Vas a entrar conmigo?

—No, Hunter a dicho que fueras sola.

—Y todos hacemos lo que dice Hunter —reconocí mientras subía los escalones del porche con un hormigueo en el estómago y en el corazón latiéndome con fuerza.

Estúpida de mí. Estuve a punto de llamar a la puerta.

—Entra, Darina —ordenó Hunter antes de que tuviera ocasión de llamar.

Giré la manija y me metí en la boca del lobo.

Hunter se hallaba sentado en una silla junto a la vieja cocina, de espaldas a mí; la melena gris le caía suelta por debajo del cuello. Se dio la vuelta poco a poco y pude apreciar sus rasgos cincelados de perfil: frente, nariz y mandíbula marcada, pómulos pronunciados, pelo peinado hacia atrás, con la marca de la muerte desdibujada y descolorida en la sien. Según deduje, se negaba a mirarme deliberadamente.

Entré en la estancia y esperé. Reparé en las capas de polvo de la mesa, en los desconchones de los platos verdes del estante. La historia de Hunter.

Transcurridos unos dos minutos, aún sin hablar, se giró para encararme a mí. Me estudió como si estudiara un mapa: los contornos, las zonas sombreadas, la forma de mis labios y el color de mis ojos.

El silencio me aturdía, el polvo centenario me asfixiaba.

—Phoenix dice que tienes un plan —grazné.

Hunter se levantó y se alzó imponente por encima de mí.

—¿Eres lo bastante fuerte? —preguntó.

No me acobarde, aunque estaba segura de que él podía oír los latidos de mi corazón. Clavé la mirada en sus ojos grises.

—Ponme a prueba.

—¿Puedes soportar el dolor?

Respiré con dificultad pero no respondí.

—Aún no lo sabes…eres muy joven.

—Perdí a Phoenix —le recordé—¿Te refieres a un dolor peor que ese?

—Sitúate bajo la luz —ordenó—. Aquí, junto a la ventana.

Hice lo que me pidió mientras me preguntaba si esa era la habitación donde habían disparado a Hunter hacia tantos años. Quizá aún hubiera sangre seca en el suelo. Dejé deambular la mirada por la estancia.

—No, Mentone no me disparo aquí. Lo hizo fuera, en el porche —me dijo con voz clara.

Me sobresalté y cerré los ojos.

«¡Maldita sea!»

—Marie no presenció lo sucedido. Ella estaba dentro de la casa. Y no me digas que lo sientes.

—No pensaba hacerlo —dije abriendo las ojos con un suspiro.

—¿Por qué llevas el pelo corto? —me preguntó Hunter de repente.

Esa pregunta personal me dejo más desconcertada que si me hubiera preguntado cualquier otra cosa.

—Para ser diferente —murmuré.

—Oh, Darina, nadie duda de que seas diferente —respondió como si el comentario le hubiera hecho gracia y hubiera olvidado el motivo por el que me hallaba allí—. Me arriesgaré —decidió—. He visto como te relacionas con Matt Fortune; con cierta torpeza, a veces, tal como predijo Arizona. Pero con agallas.

—Gracias. Creo.

El golpeteo de mi corazón contra las costillas empezó a remitir. Y era capaz de respirar.

—Mi pregunta es: ¿es Matt el tipo que andamos buscando?

—¡Por supuesto que sí! —grité, olvidándole de lo asustada que estaba—. No puedo lograr que lo admita, pero estoy segura de que tuvo algo que ver en el accidente de Jonas.

Hunter no reaccionó de inmediato. Meditó durante un momento.

—Matt Fortune es un tipo muy radical —dijo, más para sí mismo que para mí—. Es difícil que caiga bien. Pero esto no lo convierte en un asesino.

—¿Entonces por qué Zoey sueña con él? —pregunté— ¿Por qué se puso como si se le hubiera fundido un fusible cuando le presioné?

Hunter frunció el ceño.

—Ese es el riesgo al que me refería; puede que tengas razón, que Matt esté involucrado.

Si mi resolución iba a desmoronarse, ese sería el momento. Dejé que Hunter me taladrara con la mirada en busca de un punto débil.

—Si estás equivocada, malgastaremos la última oportunidad de Jonas.

Tragué saliva.

—No estoy equivocada.

—Pues entonces este es el plan —dijo Hunter.

ઉଓઉଓઉଓઉଓઉଓઉଓઉଓઉଓ

—Lo que necesitamos hacer es reconstruir el accidente —explicó Hunter.

Había compartido su plan conmigo y después habíamos esperado que Phoenix y Arizona regresaran de Amos Peak. Luego había llamado a Jonas, Summer, el Hombre de hielo, Eve y Donna para que asistieran con nosotros a una reunión de suma importancia.

El instante en que vi a Phoenix dirigirse hacia la casa se asemejó a la salida del sol. Me dejé envolver por su presencia, mi espíritu se sintió aliviado. Y el también, su rostro se iluminó al verme.

—Necesitamos traer a Matt hasta aquí, que venga por la carretera principal con la Harley y que se acerque tanto como nos sea posible hasta la cresta de Turkey Shoot —explicó Hunter.

—Eso está hecho—aseguró Arizona rastrando las palabras al hablar—. Solo necesitamos que encabece la marcha del martes en memoria de Jonas.

—El día en que se cumplirán doce meses del accidente —añadió Summer quien se mantenía cerca de Jonas para darle apoyo moral—. O sea que lo tenemos bastante bien.

—¿Y qué va a hacer Darina hasta ese momento? —quiso saber Phoenix.

—Mantenerse en segundo plano —afirmó Hunter—. No te preocupes, no volverá a exponerse a ningún peligro hasta el martes.

Phoenix me cogió de la mano. Era grande y ancha. La mía parecía muy pequeña dentro de la suya; teníamos los dedos entrelazados.

—¿Y luego qué? —preguntó Phoenix.

—Luego hará de catalizador. —La voz de Hunter no cambió de inflexión, se mantuvo tranquila y con su característico deje autoritario—. Darina ya sabe lo que tiene que hacer.

—También yo participaré en la marcha —le expliqué a Phoenix—. O bien iré en mi coche o de paquete en una de las motos; aún no lo tengo decidido. Saldremos del pueblo al ralentí. Cuando lleguemos a la cruz de neón, en el punto en que la carretera secundaria se bifurca, me situaré junto a Matt y lo desafiaré.

Noté como Phoenix me apretaba la mano con fuerza.

—¿Le desafiarás? —repitió

Podía percibir como intentaba controlar su rabia.

—Le diré algo para sacarlo de sus casillas. Algo relacionado con el accidente de Jonas. Lo enfureceré tanto que abandonar la marcha e irá tras de mí.

—¡Ni hablar! —protestó Phoenix, quien en lo único que pensaba era en protegerme y, pasando por alto las reglas de obediencia de siga al jefe supremo, se enfrentó a Hunter—. No te consentiré que hagas eso, ¡es demasiado peligroso!

Arizona dio medio paso hacia delante para decirle que desistiera. Summer se llevó una mano a la boca. Jonas y los demás se quedaron perplejos.

Hunter hecho la cabeza hacia atrás, recobró la compostura y silenció a Phoenix poniendo en jaque toda su fuerza hasta que sus piernas se doblaron y cayó al suelo.

—¿Alguna objeción más? —preguntó.

Phoenix logró ponerse de rodillas y corrí junto a él.

—No pasa nada; y dije que lo haría. Quiero hacerlo…por Jonas.

—Phoenix está a favor del plan de Hunter; ¿no es verdad, Phoenix —dijo Arizona hablando en su nombre e invitándonos a seguir adelante y olvidar el incidente—. ¿Y qué harás después, Darina?

—Haré que Matt me siga durante un breve trecho del camino, hasta donde Hunter nos estará esperando. Y allí estaremos los tres: Hunter, Matt y yo. —Respiré hondo antes de llegar al punto decisivo—.Y entonces viajaremos al pasado a través del tiempo.

—Exactamente nos trasladaremos doce meses atrás. —Hunter dejó a Phoenix indefenso en el suelo y clavó la mirada en Jonas—. Al mismo lugar y a la misma hora en que se produjo el accidente.

—¿Te los vas a llevar a los dos? ¿A Matt y a Darina? —quiso saber Jonas—. ¿van a viajar a través del tiempo?

—Ver es creer —asintió Hunter

—¿Sabe ella lo doloroso que es? —interrumpió Summer.

Unas miradas dubitativas se cruzaron por la estancia. Hunter se estaba enfrentando una renuncia nunca vista hasta entonces.

—Lo sé. Me ha hablado de ello —insistí—. Ha sido decisión mía. Y también sé que lo vamos a hacer solos: Hunter Matt y yo.

Cuando Phoenix oyó mis palabras, se puso en pie con dificultad. Se tambaleó a un lado y a otro en un vano intento por mantenerse erguido.

—Quiero estar allí—masculló dolorido.

—No, solo Hunter, Matt y yo. Conllevara un gran esfuerzo transportarnos al pasado a través del tiempo —proseguí mientras sujetaba a Phoenix por los brazos par que no cayera—. Cuanta más gente lleve consigo, más fuerza perderá y más dolor será, ya lo sabes.

—Darina tiene razón —le dijo Summer con suavidad—. Ya lo sabes, Phoenix.

Bajó la cabeza, contrariado por tener que dar su brazo a torcer, pero sabiendo que no podía ser de otra manera.

—Darina, el futuro eterno de Jonas depende solo de ti —sentenció Arizona con su habitual brusquedad—. Genial, Jonas, ¡eso daría que pensar a más de uno!

ꕤꕤꕤꕤꕤꕤꕤ

Pasé la tarde con las Almas Elegidas.

Lo digo sin pararme a pensar en ello, como si fuera algo normal. Como si lo hubiera hecho toda la vida.

El cielo había aclarado y era de un azul intenso. Un ave algo más grande que un milano, quizá un águila, planeaba por encima de Phoenix y de mi mientras seguíamos al Hombre de Hielo hasta una cavidad junto al río, donde había apilado un elevado montón de troncos, listos para servir de leña con que alimentar el fuego de invierno.

—Este es el mejor sitio para pescar —me dijo el Hombre de Hielo—. Desde la roca que hay en medio del río, a primera hora de la mañana, en cuanto sale el sol.

No pude resistir la tentación de ir de piedra en piedra hasta alcanzar la roca, mientras estiraba los brazos e invitaba a Phoenix a que se reuniera conmigo.

Negó con la cabeza. Desde su disputa con Hunter, se había mantenido en silencio, incluso distante; guardaba una distancia emocional que me estaba volviendo loca.

—¡Es maravilloso! —exclamé, de pie bajo el sol, rodeada de un agua cristalina que se arremolinaba y burbujeaba—. ¡Eh, veo peces!

Unas sombras parduzcas bajo el agua: de ojos redondos y mirada fija, cuerpos gordezuelos y moteados, y colas en continuo movimiento. Me tumbé en la roca para verlos mejor.

Al levantar la vista, Phoenix estaba a mi lado y el Hombre de Hielo había desaparecido.

—¿Por qué le llaman el Hombre de Hielo —pregunté con una radiante sonrisa que quería decir: «¡Haz cruzado para estar cerca de mí!»

—Se dedicaba a escalar montañas —me explicó Phoenix— Cuatromiles; muy por encima de las nieves perpetuas.

—¿Con crampones y piolets y toda la parafernalia?

Escalar una montaña de catorce mil metro en la nieve no era lo mío, aunque conocía a gente que lo hacía.

Phoenix asintió.

—Un día se le rompió la cuerda y cayó. Jamás encontraron su cadáver. Por eso está con nosotros.

Tuve un escalofrió y me acomodé un más cerca de él.

—Hablemos del sol brillando en el agua, de los peces gordos que esperan a ser pescados. De ti y de mí.

—No hablemos —dijo, y en vez de hablar me besó.

Calor, luz y amor. Antes del martes. Antes de que diera un paso de gigante hacia atrás en el tiempo por Jonas.



Capítulo 10

En mi lista de cosas que me ponen nerviosa, esa superaba con creces el primer puesto de lo que nunca había hecho. El paracaidismo en caída libre se llevaba un nueve de diez, y un vuelo en una nave espacial, un diez. Así que, sin duda alguna, viajar al pasado a través del tiempo se llevaba un once.

El martes después de clase. El Día de Jonas.

—Darina, tienes un aspecto horrible —me dijo Laura cuando fui a verla a la tienda después de volver de Foxton—. ¿Ha pasado algo malo?

Negué con la cabeza. Había pasado un rato de ensueño con Phoenix en el río, para todo el mundo como dos enamorados más: compartiendo nuestros sentimientos, sonriendo, abrazándonos, acariciándonos sin necesidad de hablar. Deseosos de ser dos enamorados más, y no esa extraña mescolanza real e irreal, humana y semihumana.

ଓଓଓଓଓଓଓ

—Así es como tendría que ser —dije con un suspiro mientras me acurrucaba junto a él, «si no te hubieran asesinado».

—Así es como es —contestó él.

Y aunque «despedirse es un pesar tan dulce…», nos despedimos sin dulzor.

—Me acaba de dar la orden de acompañarte hasta el coche ahora.

Phoenix se levanto de la orilla del río y me ofreció su mano.

—¿Quién?

Miré alrededor y no vi a nadie por allí.

—Hunter —respondió Phoenix.

—¡Hunter! —exclamé al mismo tiempo que él.

El jefe supremo.

Phoenix sacó el labio inferior hacia fuera e hizo una mueca.

—Dice que ha llegado el momento de despedirnos.

Me levanté poco a poco.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta después de lo del martes, cuando todo haya acabado.

Encabezó la marcha a lo largo del río, y de vez en cuando miraba hacia atrás para asegurarse de que le seguía.

Una vez más sentía que se abría una brecha entre nosotros. Tuve que echar a correr para alcanzarle.

—¿Significa eso que no podré volver aquí hasta entonces?

Phoenix se detuvo ante un enorme canto rodado en cuya superficie de granito brillaban numerosas motas blancas. Se apoyó en él, con las manos en los bolsillos y la vista levantada al cielo.

—Ese es el trato; según Summer, tenemos que descansar. En cada ocasión, antes de que suceda algo importante, nos mantenemos en un segundo plano, con la esperanza de no tener que utilizar demasiada energía, y nos limitamos a concentrarnos y planificar lo que tenemos que hacer.

—Así que ¿Viajar a través del tiempo es algo de suma importancia para las Almas Elegidas? —le pregunté con el estómago dando brincos como si estuviera en una montaña rusa.

—Casi como el primer viaje desde el limbo hasta aquí, hasta el otro lado, que es el más importante para nosotros —admitió—. Conlleva una gran pérdida de poderes; por eso Hunter solo lo lleva a cabo como último recurso, una especie de juego final.

Respiré hondo. «Cálmate.» Le sonreí con mi sonrisa de valiente.

—¿Y tú qué opinas? ¿Crees que realmente es ahí a donde tenemos que dirigirnos?

Phoenix no contestó. En vez de eso, me rodeó con sus brazos y me abrazó más fuerte

de lo que pretendía, con sus labios contra mi coronilla, acunándome suavemente adelante y atrás.

ઉ૪ઉ૪ઉ૪ઉ૪ઉ૪ઉ૪ઉ૪ઉ

—¿Has tenido un accidente con el coche nuevo? —me preguntó Laura, que trataba de averiguar por qué estaba tan pálida y temblorosa.

Chasqueé la lengua contra los dientes.

—¿Has discutido con Jim? —aventuró.

—No, de verdad, mama, estoy bien.

Había conducido hasta Foxton y me había dejado caer por la tienda sin proponérmelo. Y ahora empezaba a desear no haberlo hecho. Además de tener que someterme a las técnicas inquisitoriales de Laura, tuve que ver cómo un grupito de chicos del instituto se detenían en el aparcamiento, entre quienes estaba Lucas, Jordan y Matt. Me agazapé en uno de los probadores que tenía más cerca para asegurarme de que no me vieran.

Laura no aflojó las riendas.

—¿Desde cuándo estas peleada con Jordan? —preguntó con las nariz pegada en la ventana tras llegar a una conclusión equivocada—. Creía que erais intimas.

—Y lo somos. No se trata de ella, sino de Matt. —Y con un limpio y rápido juego de manos para cambiar de tema, que también se me daba, permití que Laura conociera algunos de los motivos por los que me mantenía alejada de Matt Fortune—.Siempre mete cizaña ente Zoey y yo. Además es un gilipollas.

—¡Darina!

Laura miró a ambos lados para comprobar si alguna clienta me había oído.

—¡Lo es! El otro día se puso como una moto en la cafetería Starlite, gritando y comportándose como una persona muy desagradable porque le dije algo que no le gusto.

Laura reaccionó como si le hubiera picado una avispa.

—¿Que quieres decir con que se comporto de forma muy desagradable? ¿Se portó mal contigo? ¿Te levantó la mano?

Asentí.

—Me cogió como si fuera una muñeca de trapo y me sacó a rastras de la cafetería.

Delante de todo el mundo. Por suerte, Brando estaba allí.

La avispa pareció picarle una, dos, tres veces. Una: Matt era violento. Dos: me había humillado públicamente. Tres: Brandon Rhor se había metido en medio. Laura se tambaleó conmocionada.

—¿Cuándo sucedió eso exactamente? ¿Dónde está mi móvil? Tengo que telefonear a Jim.

Orgullosa de mí misma por haber desviado la atención de Laura, salí de la tienda y me di de bruces con Logan, quien se paseaba por el centro comercial acompañado de Christian.

Se hizo un incómodo silencio entre Logan y yo hasta que Christian lo llenó hablando sobre mi coche nuevo y su próximo combate en la liga del instituto de peso medio, que se celebraría el jueves siguiente en Carolina del Norte.

—Se celebra dos días después de la marcha en memoria de Jonas —me recordó Christian, como si me hiciera falta que alguien me lo recordara. —Mi entrenador me ha dado fiesta para que pueda ir.

—Y a todo el instituto Ellerton. —Logan dijo que se había encontrado con uno de los profesores del centro y que le había dicho que el cuerpo docente tenía previsto asistir, incluido el director Valentin. —Todos queríamos a Jonas —añadió—. Todos le echamos de menos.

Podía haber recogido el guante y haberle plantado cara. «Lo que quieres decir es que no todo el mundo quería a Phoenix. ¿Ni que todos le echan de menos?» Pero no me quedaban fuerzas para eso. Así que me limité a sonreír a Christian, le deseé suerte con su entrenamiento y proseguí mi camino, poniendo como excusa que tenía que leer un mensaje de móvil.

El mensaje era de Zoey: «Mi madre me lleva al centro comercial. Nos vemos en la Starlite dentro de 5 min.»

Me quedé de piedra. Me sentía como si acabara de viajar al pasado y la Zoey del mensaje fuera la de antes del accidente. Zoey iba a ir al centro comercial un sábado por la tarde. Quería que nos encontráramos en el lugar de siempre.

Le devolví el mensaje— «Nos vemos allí» y eché a correr por el aparcamiento a tiempo de ver a la señora Bishop sacar del maletero la silla de ruedas ultra moderna de Zoey y luego hacerse a un lado para permitir que Zoey saliera del coche sin ayuda.

—¡Tachan! Zoey levantó la vista y me vio delante de ella con la boca abierta—. ¡Mírame!.

Dio un paso, dos, y luego tres. Su madre se mantenía a la expectativa por si tenía que correr por su auxilio. Sacudí la cabeza, impresionada.

Tres pasos y alcanzó la silla con la mano. Se dio la vuelta con cuidado y se sentó en ella. Levantó la vista hacia mí y me sonrió.

Me eché a llorar, a reír y a sus brazos, y luego me acordé de la señora Bishop, así que intenté decirle hola y lo genial que me parecía aquello, y que no podía creerlo y lo orgullosa que estaba de Zoey y que ¡No podía creerlo!.

La madre de Zoey también lloraba. Me cogió la mano y la apretó.

—Tenemos hora en la peluquería y Zoey quiere comprarse ropa.

—La que tengo esta pasada de moda —dijo Zoey—. Mamá,¿ por qué no vas tú a la peluquería y dejas que me quede en la cafetería con Darina?

—¿Estás segura? —La señora Bishop dudó, aunque no por mucho rato. Al igual que yo, también ella creía que Zoey había vuelto a ser la de antes—. Si buena idea, así tendréis tiempo para ponerse al día.

Se marchó tensando hasta el máximo la cuerda invisible que la ataba a la Zoey enferma, mirando constantemente hacia a atrás mientras caminaba por la acera hacia la peluquería.

—¡Mírate! —exclamé con un suspiro mientras seguía su silla de ruedas zumbante hasta el interior de la Starlite, pasando por alto el hecho de que estaba demasiado pálida, demasiado delgada y de que su sonrisa era superficial.

La camarera movió la silla para hacernos sitio en la mesa. Unas cuantas personas se nos quedaron mirando.

—Sí, mírame —contestó también con un suspiro. En cuanto su aparente sonrisa desapareció pude ver el dolor que sus ojos traslucían—. La verdad, Darina, ¿Hasta qué punto puede servirme de ayuda un cambio de color de pelo y de imagen?

—Es un comienzo —respondí con una sonrisa cada vez más triste—. Y que puedas caminar, Zoey, eso es extraordinario.

Se lo prometí a Kim. —Zoey no apartaba la vista de mi para no prestar atención al resto de los clientes—. Le dije que vendría al pueblo al menos una vez antes de mi siguiente sesión de terapia.

—Y lo has hecho.

—Aquí estoy —convino de forma categórica—. Con un dolor terrible a cada paso que

doy.

—Todo será más fácil con el paso del tiempo.

—¿Tú crees?

La camarera trajo nuestros refrescos con la típica sonrisa que se dedica a los desafortunados.

—¿Algo para comer? —preguntó Zoey negó con la cabeza.

—Lo he hecho; he pedido a mi madre que me trajera. Pero soy una cobarde. He tenido que enviarte un mensaje para poder enfrentarme a eso.

—Y me alegra que lo hayas hecho.

Desesperada por no ser condescendiente, apenas dije nada más. Esperaba que mis ojos hablaran por mí.

Y parecía surtir efecto. Zoey estaba cada vez más relajada, y me estaba explicando que su psicoterapeuta le había propuesto unas rutinas nuevas que llevar a cabo, cuando aparecieron Matt Fortune, Lucas y Jordan.

«¡Dios, que tenga la decencia de no acercarse a nosotros!». Literalmente, rece. Pero dios no me escucho. Durante una milésima de segundo, Matt pareció dudar y luego vino hacia nosotros.

—Eh, Zoey, ¿qué tal estas? —preguntó arrastrando una silla hasta nuestra mesa mientras Lucas y Jordan se quedaban atrás.

—Bien, gracias —susurró Zoey sin apenas mover los labios.

Sin mucho éxito, intentó esbozar una sonrisa a los otros dos.

—Me he quedado de piedra al verte —prosiguió Matt—. No me malinterpretes, Zoey, tienes un aspecto magnifico, pero es que no esperaba verte aquí.

Me pregunté si nos estaba dando la tabarra solo para vengarse de mí. Matt Fortune en acción. O puede que tuviera una razón incluso peor, y más profunda, directamente relacionada con Zoey.

—¡Eh, chicos, venid y saludar! —gritó a Lucas y a Jordan—. Le estaba diciendo a Zoey que no esperábamos verla de vuelta tan pronto.

Mientras se acercaban hasta nosotros clavé la vista en Zoey, quien no dejaba de temblar, y le pregunté con la mirada si quería que nos marcháramos de allí. Ella asintió

con un imperceptible gesto.

—Hola, Jordan, Lucas. Lo siento, pero hemos quedado con la señora Bishop en la peluquería —dije, mientras me daba prisa en apartar mi silla y sobresaltándome por el chirrido.

Me hice a un lado para que Zoey pudiera salir.

—Bueno, Zo, te veo realmente bien. —Matt también se hizo a un lado de forma exagerada—. Así que, a lo mejor, como ya estás mejor, puede que te veamos el martes.

En ese momento deseé que la tierra se abriera y que nos tragara. Clavé la vista en los extraños ojos de Matt Fortune y me entraron ganas de matarlo.

—¿El martes? —repitió Zoey con un inaudible susurro.

Obviamente, no sabía ni una palabra.

—El día de la marcha en memoria de Jonas —explicó—. Para conmemorar el aniversario. Aunque no hace falta que te lo recuerde.

ଓଓଓଓଓଓ

Zoey se dirigió directamente hacia el coche.

—Abre la puerta —suplicó— Darina, por favor, ábrela.

—¡No tengo la llave!

Sentí nauseas mientras, desesperada, miraba en todas direcciones en busca de la señora Bishop. Matt aún se hallaba en el interior de la cafetería con Lucas, mientras Jordan bajaba corriendo por la acera, presumiblemente para ir en busca de la madre de Zoey.

Zoey se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Por qué nadie me lo dijo? Darina, ¿Cuánto hace que sabes lo de la marcha?

—No mucho. Fue Matt quien lo planeo. El resto lo único que hizo fue seguirlo.

—¿Por qué? No tiene ningún sentido.

—Para honrar la memoria de Jonas: al menos eso es lo que dice él. Y a los demás les pareció genial.

Me incliné junto a Zoey y agarré el brazo de su silla.

—No esperaba eso de Matt —dijo con un sollozo—. A Matt nunca le cayó bien Jonas. Lo odiaba.

—Exacto.

—Cuando veo su cara en mis pesadillas, está llena de odio. Reflejado en sus ojos, en la forma en que su boca se tuerce en una falsa sonrisa ¡Y no lo soporto!

—Yo tampoco.

Lo único que podía hacer en esos momentos era cogerle la mano mientras lloraba.

—¿Qué le pasa a ese tipo?¿Por qué no me deja en paz?

—Creo que está asustado —dije en voz baja; era la primera vez que lo decía, incluso a mí misma—. Todo ese odio no hace más que ocultar lo asustado que estaba por lo que puedas saber.

Zoey alzó la vista. Durante una milésima de segundo, pensé que había recordado algo, pero lo que fuera que recordó se desvaneció con la misma rapidez.

—Darina, tu sabes perfectamente que se siente cuando se te rompe el corazón, el momento exacto en que sucede.

Asentí.

Tenía los ojos abotargados y henchidos por la pena, y la boca desdibujada. Su dolor era inconsolable.

—Perdí a Jonas y, crac, mi corazón se partió en dos. Como te pasó a ti con Phoenix.

Me llevé una mano a la boca, pero un sollozo se escapó entre mis labios en una cálida ráfaga.

—¿Y sabes que es los, lo peor de todos?

Zoey cayó a la espera de mi respuesta, pues estaba segura de que yo la sabía.

—Que eres incapaz de decirle adiós-susurre.

La señora Bishop llegó a todo correr y ayudó a Zoey a entrar en el coche.

—Confiaba en que cuidarías de ella —me dijo con amargura.

Vi como el vehículo se alejaba del centro comercial y pasé por delante de Jordan,

quien admitió que Matt no tenía que haberle hablado de esa manera, que carecía de don de gentes y que ya sabíamos cómo eran los chicos.

—¡No tenía intención de hacerle eso a Zoey! —gritó mientras me alejaba.

—No tienes ni idea de las intenciones de Matt —le espeté.

El corazón me iba al mil por hora, y la pena que sentía me desbordaba.

—¡Zoey no tenía por qué saberlo! —Repetí a voz en cuello mientras me sentaba tras el volante y salía del aparcamiento—. Y mucho menos por boca de Matt Fortune.

La noticia había hecho añicos su inseguro rumbo hacia un futuro sin Jonas, como una mina que hubiera explotado bajos sus pies. Y él se lo había revelado sin importarle el daño que pudiera causarle a ella, pensando solamente en sí mismo. «Soy el líder de la marcha fúnebre. Voy cubierto de cuero y conduzco una Harley. Vosotros, seguidme.»

Zoey había estado a punto de morir en el accidente. Había perdido a Jonas.

Aumenté la velocidad al salir del pueblo bajo el incipiente crepúsculo, llegué a la cresta de Turkey Shoot, y gire a la izquierda hasta la carretera secundaria en el preciso instante en que se encendía la luz azul de la cruz de neón.

Como siempre, el campo de fuerza de la cresta de Foxton me golpeó con toda su crudeza. Me apeé del coche y me encaminó hacia la Roca del Ángel. Las negras montañas contrastaban contra el cielo púrpura, y un millón de alas se cernieron sobre mí, impidiéndome respirar, lacerando mi palpitante corazón. No me importó. Podría sobrellevarlo, pues sabía lo que me aguardaba al otro lado. «Soy yo, Darina. Se supone que no tendría que estar aquí, pero ¡Dejarme pasarlo!»

Sin embargo, el sonido de las alas se intensificó, como una tormenta cayendo sobre mi cabeza, obligándome a retroceder. Perdí el equilibrio y resbalé por una pendiente de granito hasta a aterrizar en unos arbustos, cuyas espinas se me clavaron en la piel y me arañaron mientras me arrastraba a gatas. Me senté con las manos alrededor de las rodillas, ovillada en la ladera de la montaña, esperando a que el ruido cesara. Millones de almas perdidas, un revuelo incesante de alas se cernía sobre mi y llore por ellas en su desesperado sufrimiento.

A través de mis lágrimas vi las calaveras, un buen número de cráneos me rodeaba, salía de las sombras, se precipitaba hacia mí como si sus cuencas vacías tuvieran el don de ver; oscuros agujeros en cráneos sobre hileras de dientes sonrientes. Se acercaban cada vez más y más y me arrastraban hasta la gran nada que había tras sus ojos inexistentes..

—¡Hunter! —llamé a gritos al jefe supremo de las Almas Elegidas.

Estaba a punto de se engullida por ellos, a punto de olvidarme por completo de por que mé hallaba allí y de a quien había ido a ver. Grité el único nombre que permanecía en mi mente.

Una figura de elevada estatura apareció en la Roca del Ángel. Avanzó hacia mí dando grandes zancadas bajo una extraña penumbra, con un brillo muy parecido al de la cruz de la colina.

—Hunter —dije entre jadeos—. Haz que se detengan.

Avanzó entre la barahúnda del golpeteo de alas que le levantaban hacia atrás la larga mata de pelo mientras cruzaba la roca pulida por donde me había resbalado y caído. Al llegar hasta mí y extender una mano, las calaveras desaparecieron.

—Levántate —me ordenó.

En cuanto me puse de pie, me soltó la mano y me atravesó con una mirada helada para leer en mis ojos el motivo que me había llevado hasta allí. Después, negó con la cabeza lentamente.

—Deja que te lo explique —le supliqué mientras trataba de reunir las escasas fuerzas que me quedaban para intentar enfocar la mirada, a pesar de la alas que se hacinaban a nuestro alrededor—. Sabes cuánto deseo ayudar a Jonas y a los otros; te lo he demostrado con creces. Pero también quiero ayudar a Zoey. Y lo está pasando muy mal.

—Eso no es asunto mío —contestó Hunter—. Me has desobedecido, Darina, Phoenix te dijo que te mantuvieras lejos de aquí hasta el martes. Ya sabes por qué.

—Lo sé. Pero acabo de encontrarme con Zoey, eso ya lo sabes también, ¿no es verdad? Esta haciendo grandes progresos. Ir al centro comercial ha sido un gran paso para ella, le ha llevado un año entero poder darlo. Y Matt lo a echado todo por tierra una vez más.

—Ella es joven. Su corazón sanara.

Hunter seguía mirándome fijamente; buscaba algo que yo no podía descifrar. Ya no parecía estar furioso.

—No lo hará —negué—. No hasta que por fin pueda despedirse de Jonas.

Hicimos un pacto. Hunter permitiría que Jonas hiciera una visita a Zoey. No me dejó darle las gracias, me dijo que no lo hacía por mostrarse amable, si no porque me estaba arriesgando por las Almas Elegidas y merecía una retribución.

—Cuando te marches de aquí, ve directamente a casa de Zoey —me instruyó—. Jonas irá poco después.





—Gracias —le dije de todas maneras—. Hablará con Jonas, pero luego él le borrara la memoria para que no pudiera recordar nada. ¿Es así como funciona?

Hunter asintió.

—Le dolerá bastante. Por eso tienes que estar con ella.

Me había olvidado completamente del asunto del dolor. Me estremecí. Sin embargo, recordé que Bob Jonson y los otros vigilantes había pasado por ello y aún estaba vivitos y coleando. Pero ellos eran unos tipos duros, y Zoey ya había sufrido bastante...

—Crees que es algo fácil —dijo Hunter con una leve sonrisa—. Pero nunca lo es.

ೋღೋღೋღೋღೋღೋღೋღೋ

Regresé en mi coche y encontré a Zoey en el patio de las cuadras acompañadas por sus dos caballos. El patio estaba completamente iluminado por luces con sensores que respondían al movimiento.

Estaba en su silla de ruedas, junto a la puerta de la caballeriza de Pepper.

—Ve a buscarla —me había dicho la señora Bishop en cuanto llamé a la puerta—. Siento haberte gritado, Darina. Zoey me explicó lo de Matt y lo de la marcha conmemorativa. Está tan traumatizada que apenas sé por dónde empezar a contártelo.

—Eso se lo ha hecho rememorar todo de nuevo —conteste—. El accidente, la pérdida de Jonas...todo.

—Su padre ha ido a hablar con el director Valenti. Dice que la ceremonia es totalmente improcedente: Las Harley y todo lo demás. Quiere que la escuela lo impida, si es que pueda hacer eso.

Atravesé el vestíbulo, pase por la habitación de Zoey y franquee las puertas de la terraza que conducían al patio de las cuadras. Me vio y dio media vuelta con un movimiento de cabeza.

No quería a nadie en su mundo privado excepto a la única persona a quien no podía tener.

Esperé.

Poco a poco se empezó a oír un aleteo, lo bastante alto como para alertar a Merlin y a Pepper, pero no lo suficiente para asustarlos. Estiraron la cabeza por encima de las puertas de las caballerizas. Zoey no prestó atención. En un rincón oscuro del patio apareció de repente una silueta que brillaba tenuemente. La alarma de seguridad no se

encendió.

Al principio no fue más que una indistinguible silueta, que emitía una luz amarillenta y rojiza alrededor de su contorno y creaba un efecto semejante a la luz que se filtra en los bordes de una película de celuloide. Entonces Zoey percibió que había alguien más. Dirigió la mirada hacia la figura emergente con unos ojos brillantes y abiertos como platos.

Jonas apareció. No se movió ni dijo ni una sola palabra hasta que ella le reconoció. Luego el sonrió.

Los ojos de Zoey se abrieron aún más y él se inclinó hacia su silla de ruedas. Zoey comprobó y volvió a comprobar que realmente él estaba allí.

—Hola —saludo él con voz ahogada mientras daba un paso hacia ella.

La expresión de Jonas lo reflejaba todo: conmoción y lo enferma que parecía ella, dolor por haberla perdido y, por encima de todo, un amor puro.

—Jonas. — Pronunció su nombre con un jadeo y se agarró con fuerza a los brazos de su silla para levantarse lentamente hasta mantenerse en pie un tanto tambaleante ante la puerta de la caballeriza de Pepper. Su rostro parecía haberse transformado. Un milagro acababa de producirse ante sus ojos—. Has vuelto.

Jonas corrió hacia ella para levantarla en brazos. Ella le echó los brazos al cuello, llorando y riendo a la vez. Enterró la cabeza en su hombro mientras él la abrazaba con su cuerpo.

—Bájame. Peso demasiado —dijo Zoey tras un largo abrazo.

—Eres ligera como una pluma —contesto él con una sonrisa, devolviéndola al suelo mientras le acariciaba el pelo—. Deberías comer más.

Zoey depositó las yemas de los dedos en sus labios. Luego reparó en las diminutas alas de ángel que llevaba tatuadas en el cuello.

—Esto es nuevo.

El asintió. Tenía muchas cosas que explicar, cosas que Zoey jamás recordaría, así que se limitó a abrazarla.

—Me has dejado muy sola —susurró ella con los labios en su mejilla —¿Dónde has estado?

Su pregunta le resultó muy dolorosa. Lo único que él quería era besarla y que guardara silencio.

—Tuve un accidente con la Dyna —le recordó—. Lo siento tanto...te quise más que a mi vida.

—Repítemelo —suplicó ella.

—Te quise... te quiero más que a nada en este mundo. Jamás querré a nadie más.

—Yo también te quiero —contestó ella.

—¿Te acuerdas del lago Hartmann?

—El agua fresca. Me cogiste de la mano y me dijiste que me querías.

—Se te cayó un zapato al agua.

—Tú lo pescaste. —Zoey sonrió con una sonrisa trémula. Ella conservaba cada detalle diamantino en su mente: los juncos se habían abierto y el zapato había flotado como una canoa—. Y ahora vuelvo a abrazarte, y puedo ver tus ojos azules, sentir tus suaves labios.

—¡Tienes que alimentarte! —le suplicó—. No desfallezcas.

—Lo haré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Vuelve a caminar.

—¡Mírame! —susurró ella al tiempo que se soltaba de él lo suficiente para alejarse dos pasos de él y dos pasos hacia delante.

Le sonrió como si hubiera atravesado el Gran Cañón por una cuerda floja.

—Sé fuerte —dijo Jonas volviendo a sujetarla con fuerza. Por encima del hombro de Zoey me vio de pie y en silencio en el rincón más alejado del patio—. Incluso cuando no vuelvas a verme nunca más ni a oír mi voz, sé fuerte.

Durante largo rato, Zoey no se movió. No obstante, poco a poco, empezó a soltarse del abrazo de Jonas, hasta que se mantuvo erguida y lo miró a los ojos.

—¿Vas a marcharte de nuevo?

—Debo hacerlo; no tengo otra opción. Te quiero, Zoey.

—¿No volverás?

—Te quiero.

No podía decir nada más. Ni hacer nada más.

Los labios de Zoey se movieron para pronunciar las mismas palabras, y las dijo en voz tan baja que ni siquiera Jonas fue capaz de oírlas.

—Adiós —susurró ella.

ଔଔଔଔଔଔଔ

Jonas se marchó del patio de la forma en que lo hacían las Almas Elegidas: en una fracción de segundo dejo de ser un cuerpo vivo y sólido para convertirse en un tenue resplandor y desaparecer por completo.

Zoey cerró los ojos y la ayudé a sentarse en su silla de ruedas, sosteniendo su mano mientras su cuerpo se volvía frió y empezaba a tiritar como si la hubieran sacado de un lago helado. Su rostro tenía una palidez cadavérica.

—No pasará nada —murmuré.

Su cabeza cayó hacia atrás contra la silla, dejando su cuello a la vista, delgado y delicado como el de un pájaro. Sus ojos describieron una circunferencia bajo unos párpados surcados de profundas venillas azules.

—Aguanta —le rogué, terriblemente asustada por su respiración agónica—. Pronto acabará.

Zoey arqueó la espalda y se agarró a mi mano, aún temblaba, pero sus ojos comenzaron a enfocar cuanto la rodeaba. Giró la cabeza hacia a mí y pronunció mi nombre.

—¿Darina?

Asentí y respire hondo.

—Aguanta —susurré

—Oigo unas alas —dijo con voz débil—. Están por todas partes. Me duele la cabeza. ¿Dónde estoy?¿Que ha pasado?

Había jurado no explicárselo, así que aguarde en silencio.

—Es increíble. Jamás había escuchado tantas alas, una enorme bandada de pájaros, pero no los veo. —Zoey suspiró y se pasó la lengua por unos labios resecos—. He visto a Jonas.

De nuevo guardé silencio.

—En un sueño. No, ha sido más que un sueño normal y corriente, una visión. Jonas, tal y como era.

La observé llena de ansiedad; le acaricié el brazo.

—Éramos tan felices... Increíblemente felices. Luego nos despedimos. Y ahora me siento completamente distinta; ligera. No sé cómo explicarlo.

—No es necesario —le dije.

—No tengo miedo —confesó—. Sé que Jonas se ha ido lejos y que no regresará. Estoy apesadumbrada, pero de alguna manera sé que no volveré a estar sola.

Su rostro volvía a recuperar el color y empezó a respirar pausadamente.

Mi cara estaba cubierta de lágrimas de felicidad.

—Ya no oigo las alas. Se han detenido. —Zoey miró alrededor del patio como si despertara de una anestesia—. ¡Ha sido asombroso!

—Me alegro por ti.

Por decirlo de alguna manera, se había quitado un peso de encima, se había liberado de sus grilletes, el sol había surgido entre las nubes...-Eso era lo que le había sucedido a Zoey.

—He recuperado mi vida —anunció con un suspiro.

Deslicé una mano en el interior del bolsillo de mis vaqueros y lentamente saqué la hebilla plateada de Jonas. «Siempre fiel a los dictados del corazón.» Se la entregué a ella.

La sostuvo en la palma de la mano. Después, como una mirada esperanzada, se la llevó a los labios y la besó.



Capítulo 11

Después, tuve que pasar por la rutina de todos los días.

Laura le dijo a Jim que Matt me había hecho en la Starlite, y Jim se dio una vuelta por el taller de Charlie Fortune (la única familia que Matt tenía en Ellerton). Regresó con la promesa de Charlie de que Matt se mantendría alejado de mí.

Le di unas gracias cargadas de sarcasmo. A: porque puedo cuidar de mí misma, y B: porque la estratagema de Jim no funcionaría. De hecho, podría garantizar que Matt se comportaría incluso con más mezquindad que antes.

El domingo corrió la voz de que el señor Bishop había telefoneado al director Valenti para intentar detener la marcha del martes, pero el director no podía imponer su criterio más allá de los límites del instituto.

—Lo que los estudiantes hagan en su tiempo libre es cosa de ellos —fue la respuesta que recibió.

Y sugirió que el padre de Zoey debía hablar con el sheriff, para comprobar si el desfile de motos de Matt infringiría alguna norma de circulación. Lo que evidenciaba la escasa imaginación que tenía *Il Duce*, y lo poco que servía de ayuda a los Bishop.

Oh, y luego también tuve que soportar a Logan.

Se presentó en mi casa a última hora del domingo por la tarde, ocultando la negatividad de la que había hecho gala últimamente, y sacando a relucir al indiferente Logan de siempre. Nos sentamos en el porche como habíamos hecho millones de veces.

—¿No vas a preguntarme si he hecho los deberes? —bromeé—. ¿O si he comprobado el indicador de gasolina de mic oche?

—Sí, ya sé que soy como un grano en el culo —dijo con un suspiro, mientras estiraba las piernas y se retrepaba en el chirriante balancín—. Es duro convivir conmigo ¿eh?

—Hemos tenido unos cuentos encontronazos últimamente —convine, contenta de que mantuviera las distancias.

Había dormido hasta tarde y me había quedado en casa para recuperarme del día anterior. Así que no me había puesto rímel y deambulaba ataviada con unos vaqueros viejos y una camiseta.

Logan permaneció un rato columpiándose y haciendo crujir el balancín.

—¿Y estás dispuesto a no volver a decirme que me esperarás hasta que me enamore de ti? —le desafié.

«¡Dejémoslo bien claro de una vez por todas, Logan! »

Detuvo el balancín y se me quedó mirando.

—No te importa herir mis sentimiento, ¿verdad?

—¡Pues claro que me importa! —«El momento de la verdad»—. No quiero lastimarte, pero tienes que dejar de agobiarme de la forma en que lo has hecho últimamente. No es así como tiene que ser; somos amigos. Al menos, eso creo.

—Amigos —asintió, logrando expresar en una palabra su inmensa decepción y desilusión.

—Eh, no lo eches por tierra. Me alegra que seamos amigos, si tú quieres.

—¿Eso quiere decir que acudirás a mí en cuanto tengas problemas?

—A veces, sí.

—¿No siempre?

—No. Algunas cosas con privadas. Y me gusta que así sea.

—¿Y podré seguir hablando contigo de todo?

—Siempre que quieras.

La forma tan literal que tenía Logan de establecer barreras me hizo sonreír.

—¿Qué te pasa?

Logan empezó a columpiarse de nuevo.

—¿Tan trasparente soy?

—Como el agua.

—Pues bien, acabo de marcharme de mi casa porque Bob Jonson está otra vez bebiendo con mi padre. No soporto verlo.

—Seguro que no es muy agradable.

—Tiene que mantenerse sobrio hasta el martes, y no estoy seguro de que pueda hacerlo, no si mi padre le sigue ofreciendo alcohol y consiente que la bebida le nuble la mente.

Me llamó la atención algo en lo que no había reparado antes, y si no me había dado cuenta de ello era porque cuando estás mucho tiempo con una persona son muchas las cosas que se te pasan por alto. Logan se comportaba como si fuera el padre, y su padre como si fuera el hijo; el mundo al revés. Y ahora también tenía que batallas con Bob Jonson.

—Eso no es cosa tuya —le dije en voz baja.

—Y no solo se trata de las cervezas seguidas de los whiskies —continuó Logan—. Todos sabemos lo que se avecina, el aniversario y todo lo demás, que ya es bastante duro para Bob como para encima tener que añadirle lo de la marcha. El martes estará el borde del precipicio.

Me incliné en la silla hacia delante.

—Creía que apoyabas la iniciativa de Matt. Creía que todo el mundo lo hacía.

—No estoy seguro, Daria. Me sentiría mejor si otra persona se encarga de ello. De la manera en que va a llevarse a cabo, parece…peligroso. Algo así como prender una mecha y echar a correr. ¿Te parece una estupidez lo que digo?

—No. Explícate.

—Matt es un tipo descontrolado. Y nunca ha organizado nada parecido. Habrá docenas de motos, puede que un centenar. Y las emociones estarán a flor de piel. Sin embargo, Valenti lo ha aprobado, lo sabías, ¿no?

—Lo que en realidad ha dicho es que no podía impedirlo.

Se trataba de algo muy extraño. Estaba de acuerdo con todo lo que Logan decía y, sin embargo, necesitaba desesperadamente que la marcha en memoria de Jonas de llevara a cabo. Me sentí como si me hubiera partido por la mitad.

—Así es, ni tampoco hay nada que pueda hacer yo. Excepto acudir en una de las motos de Charlie.

—Tenemos que ir todos —insistí. Tomé una decisión respecto a dónde quería estar el martes siguiente—. ¿Puedo ir contigo en la moto?—pregunté—. Cerca de la cabeza de la marcha, junto a Bob y Matt.

Las cosas normales y corrientes de cada día. Lunes en el instituto: charlar con Jordan y Hannah, escuchar las interminables conversaciones de Matt por su móvil, ultimar detalles sobre la hora y el lugar, hablar con su hermano en cuanto al número de motos que nos iba a prestar.

Cuando tuvo un rato libre me acorralo.

—¡Eh, la hija de papa!

Estábamos en un descanso entre clases, en una escalera con una vista lejana de Amos Peak. No había nadie a nuestro alrededor.

—¡Aléjate de mi, Matt!

—¡Oh! ¿La hijita de papá necesita protección del malo y grandullón Matt?

Él sabía que Jim no era mi padre, por lo que acaba de meter el dedo en la llaga. Intenté escabullirme, pero me dio un empujón contra la barandilla de las escaleras.

—¿Sabes lo que le dije a Jim cuando vino a verme? Le dije que debía estar bromeando. De ninguna manera perdería mi tiempo molestando a su hijastra, la señorita rarita. No es mi tipo, le dije. Y, de todas maneras, ¿le ha echado un vistazo últimamente? Desde que Phoenix murió, se ha abandonada bastante.

La cabeza me daba vueltas y sentí náuseas. Quería que se apartara de mí.

—Eh, Matt, ¿Charlie ya me ha encontrado una moto? —gritó Christian desde el pie de la escalera.

Matt me dedicó una última sonrisa de desprecio y bajo corriendo las escaleras de dos en dos para reunirse con él.

Martes en el instituto, y no había pegado ojo en toda la noche. El aparcamiento del instituto estaba inundado de carrocerías de cromo brillante. Las chicas competían por averiguar quién de ellas habías comprado las mejores y más grandes rosas rojas, la flor del amor. Las habían apilado en los escalones de la puerta principal, listas para la marcha.

A mediodía recibí un mensaje de Zoey: «Llevo conmigo la hebilla de J. y pienso en todos vosotros».

A la hora de comer, Logan se sentó junto a mí y nos mantuvimos en silencio.

Me sentía ajena a todo; a las Harley y a las rosas, y al hecho de que las nubes empezaron a agruparse por encima de las montañas. Lo único que sabía era que eso era el final para las Jonas y que lo mejor que podía hacer era no echarlo a perder.

ଓଈଓଈଓଈଓଈଓଈଓଈଓଈଓ

—Hay un cincuenta por ciento de probabilidad de que caiga una tormenta antes de que anochezca —me dijo Logan mientras me subía a la parte trasera de su Softail prestada.

Seguimos una hilera de Harley, Kawasaki y Susuki que abandonaban el recinto del instituto para dirigirse al centro del pueblo.

—¡Oh, mierda!—mascullé, y no precisamente porque me preocupara que la lluvia me estropeara el peinado.

Si la tormenta se intensificaba con rayos y truenos, las Almas Elegidas tendrían que marcharse.

—¿A qué vienen tantos nervios? —Al rodear su cintura con mis brazos, Logan se había dado cuenta de que estaba temblando—. No tendrás miedo por como conduzco este cacharro, ¿verdad?

—No, Logan. Pondría mi vida en tus manos —susurré.

De todas maneras, avanzábamos sin esfuerzo a treinta kilómetros por hora, en medio de un puñado de motoristas, como si fuéramos parte de un pelotón.

Logan echó un vistazo de reojo buscando a Matt.

—Dijo que Charlie, Brandon y algunos de los mayores se encontrarían con nosotros en el centro comercial. Unos veinte en total. Más los treinta y cinco del instituto Ellerton. Más quién sabe cuantos otros chavales en sus coches.

—Por ahí va Matt.

Lo divisé subiendo por detrás, retrepado en su asiento, los brazos completamente extendidos y los flecos de su chaqueta de piel flotando al viento mientras hacía una señal al pelotón para que avanzase.

Gritaba instrucciones por encima del ruido de las motos.

—Este es el orden de los motoristas en la procesión. Tommy, tu iras con Lucas. Logan y Christian, iréis detrás de ellos. No os peguéis los unos a los otros no os adelantéis.

Nos detuvimos ante un semáforo en rojo, y Logan tuvo tiempo de volverse para hablar conmigo.

—¿Estás bien?—me pregunto—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—No lo soporto ni un segundo más, pero sí, es aquí donde quiero estar.

Las luces cambiaron y cruzamos la carretera principal para dirigirnos hacia el centro comercial mientras empezábamos a caer de forma esporádica unas enormes gotas de lluvia. Matt, que iba en cabeza, se acercó hasta su hermano, quien se hallaba sentado a horcajadas en su Tourer, esperando junto a su pandilla a que comenzara el evento.

Logan y yo nos deslizamos alrededor de los márgenes del aparcamiento para tomar posiciones detrás de Tommy y Lucas, quien llevaba a Jordan sentada detrás.

—Esos tíos son unos tipos duros —masculló Jordan.

Entre el grupo de amigos de Brandon no abundaban las chaquetas relucientes con flecos, no los vaqueros nuevos. Por el contrario, las cazadoras estaban ajustadas y desgastadas, cubiertas de tachuelas y cremalleras. Algunos llevaban barba y el pelo largo, y parecía que todos estuvieran unidos por la cadera a sus Harley con banderines ondeantes.

Brandon me vio sentada en la moto de Logan y apartó la vista enseguida. Como si no me hubiera salvado de morir ahogada, ni me hubiera regalado un coche nuevo. Como si ni siquiera me conociera.

—No veo a Bob Jonson—le dije a Logan mientras intentaba sacudirme de encima la extraña sensación que había experimentado cuando Brandon reparó en mi presencia—. A lo mejor no ha venido.

—No me sorprendería nada. —Avanzó pausadamente entre las motos aparcadas para situarse junto a Christian—. La última vez que vi a Bob fue el domingo a última hora, y estaba borracho como una cuba.

—Otra vez, menuda sorpresa —apostilló Christian—. Este hombre no ha estado sobrio en todo el mes. Dicen que la madre de Jonas se ha ido a casa para siempre.

Todavía sentada en la parte de atrás de la moto y agarrada de Logan, negué con la cabeza.

—Estoy segura de que Bob no tiene intención de aparecer por aquí.

Tenía la certeza de que ese no era el lugar más indicado para pasar el primer aniversario de la muerte de un hijo, no siquiera aunque uno estuviera en sus cabales, sobrio y felizmente casado. El zumbido de cincuenta motores se trasformó en un ruido de fondo; los motoristas aguardaban a ponerse en marcha con la mirada al frente y sin hablar. Mientras tanto, llovía cada vez con mayor intensidad.

—Tiene menos de cinco minutos para presentarse. —Logan echó un vistazo a su reloj y luego paseó la vista por la multitud que se había congregado a la entrada del centro comercial. Reparó en unos rostros conocidos cerca de la cabeza del grupo y me dio unas palmaditas en la pierna—. ¡Zoey está aquí con su madre!

Me quedé tan sorprendida como si alguien me hubiera golpeado en las piernas con un bate de béisbol y me hubiera caído con los pies por delante.

—¡Se suponía que esto no tenía que suceder! —espeté mientras saltaba de la moto sin pesármelo dos veces y corría a hablar con Zoey.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que no lo has pasado ya bastante mal?

No tenía que preocuparme; Zoey estaba de pie. Llevaba el pelo y la ropa a la última y también la hebilla de Jonas. Estaba increíble.

—Quería estar aquí, a pesar de todo —me dijo—. No voy a ir con la marcha. Solo quería verla partir.

—Aquí hay demasiada gente —comentó con tristeza la señora Bishop.

—Todos le querían —aseguró Zoey con gran serenidad. Me entregó una rosa roja y me pidió que me la pusiera en la solapa—. Es para Jonas. Deposítala en el lugar en que ocurrió. De mi parte.

ঔৣ෴ঔৣ෴ঔৣ෴ঔৣ

Matt hablaba con Charlie y Brandon, sincronizando los relojes y preguntándose qué iban a hacer, cuando por fin apareciera Bob Jonson.

Iba montando en su Dyna, sin desviarse ni bambolearse, y avanzaba directamente hacia ellos, con la cabeza desnuda, el rostro afeitado y una camiseta blanca. No llevaba chaqueta, a pesar de la lluvia. Cualquiera con una visión normal lo hubiera confundido con Jonas.

Se hizo un murmullo a su alrededor.

—A pesar de todo, el pobre hombre ha venido. Ha logrado reunir fuerzas por el aniversario.

Bob se situó junto a Matt sin decir una sola palabra. Se limitó a mirar hacia adelante.

—Vamos.

Matt levantó la mano derecha y señaló en dirección a las montañas.

Los motores rugieron, los banderines ondearon; la refulgente marcha había comenzado. Rodamos hacia las afueras del pueblo a una velocidad no mucho mayor que si caminásemos, dando tiempo a los vehículos que iban detrás de las motos y a los peatones para que se dieran cuenta de lo que se trataba y presentaran sus respetos.

Había mucho que ver: las motos, los jóvenes, las flores rojas bajo la lluvia. Reparé en que Laura estaba ante la puerta de la tienda, y poco después vi al director Valenti con algunos profesores, congregados en la gasolinera. Sin embargo, la mayoría de los rostros eran más que imágenes borrosas.

Enseguida llegamos a los hermosos prados y las vallas de estacas de Centennial. Otra imagen borrosa. Solo tenía ojos para Matt Fortune, que iba delante de todos para calcular nuestra velocidad y cuánto tardábamos en alcanzar la cresta de Turkey Shoot. Después, llegamos a la carretera principal y ascendimos hasta las montañas bajo unos cielos oscuros y amenazantes.

Me incliné hacia delante y me agarré a Logan, con todas las fuerzas que pude reunir.

—Pase lo que pase, en este lugar, quiero darte las gracias por anticipado —le dije.
Se crispó en su asiento.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que va a pasar? —Delante de nosotros, Matt y Bob, avanzaban codo con codo; solo Lucas y Tommy, se interponían entre ellos y nosotros. La cruz de neón ya se divisaba claramente.

—Algo muy gordo —susurré—. Confía en mí. —Formábamos una gran cabalgata a lo largo de la carretera; a decir verdad, éramos casi los únicos que circulábamos por ese camino, y nos dirigíamos hacia el punto donde Jonas, había perdido la vida.

Vi que Bob Jonson reducía la velocidad con la cabeza gacha; sus manos temblorosas, dejaron que la moto se tambaleara y diera un brusco viraje. Matt, se le acercó y lo enderezó en la moto. Estábamos bajo la cruz, y la lluvia nos salpicaba en la cara.

—¡Logan, acelera! —mascullé. Se quedó petrificado por mi sorprendente petición.

—¡Por favor! —supliqué—. Confía en mí. Sitúate junto a Matt.

Logan acató mi orden y rompió filas. Viró alrededor de Lucas y Jordan, para alcanzar a Matt y a Bob.

—Tío, ¡tienes que llegar hasta el final! —le decía Matt a Bob.

—¡No me digas lo que tengo que hacer!

Bob, furioso, giró bruscamente la moto y dejó espacio a Logan para que se pusiera entre ellos.

Detrás de nosotros, la marcha redujo tanto la velocidad, que casi se detuvo. Habíamos llegado al desvío de la carretera secundaria, que conducía a la Roca del Ángel.

—¡Tú! —le dije a Matt Fortune, inclinándome hacia él y lanzándole una mirada asesina—. ¡No le digas al padre de Jonas, lo que tiene que hacer!

Bob, levantó la cabeza de golpe para mirarme a la cara. Tanto Matt, como él, estaban pendientes de mí.

—Todo esto ha sido obra tuya. —Me sentía completamente tranquila cuando me apeé del asiento trasero de la moto y eché a correr hacia el asesino de Jonas—. Tú le mataste, Matt. Hoy se cumplirá un año. Y ahora vas a pagar por ello.

No pude ver el rostro de Matt, con claridad mientras giraba su Harley, hacia mí e intentaba atropellarme. Sin embargo, yo estaba preparada para actuar, así que, lo esquivé y corrí hacia el sendero de tierra para alejarlo del pelotón. Algunas motos le obligaron a frenar, mientras yo seguía corriendo.

— ¡Sígueme imbécil! —Maldije, al oír el rugido de la moto de Matt, al tiempo que buscaba con la mirada a Hunter, por el camino que tenía delante—. ¡Pierde los estribos! ¡Sígueme e intenta matarme a mí también!

Como era de prever, Matt, reaccionó de manera salvaje e iracunda.

El motor de su aparato rugía tras de mí con gran escandalera; me faltaba el aliento y ya estaba a punto de apartarme de su caminos cuando Hunter apareció detrás de una roca. Se quedó inmóvil junto enfrente a la moto de Matt, tan fuerte como un roble, los ojos clavados en su rostro, doblegado y dispuesto a detenerlo.

Vi como la fuerza de voluntad de Matt se desmoronaba instantáneamente. Se soltó del manillar y cayó a tierra con la Harley encima, inmóvil, con las ruedas girando, hasta que Hunter levantó la moto y lo arrastró por los pies.

La lluvia caía a raudales, azotada por el viento, y oí le batir de alas con más fuerza que mueca, si ello era posible; también yo me hallaba bajo el hechizo de Hunter, y fui

capaz de moverme cuando agarró a Matt por los hombros e hizo que sucediera algo asombroso.

Las alas no dejaban de aletear, se avecinaba una tormenta, unas nubes grisáceas encapotaban la ladera de la montaña, y Matt Fortune estaba de pie junto a un Hunter, como un ángel demoníaco. Al instante, me hallé bajo el influjo de Hunter, rodeada de una neblina, sintiendo que mis escapulas me hormigueaban y escocían; me di la vuelta y ahogué un grito al verme extender mis propias alas blancas mágicas; me había convertido en parte de ese mundo, el mundo de las Almas Elegidas.

Batí mis alas de ángel junto a millones de almas perdidas. Vi a Hunter por delante de mi acompañado de Matt, deformes a través de la neblina gris. Mis pies se habían levantado de la tierra y mis alas se movían, pero lo que hacía no era como volar, sino más bien como girar sobre un eje, dar vueltas vertiginosamente por el cielo sin ningún sentido de la orientación, fuera de control. Veía el rostro de Matt, su boca abierta de par en par en un grito silencioso. Y el rostro hierático de Hunter, pétreo y frío. Me esforcé por no gritar.

El mundo se oscureció. Nos hallábamos en el epicentro de la tormenta, dando vueltas y girando, con las alas completamente extendidas. Me dolía todo el cuerpo, cada uno de mis músculos se estiraba y retorcía mientras emprendíamos nuestro viaje. Las alas me rodeaban, trasportándome hacia una violenta corriente, junto con otros rostros cadavéricos, unos cien mil, flotando, acechando, asustados, extendiéndose hacia el infierno.

Las calaveras amarillentas y despedazadas circundaron a Matt. Le perdí de vista, aunque aun podía ver a Hunter, que encabezaba la marcha hacia un punto de luz.

Tenía que llegar hasta la luz. La muerte me quería a mí. Me tiraba de las extremidades, desgarraba mis hermosas alas, pero yo me debatía con todas mis fuerzas.

« ¿Aguanta, Darina!—oí la voz de Phoenix por encima del caos—. Estás a punto de llegar.»

Me estaba vigilando para asegurarse de que lo lograba. Lo imaginé en la cresta de Foxton, solo, con los ojos puestos en la tormenta, viéndolo todo.

El lejano punto de luz se hizo más grande, más brillante. Fuimos succionados hacia él a una velocidad semejante a la de la luz, a tanta que creí que me fragmentaria y me desintegraría en un millón de átomos. Una luz cegadora nos rodeó, incandescente, sobrenatural. Estábamos en su interior y todo se quedó quieto. Las alas se detuvieron, las calaveras se desvanecieron. Hunter extendió los brazos y llegamos a nuestro objetivo.

La tarde en que Jonas sufrió el accidente. Nos hallábamos en una calle de Centennial cubierta de Hojas. Zoey esperaba impaciente en la acera a que Jonas llegara.

Hunter, Matt y yo nos situamos a cincuenta metros de distancia. Cuando Matt abrió la boca para hablar, ningún sonido salió de ella. También yo hice lo mismo y… nada. No tenía voz. Nos habíamos trasformado en unos observadores invisibles y mudos.

El tormento había contraído los rasgos de Matt. Era prisionero de los poderes de Hunter.

Al cabo de un poco oímos el sonido de una moto y vimos a Jonas girar por una esquina. Jonas en su Dyna, bajo es sol, relajado y feliz, en busca de su destino.

Zoey sonrió y le saludo con la mano. Estaba espléndida con unos pantalones cortados, un top azul y el pelo recogido de cualquier manera. Parecía impaciente por subir a la moto y salir de allí.

Se dirigieron a las afueras del pueblo y fuimos tras ellos. Zoey tenía los brazos alrededor de Jonas, el viento jugueteaba con el pelo de ambos y sus camisetas mientras se dirigían hacia la carretera principal.

Una soleada autopista y dos personas maravillosas enamoradas. Jonas aceleró al salir del pueblo.

Un camión bajaba por la colina en la dirección opuesta. Un deportivo plateado pasó por delante de Jonas y Zoey en su último viaje.

Apareció otra moto en la carretera, muy por detrás de ellos pero acercándose cada vez mas. Matt se vio a sí mismo en la Harley, con su chaqueta cerrada hasta la barandilla, apretando el acelerador y haciendo rugir el motor.

Durante un segundo aparté de la mitad de Jonas y Zoey para observar al ángel demoníaco de Matt. Lo que vi fue total incredulidad, una negación total y absoluto terror. Hunter lo mantenía sujeto; no era más que un testigo indefenso de su propio crimen.

Matt corría a toda velocidad en su moto mientras subía por la colina hacia la cresta de Turkey Shoot. Se situó junto a Jonas y Zoey. Jonas miró de reojo, reconoció a Matt y redujo la marcha.

— ¿Ese es tu límite de velocidad?—se burló Matt

Viró bruscamente para acercarse más a la otra moto y obligar a Jonas a meterse en el arcén.

El sol rebotaba contra las carrocerías plateadas, con repentinos destellos de luz brillante. Zoey se agarró con más fuerza a Jonas. Le gritó a Matt que se apartara. Jonas volvió a darle al freno y dio media vuelta en la carretera principal; lo único que consiguió fue que Matt volviera a girar y condujera en círculos alrededor de él mientras se reía a

carcajadas.

— ¡Basta ya!—chilló Zoey.

Matt volvió a reírse, una risa horrible, la misma que perseguía a Zoey en sus recuerdos. La tenía pegados a la cara, presionaba con la moto para sacar a Jonas de nuevo de la carretera, le interceptaba el paso y se le pegaba por detrás. Zoey, aterrorizada, se inclinaba hacia Jonas y hundía el rostro en su hombro.

— ¡Vamos, tío, que esto es una carrera!—gritaba Matt a Jonas.

Se inclinó hacia atrás y levantó el manillar hasta lograr conducir con una sola rueda por la carretera desierta. Se negaba a dejar que Jonas redujera la velocidad mientras lo hostigaba por detrás como un coyote pisándole los talones a un novillo. Jonas se desvió hacia la vía rápida para intentar escapar, no quería aceptar el reto del maniaco que llevaba pegado detrás.

—¡Gallina! —cacareó Matt con ojos de loco y la adrenalina zumbándole por todo el cuerpo—. ¡Vamos, Jonas, compite conmigo!

Se echó a un lado una vez más y chocó contra la moto de Jonas, haciendo que Zoey y el salieran disparados de la carretea, de vuelta al arcén. Ya habían alcanzado la cresta de Turkey Shoot y la carretera que llevaba a la Roca del Ángel.

Matt estaba completamente fuera de sí; cada vez que lo embestía con temeridad se ponía a aullar y a gritar como un loco. Jonas volvió a apretar el freno. Derrapó al pasar por la carretera de salida, levantando la grava del margen cubierto de matorrales, perdió el control y zigzagueó entre los carriles, rozando la barrera metálica y rebotando una vez más, mientras pugnaba por mantener el control de la moto cuando ésta volvió a describir una curva en dirección a la maleza.

Hubo un momento, tras un movimiento lento, infinito y dilatado en el tiempo, en que pareció que Jonas y Zoey iban a conseguirlo. Logró recobrar el equilibrio y apretó el freno de golpe. Estuve a punto de respirar aliviada. Pero Matt volvió a embestirlo, se dirigió directamente hacia él y le obligó a echarse a un lado. Las ruedas de la moto de Jonas derraparon y fueron a parar a la maleza, volvieron a derrapar y lo arrojaron de nuevo a la carretera.

Y ahí acabó todo.

Circulaban a gran velocidad, tal y como dijo la policía. Perdió el control de la moto. El aparato se estrelló contra el suelo y rascó el asfalto. Zoey salió despedida, pero Jonas fue a parar bajo la Harley y se quedó atrapado, se golpeó contra la barrera central y se rompió el cuello; murió en el acto.

Matt Fortune daba vueltas alrededor del lugar del accidente como un buitre negro y

de vuelo lento, como su chaqueta de flecos desabrochada ondeando al viento, escrutando la colisión y comenzando a comprender lo que había hecho. Se acercó a Jonas en su moto y vio que estaba muerto. Luego se aproximó hasta donde se hallaba Zoey, quien aún respiraba con los ojos abiertos, agonizante. Se inclinó hacia ella con una expresión extraña en el rostro en cuanto ésta perdió el conocimiento, una expresión entre la del tipo que obtiene la victoria con una canasta y el retrato robot de un asesino en serie. Había ganado la partida a Jonas y a Zoey, pero había tenido que matar para conseguirlo.

Aún me sentía incapaz de respirar. El rostro fascinado de Matt me causó pavor.

Contempló de cerca los ojos de Zoey. Describió un círculo alrededor de ella, una, dos veces, luego miró arriba y debajo de la autopista para asegurarse de que no había testigos, se coló por un hueco de la valla central y condujo en dirección al pueblo.

 

Capítulo 12

Recuperé el habla junto a los cuerpos deslavazados de Jonas y Zoey.

—Tú los mataste —susurré otra vez.

El rostro del ángel demoníaco de Matt no reflejaba emoción alguna.

—Esa es la verdad que has estado ocultando desde que se produjo el accidente —le acusé—. Y ahora también lo sé.

La rueda trasera de la moto de Jonas giraba en silencio sobre su eje bajo la luz del sol.

— ¿Y qué?— Matt se volvió a mirarme con una mirada vacía—. ¿Qué vas a hacer, niñata pirada? ¿Quién va a creerte?

Hunter tomó cartas en el asunto y clavó en Matt su poderosa mirada.

—Todo el mundo. Lo harán. Afróntalo, Matt, se te ha acabado el tiempo.

Sus ojos gris acero se apoderaron de Matt, quien reaccionó como un animal acorralado, retorciéndose y contorsionándose para escapar.

—Resistirse no sirve de nada —le dije a Matt con voz sosegada—. El poder de Hunter es demasiado grande. Eres culpable. Y tienes que afrontarlo.

Sin embargo, Matt no tenía las agallas suficientes. Su mente pervertida e inestable empezó a zafarse de la realidad.

—Jonas me tenía miedo, por eso se estrelló. Debería haberse atrevido a echarme una carrera.

—Tú lo acosaste— repliqué.

—Estaba haciendo el tonto, eso es todo.

— ¿No tenías intención de matarlo?

Señalé el cuerpo flácido de Jonas, sus extremidades retorcidas en ángulos extraños, la cabeza echada hacia atrás y de lado.

—Creías que Zoey también había muerto. Estabas seguro de ello.

— ¡Mantén tu asquerosa boca cerrada!

Al fin la rabia de Matt afloró a la superficie. Se abalanzó sobre mí e intentó rodearme el cuello con una mano, pero Hunter logró reducirlo y Matt cayó de bruces al suelo.

—Tenemos que irnos—decidió Hunter.

En esta ocasión me agarró de la mano mientras invitaba a las almas aleteantes a entrar en nuestro espacio y hacía que mis alas se elevaran por encima del escenario donde había tenido lugar el accidente. Dejó que el ángel demoníaco de Matt se arrastrara penosamente detrás de nosotros, entre la neblina grisácea y vertiginosa y horda de calaveras gimientes, hacia el lejano punto de luz.

Estábamos bajo la cruz, y la lluvia nos salpicaba en la cara.

— ¡Logan, acelera!— mascullé.

Se quedó petrificado por mi sorprendente petición.

— ¡Por favor! —supliqué—. Confía en mí. Sitúate junto a Matt.

Logan acato mi orden y rompió filas. Viró alrededor de Lucas y Jordan para alcanzar a Matt y a Bob.

—Tío, ¡tienes que llegar hasta el final! —le decía Matt a Bob.

— ¡No me digas lo que tengo que hacer!

Bob, furioso, giro bruscamente la moto y dejó espacio a Logan para que se pusiera entre ellos. .

Detrás de nosotros, la marcha redujo tanto la velocidad que casi se detuvo. Habíamos llegado al desvió de la carretera secundaria que conducía a la roca del Ángel.

—¡Tu! —le dije a Matt Fortune inclinándome hacia el y lanzándole una mirada asesina—. ¡No le digas al padre de Jonas lo que tiene que hacer!

Bob levantó la cabeza de golpe para mirarme a la cara. Tanto Matt como él estaban pendientes de mí.

—Todo esto ha sido obra tuya. —Me sentí completamente tranquila cuando me apeé del asiento trasero de la moto y eche a correr hacia el asesino de Jonas—. Tú le mataste, Matt. Hoy se cumplirá un año. Y ahora vas a pagar por ello.

Ya llovía a cantaros cuando el motor de la moto de Matt empezó a gruñir. A mi derecha, Bob Jonson había oído mi acusación y reacción como si hubiera recibido una descarga de mil voltios. Se agarró con fuerza a los manillares y apretó los dientes, al tiempo que estiraba los labios en una extraña sonrisa de entendimiento.

— ¿Es eso verdad, Matt? ¿Mataste a mi hijo?

—Él estaba aquí. Obligó a Jonas a acelerar, le forzó a salirse de la carretera—dije alto y claro—. Díselo, Matt. Cuéntale lo que pasó.

Sin embargo, Matt lo negó.

—Está loca —masculló y aceleró para subir la colina por la cresta de Turkey Shoot bajo el aguacero.

A lo lejos, un trueno restalló. El rostro de Bob experimentó otro ataque de ira al ver a Matt alejarse en su moto. Cuando se volvió para mirarme con los sorprendentes ojos azules que compartía con Jonas, fue como si los meses de agonía, borracheras y desesperación hubieran desaparecido de repente y se hubiera quedado con la brillante pepita de la verdad.

—Gracias, Darina —pronunció.

Apretó al acelerador y salió rigiendo detrás de Matt.

A través del espejo retrovisor, Matt vio que Bob iba tras él. Aumentó la velocidad, levantando una cortina de agua a su paso que envolvió a Bob en cuanto se le acerco.

— ¡Síguelos! —le supliqué a Logan, quien se puso en marcha tras unos instantes de indecisión.

Noté como la moto salía disparada, oí el retumbar de un trueno y vi un relámpago partir del cuelo oscuro en dos.

Las dos motos que teníamos delante aceleraron aún más. Alcanzaron la cima de la colina y desaparecieron.

—¡Mas rápido! —urgí a Logan, consciente de que dos motoristas más se nos habían unido.

Uno de ellos era Charlie Fortune, y el otro, Brandon Rohr. El resto de la desconcertada marcha se había situado en el arcén al pie de la colina.

Logan parecía crispado y se había encorvado en la moto, dispuesto a no quedarse detrás de la cortina de agua que levantaban las motos de Brandon y Charlie. Más rayos se bifurcaban el cielo; el trueno resonó, y yo sabía perfectamente que Hunter y las Almas Elegidas ya no estaban junto a mí para protegerme. Estaban en el limbo. Y yo estaba sola, dirigiéndome a toda velocidad hacia Foxton bajo una tormenta.

Nuestras tres motos pasaron a la vez por encima de la colina. Vimos a Matt y a Bob bajar en picada hacia el siguiente valle, Bob pegado a las ruedas de Matt; los dos hicieron un amplio viraje para adelantar a un camión que circulaba despacio, abriéndose camino entre la aspersión de agua. Delante de ellos se hallaban las casa que se arracimaban en la carretera del desvió a Foxton.

Logan, Charlie y Brandon se mantenían los tres al lado del otro, e iban cada vez más rápido a medida que acelerábamos colina abajo. Por delante de nosotros, vi a Bon ganar terreno a Matt, ponerse junto a él y luego quedarse boquiabierto cuando de repente Matt salió disparado hacia la izquierda para tomar el desvío en la última milésima de segundo, con la intención de engañar a Bob y obligarlo a seguir adelante.

Bob reaccionó de inmediato. Frenó, y su rueda trasera estuvo a punto de arrojarlo de la moto cuando viró a la izquierda, por el carril donde circulaba el pesado camión plateado. Durante un segundo, las dos motos desaparecieron de la vista para luego reaparecer bajando en carrera, casi parejas, por el accidentado camino que llevaba al río.

Se oyeron más truenos. Unas finas hebras de nubes blancas se aferraban a los picos de las montañas; la lluvia arreció implacablemente.

Logan llegó al desvió por delante de Brandon y Charlie. Se inclinó peligrosamente hacia la izquierda, la rodilla casi rozaba a la carretera cuando alcanzó la curva. Nos hallábamos en el sendero de tierra, rodando entre el barro, con el río a nuestra derecha. Arriba, Matt había logrado ganar terreno, y Bob le seguía rezagado a unos veinte metros de distancia. Bob no se rendía, volvió a alcanzar a Matt al tomar un atajo. Las dos motos destellaron al pasar por delante de las viejas cabañas de pescadores y entre los pinos chamuscados cuyas raíces aún se aferraban milagrosamente a la escarpada pared de roca.

Bajo el azote de la lluvia, Brandon avanzaba entre una masa de lodo tan profunda que saco el camino y la moto empezó a hacer eses y perdió el control. Me gire a mirar y lo vi tumbado a un lado de la carretera, mientras la moto se deslizaba al través hasta que chocó con una roca. Brandon se levantó rápidamente y se quedó mirando desconsolado mientras Logan y Charlie lo dejaban allí varado.

La carretera ascendía entre los pinos. El río se hallaba a unos diez o doce metros por debajo, sus blancas aguas embravecidas bramaban por encima de los negros cantos rodados.

En esos momentos, Bob ya casi se encontraban a la izquierda de Matt, casi a su misma altura. Los dos motoristas empapados y cubiertos de barro, el pelo pegado a la cabeza, los músculos de los brazos en tensión mientras sus manos se agarraban a los resbaladizos manillares. Bob rugía a media moto de distancia, volando por encima de la superficie irregular. Dio un viraje brusco hacia Matt, impulsándole al borde de la carretera. Matt frenó y dio marcha atrás; logró escapar por unos centímetros de caer al río. Vi de refilón el rostro de Bob, estaba sonriendo.

Creí que el corazón iba a dejarme de latir. «Dios mío, ¡esto es un ajuste de cuentas! ¡Está haciendo lo mismo que Matt le hizo a Jonas!»

— ¡Apártate, Matt! ¡Apártate! —gritaba Charlie mientras su voz se perdía bajo el gruñido de los motores, el viento y la lluvia.

Pero Matt volvió a acelerar y Bob redujo la velocidad y giró de nuevo, acercándose a Matt por detrás y aullando como un vaquero loco. Le obligó a seguir por la carretera que se elevaba por encima del rio.

Matt viró hacia la izquierda, contra la pared de la roca escarpada. Volvió a desviarse a la derecha, con Bob tan cerca de él que los neumáticos de la moto de Matt le escupieron la cara de gravilla de la carretera y las piedras afiladas le asaetaron la piel cubriéndola de sangre. Le trajo sin cuidado, se acercó; su rueda casi tocaba la de Matt.

Volví a oír los gritos de Charlie, quien en esos momentos pedía a Bob que se detuviera. Vi a Bob ponerse a la altura de Matt e inclinarse sobre él, empujándolo cada vez más hacia el borde, hasta que, en la cima de la siguiente colina, la rueda delantera de Bob golpeó la de Matt. Parecía un golpe son importancia, un simple toque de refilón, aunque basto con eso.

Matt perdió el control. Su Harley pasó por encima de la colina y salió catapultada en el aire, virando hacia abajo por encima del borde del acantilado en un movimiento lento enloquecedor, tiempo suficiente para que Matt pensara: «Eso es todo. Así es la muerte», antes de que la moto saliera despedida y el cayera al vacío, precipitándose hacia el agua verdosa y cristalina, estrellándose contra los negros cantos rodados, y desapareció bajo la superficie.

Matt y la moto cayeron al agua a la vez. Logan llegó hasta el lugar y avanzamos a saltos hasta que nos detuvimos. Echamos un vistazo hacia abajo, a tiempo para ver la moto plateada hundiéndose bajo las aguas, aunque demasiado tarde para salvar a Matt Fortune de morir ahogado.

Bob también lo presenció, sentado a horcadas en la moto. La grotesca sonrisa se había desvanecido y en esos momentos su expresión era sombría y vacua. Levantó la cabeza hacia el cielo tormentoso, dejando que la lluvia le empapara el rostro ensangrentado antes de que el motor de su máquina volviera a rugir por última vez.

La moto levanto gravilla y tierra. Bob se sentó firmemente en ella mientras dirigía a la Dyan hacia su objetivo, hacia una caída a plomo.

Cayó en vertical. Cayó como una piedra y el agua lo engulló. Su moto se estrelló contra las rocas y allí se quedó, un montón de chatarra retorcida.

ଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓଔଓ

Al día siguiente deposite la rosa roja de Zoey en el lugar exacto donde Jonas había fallecido.

Había dejado atrás en Ellerton una ola de conmoción e incredulidad, más la carga de haber presenciado esas dos últimas muertes, y había abandonado el horror para adentrarme en el futuro, de camino a la cresta de Foxton para encontrarme en Phoenix y compartir con él el final de la historia de Matt. Y, asimismo, para averiguar que le había sucedido a Jonas.

« ¿Lo he hecho bien?», pregunté en silencio mientras depositaba la rosa en la susurrante hierba plateada junto al arcén. Me quedé de pie al son, bajo un gran cielo azul.

Sabía que no obtendría una respuesta hasta que me metí en el coche y me puse en marcha, canturreando en voz baja « Always», una triste canción que Summer solía cantar. «Cuando camines, siempre estaré a tu lado. Cuando hables, siempre oiré tu voz…»

A lo largo de la carretera secundaria hasta la Roca del Ángel, recordé el espeluznante viaje al pasado a través del tiempo que había hecho con Hunter y Matt tan solo veinticuatro horas antes mientras disfrutaba del aire cálido y limpio con la capota bajada. El sol arrojaba destellos rosados y blancos en el granito.

Al cabo de poco me apeé del coche y corrí por los matorrales secos cuya superficie crujía a mi paso; las hojas en los arbustos espinosos y desaliñados se habían vuelto de color carmesí, naranja y dorado bajo el viento otoñal. Llegué hasta la Roca del Ángel y seguí corriendo sin detenerme.

— ¡No me falles! —susurré a Phoenix antes de ver el establo y la casa.

Quizás la tormenta se lo había llevado lejos y no regresara jamás. Quizás estaba tan desquiciada que todo había sido una invención.

— ¡No me falles!

Subió a grandes zancadas por la colina para salirme al encuentro, abrió los brazos y me observo mientras corría hacia él, y distinguir sus anchos hombros y su atlético cuerpo bajo una camiseta negra, su rostro grave y fascinante.

—Abrázame —le dije, y sentí sus brazos a mi alrededor.

—Gracias a Dios, Darina.

Sus labios se movían en mi pelo; alzó mi rostro y me besó en la boca. Lo sentí frío al tacto, y suave y hermoso.

— ¿Te has enterado de lo sucedido? —pregunté—. El padre de Jonas lo tiró del camino, por el acantilado, y cayó al rio. Fue horrible. Murieron los dos.

Phoenix me abrazó mas fuerte mientras me acariciaba con el pulgar la mejilla, la barbilla y lo posaba en la pequeña hondonada de la clavícula.

—Lo has hecho mejor que bien —me aseguró—. Hunter nos contó que estuviste genial en el viaje a través del tiempo. Nos dijo que tu presentimiento había dado en el clavo.

—Bob enloqueció al enterarse de la verdad. E hizo lo mismo que Matt había hecho a Jonas, lo que lo llevó a la muerte.

—Obtuvo su venganza —dijo Phoenix con delicadeza mientras me escrutaba la mirada como si quisiera averiguar hasta dónde habían logrado adentrarse mi conmoción y mi terror—. Te recuperarás —aseguró—. Con el tiempo descubrirás que era así como tenía que ser.

—Pero yo no quiera que Bob muriera —dije entre sollozos.

— ¿Qué le quedaba en la vida por lo que luchar?

—Logró zanjar el asunto. Podría haber salido adelante.

Phoenix negó con la cabeza

—No en este mundo. Todo lo que tenía había sido destruido.

Me cogió de la mano y me condujo hasta el valle, donde vi a Hunter de pie en la puerta del establo, rodeado de sus Almas Elegidas.

Fue muy extraño. El sol brillaba en ellos y estos parecían más hermosos y vivos que nunca. Sobre todo Hunter, que parecía más joven y relajado, casi feliz.

— ¿Adonde ha ido Jonas? —le pregunté a Phoenix mientras nos acercábamos al establo y reparaba en la presencia de Summer, Arizona, El hombre de Hielo, Donna y Eve con su rubio bebé.

—Vamos, Hunter te lo explicará — respondió en voz baja.

—Bienvenida, Darina. —Su jefe supremo dio un paso adelante. Me miró con cariño, como si fuéramos padre e hija—. Jonas ha conseguido que se le haga justicia gracias a ti.

— ¿Que le ha pasado? —pregunté en voz temblorosa.

—La tormenta nos envió hacia la infinita oscuridad, y Jonas se quedó con nosotros en el limbo, donde lo único que podíamos hacer era esperar y rezar. Tú eras nuestra única esperanza.

—Y no nos has defraudado —apostilló Arizona, sorprendiéndome por la calidez de su tono de voz.

Summer se acercó y me sonrió como si quisiera echar a correr hacia mí y abrazarme, pero tenía que esperar a que Hunter acabara de hablar.

—Percibí el momento exacto en que Matt Fortune murió —explicó Hunter—. En el limbo tuve una visión de un rostro ahogado, una mano atrapada ente dos rocas puntiagudas, la corriente lacerando su cuerpo.

—¿Y Bob Jonson? —musite.

—Al instante se reunió con nosotros. Murió al chocar contra el agua. Vi como su cuerpo dejaba de respirar y pedí a Jonas que acudiera junto a mí. «Tu asesino ha muerto. Y tu padre también.» Jonas comprendió por que su padre había tenía que morir. Se dio la vuelta y pronunció en voz alta el nombre de su padre en la oscuridad. Fuera del infinito, en un espacio del limbo sin luz, apareció Bob Jonson. Padre e hijo se abrazaron. Y junto prosiguieron su viaje.

Mis labios dibujaron una pregunta. «¿Adónde fueron?»

—No preguntes. —Phoenix había leído mis pensamientos—. Ninguno de los que estamos aquí lo sabe. Solo lo saben los que avanzan juntos de la mano.

—Lograste finalizar con éxito tu primera misión —añadió Hunter.

—Tuviste fe —murmuró Summer

Se acercó y me obsequió con el abrazo que tanto había ansiado darme.

—Eres más fuerte de lo que pensaba —dijo Arizona.

—¡Esto es demasiado! —protesté—. Hice cuanto estuvo en mi mano, eso es todo. Y volveré a hacerlo.

Hunter asintió, y su voz volvió a recuperar parte de su antigua severidad.

—Todo a su debido tiempo, Darina. De momento, vete a casa y descansa.

—No quiero irme todavía. Por favor.

Más que cualquier otra cosa, ahora que el asunto de Jonas se había resuelto, quería estar con Phoenix.

—Hunter... concédenos algo de tiempo.

Phoenix me rodeó la cintura con el brazo, lo que me causó una emoción fuerte y permanente mientras el jefe supremo nos miraba y consideraba su siguiente movimiento.

—Tenéis una hora —decidió.

¡Sesenta minutos! Di media vuelta y eché los brazos alrededor del cuello de Phoenix, y él me levantó del suelo.

Summer y Arizona se echaron a reír; Hunter esbozó una media sonrisa. Las Almas Elegidas se dirigieron al establo.

—¡Vamos ! —exclamó Phoenix.

Me sonrió mientras me arrastraba por la hierba amarillenta hasta la orilla del río. Él iba delante escogiendo con cuidado el camino que seguir entre las piedras, y luego abalanzándose sobre nuestro canto rodado favorito.

—¡Zapatos fuera! —insistí y me quité el calzado. Dejé que los pies me colgaran en las frías aguas cristalinas—. Mira, veo motas de oro en la arena.

Phoenix se inclinó de lado y hundió un dedo en el agua. Recogió en él unos granos diminutos de brillante metal y los examinó en las yemas de los dedos.

—Pirita ferrosa —.anunció.

—¿Y eso qué es?

—El oro de los tontos —dijo echándose a reír.

—¡Oh! ¡Me gusta mucho más mi versión!

—Adoro tu versión. Lo adoro todo de ti.

Intenta abrazar a alguien en un canto rodado en mitad de la corriente de un río. No es fácil, pero lo conseguimos. Un abruzo amigable, un tierno beso que parecía no tener fin. Después cruzamos el río y paseamos descalzos por la hierba, cogidos de la mano'

—Te has dejado los zapatos —me recordó Phoenix cuando llegamos a la cima de la colina.

No había ni una sombra bajo el tanque de agua, solo una leve brisa conmovedora entre los álamos dorados.

Me encogí de hombros y luego eché un vistazo hacia la casa y el establo: las tejas rojas, las paredes de troncos deterioradas y la puerta del establo que aún daba portazos, abriéndose, cerrándose, abriéndose, cerrándose. Parecí que hubiera vuelto al principio, como si nadie hubiera alterado el lugar en un centenar de años.

Sé que el corazón humano funciona de forma mecánica, que está construido por cámaras musculares, válvulas y conductos. He prestado atención en clase de Ciencias, lo he visto en las series de médicos de la tele, rojo, crudo y palpitante.

Así que ¿de dónde procede lo que sentí en esa cresta mientras abrazaba a Phoenix con furia en aquellos últimos momentos antes de que se nos acabara nuestra hora?

Un sentimiento tan fuerte me arrolló al besarlo y sentirlo tan cerca de mí que supe que él lo era todo para mí y que siempre lo sería.

Éramos parte de esa agreste ladera. Nuestros espíritus formaban parte del viento y del cielo, y las hojas susurrantes.

Phoenix guardaba silencio. Sus labios rozaron los míos una última vez antes de aflojar su abrazo. Me soltó con una mirada tan anhelante que mi corazón se derritió, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no echarme a correr tras él.

FIN